



CRÓNICA HISPANO-AMERICANA

POLITICA, ADMINISTRACION, CIENCIAS, LITERATURA, ARTES, AGRICULTURA, COMERCIO, INDUSTRIA, ETC., ETC.

COLABORADORES: Señores Amador de los Rios, Alarcón, Arce, Sra. Avellaneda, Sres. Asquerino, Auñón (Marqués de), Alvarez (M. de los Santos), Arns, Ayala, Añón (J. B.), Araquistain, Anchorena, Añón, Ardanaz, Ariza, Antonio Guerra y Alarcón, Arrieta, Balaguer, Baralt, Barzanallana (Marqués de), Becerra, Benavides, Bona, Borao, Borrego, Bueno, Bremon, Breston de los Barrios (Marqués), Blasco, Burrell, Buitrago, Calvo Asensio (D. Pedro), Camposamor, Camús, Canalejas, Cañete, Carloza, Castelar, Castro y Blanc, Canoas del Castillo, Castro y Serrano, Cárdena (D. Mariano), Calvo y Martín, Cazorra, Cervino, Chacón (conde de), Collado, Cortina, Corral, Colmeiro, Correa, Cuesta, Cueto, Sra. Coronado, Sres. Calvo Asensio (D. Gonzalo), Comenzer, Cañamaque, Calcaño, Dacarrete, Diaz (José María), Diaz Perez, Durán, Duque de Rivas, Echevarría, (J. A.) Espin y Guillen, Estrada, Echevarría, Epiluz, Escourra, Estrella, Eulalia, Fábila, Ferrás del Rio, Fernandez y Gonzalez, Fernandez Guerra, Fernandez de los Rios, Ferrin Toro, Flores, Figueroa-Figueroa (Agustín Suarez de), Garcia Gutierrez, Gustavo Baz, Guayangos, Gálvez de Molina (D. Javier), Graells, Jimenez Serrano, Giron, Gomez Martín, Güel y Rente, Gualbeazú, Guarceto, Incenza, Hartzelhuber, Harte, Janer, Jaumendreu, Labra, Larra, Larrañaga, Lavala, Lezama, Lucas Mallada, Lopez Guajarro, Lorenzana, Lorente, Lafuente, Macanaz, Machado y Alvarez, Martos, Mata (D. Guillermo), Mata (D. Pedro), Mañé y Flaquer, Medina (D. Tristán), Merelo, Montesinos, Mollus (Marqués de), Muñoz del Monte, Malagarriga, Ochoa, Olavarria, Olavarria y Huarte, Orgíz, Ortiz de Pinelo, Olócaza, Pomplio Gener, Palacio, Pascón y Lasra, Pascual (D. Agustín), Perez Galdós, Perez Lirio, Pi y Margall, Poye Retuoso, Retes, Revilla, Ríos Rosas, Rivera, Rivero, Romero Ortiz, Rodriguez y Muñoz, Rodriguez (G.), Rosa y Gonzalez, Ros de Olano, Rossell, Ruiz Aquilera, Sagarrinaga, Sanz Perez, Sanz, Salvador de Salvador, Salmeron, Sauroña, Selgas, Soria Serrano Alcazar, Solles, Tamayo, Trueba, Tubuo, Talero, Ulloa, Valera, Velez de Medrano, Vega (Ventura de la), Viñart, Wilson (baronesa de), Zapata, Zobel, Zaragoza, Zorrilla, Sanjuan (D. Ramón del), Combarain y España (D. Eugenio), Acosta (D. Juan).

PRECIO DE SUSCRICION

España: 6 pesetas trimestre, 20 año.—Europa: 40 francos por año.—Ultramar: 12 pesos fuertes oro por año.

PRECIO DE LOS ANUNCIOS

España: 4 rs. línea.—Resto de Europa: 1 franco línea.—Ultramar: 4 rs. sencillos línea.—Reclamos y comunicados precios convencionales.

Madrid 13 de Octubre de 1884

La suscripción en provincias se hará, como en Madrid, en las principales librerías, y directamente en nuestras oficinas, acompañando su importe en libranzas del Giro Mutuo, letras ó sellos de Comunicaciones; optando por este medio deberá hacerse bajo certificado.

Administración y redacción, Soldado, 1, duplicad

SUMARIO

Revista política, por D. Carlos Malagarriga.—Hombres de letras americanos, por D. Hector F. Varela.—El brigadier D. José Aparicio, por D. Luis Vidari.—Hernán-Cortés y Pizarro, por D. Nicolás Diaz y Perez.—La Unión hispano-americana, por D. Ramon Sanjuan.—Un rey constitucional, por D. T. R. Pizilla.—México, por D. Hector F. Varela.—Introducción, por D. Nicolás Diaz y Perez.—Antecesorio 292 del descubrimiento de América, por D. Luis Vidari.—Desde la campaña de Nápoles, por Cecilia.—El decreto de Giuffrè (poema), por D. José de Siles.—Movimiento científico (discurso), por D. Miguel Morayta.—Revista de Madrid, por D. Eugenio de Olavarria y Huarte.—Anuncios.

REVISTA POLITICA

Cuando no se había calmado todavía la alarma producida por la aparición en Barcelona de algunos casos tachados de coléricos, y cuando todo el mundo creía que el señor ministro de la Gobernación ordenaría al acordonamiento de aquella ciudad, aparece en la Gaceta la orden que podríamos llamar *Te-Deum* administrativo.

Es sensible que el prestigio del gobierno haya padecido tanto como, en esta llamada campaña contra el cólera, ha sufrido. Las primeras disposiciones pecaron de precipitadas é injustas, como las quejas del comercio y de la industria hasta la saciedad lo han probado: las dictadas despues lo han sido visiblemente por la imposición de los pueblos: unas y otras han sido anti-higiénicas y de ningun valor contra la terrible epidemia.

Imitando el estilo de la circular podríamos decir: ahí queda el sistema seguido como modelo que debe evitarse. El sistema de los acordonamientos y de las cuarentenas terrestres queda definitivamente desacreditado, despues de ver á la mayor parte de Francia y á toda la Europa central libre de la peste; los lazaretos, como en Italia se ha demostrado, sólo sirven para acumular en un punto la infección, que quizá de otro modo se hubiera desparramado y no hubiera fomentado la epidemia.

El sistema de aislamiento del enfermo, reputado por muchos higienistas (no todos) como el mejor, en caso de aplicarse, debe hacerse con tal discreción y tan escaso aparato, que no lleve á los ánimos la alarma, causando en las poblaciones una depresión moral, altamente favorable á la propagación de la epidemia.

Hasta en esto ha sido desgraciado el Sr. Romero Robledo, que con su sistema especial de desinfección y aislamiento, ha levantado en todas partes una general protesta, dando lugar á que se invocaran los principios de caridad social y los sentimientos de piedad doméstica, singularmente desconocidos cuando no hollados en la malhadada campaña anti-colérica.

Coincide el desprestigio de miembro tan importante del gabinete, como el Sr. Romero Robledo, con el de sus demás compañeros y en general el de la política conservadora. La cuestión de Hacienda cada día más urgente; la militar que espera en vano solución hace un año; la de Cuba que se presenta ahora con un carácter amenazador, que todavía no había revestido, son otros tantos cargos que el país hace al partido dominante.

Este en su parte sensata no ofrece más que una solución verdaderamente incompleta: un gabinete presidido por D. Manuel Silvela representan lo los mismos elementos del actual, incluyendo á los que representa el ministro de Fomento y á los que el de la Gobernación acandilla.

Se relaciona esto con planes que no hemos de detallar por lo escabroso del asunto y por lo fantástico del desarrollo que se le supone.

En cambio el partido liberal acaba de dar un gran paso; mientras los antiguos constitucionales disidentes que hoy forman el núcleo de la izquierda dinástica, hablan de union comun enfrente de los conservadores, D. Segismundo Moret reúne á sus parciales y proclama la ne-

cesidad de unirse al grueso del partido liberal de que es jefe indiscutible D. Práxedes M. Sagasta.

En el extranjero, despues de la agitación provocada por las entrevistas de los tres emperadores y sus cancilleres, se preocupa la prensa de la próxima apertura de las Cámaras de Francia y de Inglaterra. Estas últimas tienen el problema gravísimo de la Constitución y reforma de la de los Lorens: las francesas la no ménos grave de la política colonial. Entre tanto sigue preparándose la expedición inglesa para socorrer á Gordon en Jartum á tiempo que llega la noticia de haber sido asesinado ne lójos de Berber el coronel Sterwart, compañero eterno del general inglés. Por otra parte, el almirante Courbet ha empezado las operaciones que han de poner en sus manos á la rica isla de Formosa.

CÁRLOS MALAGARRIGA.

HOMBRES DE LETRAS AMERICANOS

EDUARDO WILDE

Un ilustre amigo mío, J. M. Torres Caicedo—en una de cuyas obras Emilio Castelar, el eterno cantor de la naturaleza, escribió el prólogo—brillante y castizo como todo lo que produce su fecunda pluma,—hace años emprendió una tarea que le valió plácemes y aplausos de todos sus compatriotas: hacer conocer en Europa á los escritores y poetas del Nuevo-Mundo, que por las dotes de su ingenio tenían derecho á ser presentados en el Viejo Continente.

Tan noble campaña adolecía, sin embargo, de un defecto: era hecha por medio del libro, que no siempre tiene una gran circulación, que por lo general sólo se halla al alcance de los que

pueden pagarse ciertas fantasías, siendo, por consiguiente, limitado el número de sus lectores.

A pesar de esto, muchos de nuestros escritores americanos sólo entonces fueron conocidos en Europa, alcanzando aquí la fama y reputación á que les daban derecho la fecundidad de su talento, el brillo de su inteligencia, la vasta instrucción de algunos, y la espontaneidad del ingenio de todos.

Aquellos hombres, Bello, Roa Bárcena, Baralt, Dominguez, Lerdo de Tejada, Mármol, Arboleda, Echevarría, Maitin, Gonzalez, Bustamante, Berro, Lafinur, Hidalgo, Altamirano, Olmedo, Gutierrez, Paino, Paz Soldan, Pardo, Pereda y tantos y tantos otros que dejaron la tierra salpicada de rica semilla, puede decirse que pertenecen á la generacion que se va alejando ya de las riberas risueñas de la edad feliz de los amores, llevando en la frente la blanca corona de los años, y acercándose con seguro paso al templo de la inmortalidad, en que sus Dioses tutelares los esperan para tributarles los honores que decretan en vida á los seres privilegiados.

Pero otra generacion no ménos inspirada, más fecunda, de imaginación más rica y galana, de arranques más espontáneos y audaces, ha venido á reemplazar á la que se va cargando de laureles, guardando con religioso respeto la lira sagrada que arrancó los ecos patrióticos con que, en una mañana memorable, cantó las proezas legendarias de los héroes y mártires que dieron independencia y libertad al Continente.

Y esa generacion que trae en la sangre y el espíritu la tempestad de todas las nuevas ideas, que hace de la democracia un culto, del derecho y la justicia fuente inagotable de sus inspiraciones, que maldice á los tiranos y verdugos, engrandeciendo con el fuego de su palabra á los apóstoles sagrados de las grandes causas, ¿es por ventura conocida en España?

¿Se conoce de nombre siquiera á los que en ella se distinguen?

¿Se conocen sus libros y trabajos, sus poesías y escritos?

No hace mucho me lo decia Manuel del Palacio, hablándome del poeta laureado de Venezuela, Heraclio Martín de la Guardia: *¡ni de nombre le conocía!*

Y un año antes, Echegaray, tributando entusiastas elogios á la *Atlántida* del poeta argentino Olegario V. Andrade, que también puse en sus manos, me decia á su vez que ¡tampoco le conocía!

Y D. Enrique de Olavarria y Ferrari, en la introducción de su *Arte Literario de Méjico*, hablando del viaje que allí hizo, dice:

«Nada sabía acerca de la América, porque nada se sabe en Europa de cuanto en aquellas Repúblicas sucede...»

Y si esta era una triste verdad hasta hace tres ó cuatro años; si América no era conocida en España sino por el ruido de sus revoluciones, ¿cómo habia de serlo su literatura, su poesía, su periodismo, los talentos que allí abundan, lo mismo en el campo ameno de las letras que en el de la política, el foro y la ciencia?

Hay, pues, que derribar esta otra muralla china que nos tenía alejados, que encerraba dentro de sus muros las producciones de nuestros ingenios, completamente desconocidos en España por dos razones, que si poco honra la una á mis compatriotas, poco favorece la otra á los españoles; porque los escritores de allá ni se cuidaban de mandar sus producciones, ni los de acá de procurárselas para saber si llevábamos en nuestra frente una chispa del génio, del talento y de la inteligencia que puso Dios al tocarla con su dedo inmortal en la inspirada de los que nos dieron la sangre y el majestuoso idioma de Garcilaso, Lope de Rueda, Fray Luis de Leon, Tirso de Molina, Cervantes y tantos otros que brillan como faros de eterna luz en el cielo de esta grande y maravillosa literatura.

A tan noble y fecunda tarea—*la de hacernos conocer en España*— puede contribuir poderosamente este periódico que tiene una tradición gloriosa, puesto que se fundó con el levantado propósito de estrechar los lazos fraternales

que ligan á las Repúblicas americanas con la madre pátria; y ya que su ilustrada dirección ha tenido la fineza de invitarnos á que le ayudemos en la propaganda, motivo de grata complacencia para nosotros será el hacerlo, contrayéndonos principalmente á esto: *Hacer conocer en España los hombres de América.*

Muchos son los que lo merecen, por lo que nos parecería inútil anticipar una lista que, formada así de improviso y al correr de la pluma, podría ofrecer vacíos que, producidos sin intención, nos causarían verdadera pena.

Y sin más preámbulos, empezaré por uno de esos hombres: por Eduardo Wilde, actual ministro de Gracia y Justicia, Cultos é Instrucción Pública en la República Argentina.

Es una verdadera *especialidad* en las filas de la nueva generacion americana, no sólo por las fases variadas y caprichosas que presenta su talento, tan brillante como original, sino por los matices de su *originalidad*.

Wilde es poeta, literato, periodista, orador, y, á más de todo esto, un gran médico.

Como escritor es travieso y satírico, teniendo mucho de Larra y Beaumarchais; pero cuando escribe *en serio* revela gran lujo de erudición y conocimientos profundos; es un disecador del corazón humano como Balzac, y un filósofo que ha hecho de la ciencia de Laromiguiet y Kant, no un mundo de nebulosidades en que extraviar su espíritu superior, sino una escuela práctica en la que se ha educado provechosamente para poder abordar los más serios problemas del gobierno y de la Constitución democrática de los Estados.

La vida y los trabajos del Dr. Wilde son dignos de un estudio serio, que me propongo hacer más adelante. Si ahora he querido empezar por él estos ligeros bocetos de nuestros hombres célebres, es porque tengo á la vista la *Memoria* que, como ministro de los ramos que indiqué antes, acaba de presentar al Congreso Argentino.

En el Departamento del Culto, se presentaban al estudio del Ministro las cuestiones todavía palpitantes que han agitado al país. Por más que esta agitación sea ficticia y provocada, sería pueril negar su existencia. Es una faz de la lucha empeñada en el mundo entero entre la religión y la ciencia, á la cual podría aplicarse con exactitud la sentencia bíblica: habrá guerra eterna entre ellas.

El Dr. Wilde no ha esquivado la solución de ninguna cuestión pendiente en el terreno religioso. Ha proclamado con firmeza y decisión verdaderamente científica, el carácter real del Patronato, que precede y domina hasta la misma Constitución. El Patronato es un ejercicio de la soberanía, y es anterior en esencia á toda legislación y forma de gobierno. La Constitución lo consigna expresamente, pero aún si no lo consignara, residiría ya que no en acto, en potencia, en la soberanía, que es el libre albedrío de los pueblos.

Esta parte de la Memoria hace completa justicia de los esfuerzos impotentes que promueven las viejas religiones positivas para reconquistar el imperio del mundo. El cetro que el catolicismo dejó escapar de sus manos ha caído en el abismo del pasado. Nadie lo recogerá. Nadie, sobre todo, podrá en adelante apasionar al mundo con luchas estériles que tengan su origen en alucinaciones y fenómenos enfermizos de la conciencia.

Las páginas en que el Doctor Wilde proclama el triunfo definitivo de la razón científica y de la verdadera filosofía humana, merecen meditar. Transcribamos á continuación algunos de sus rasgos sobresalientes:

«El mundo entero se preocupa ahora de hechos, hechos reales, positivos, concretos, capaces de servir de fundamento al bienestar de la humanidad en todas las naciones de la tierra, cualesquiera que sean sus creencias, sus religiones, sus teorías ó sus cavilaciones sobre problemas metafísicos ó ontológicos; y no es de temerse que la República Argentina, esta nación vigorosa que está mostrando la potencia de sus gérmenes y fermentos asimiladores de lo óptimo en materia de civilización, vuelva á los tiempos de la edad media en que la disciplina de un convento era preocupación más importante que lo que es hoy la propuesta de un ferrocarril inter-oceánico.

La marea de adelanto sube en el mundo y no hay poder

de tradición, de pacto ó conveniencia que sea capaz de detenerla.

La naturaleza tiene sus sanciones; las sociedades sus crisis como las enfermedades, y la íntima constitución de las sociedades modernas ha consagrado como ley de su organismo el abandono de las cuestiones estériles y el fomento de lo que puede traer un poco de felicidad, de bienestar, de tranquilidad, á lo ménos en este mundo en que vive el hombre momentos inapreciables.

Las sociedades han comenzado á desenvolverse de un modo asombroso desde que, dejando á un lado las cuestiones metafísicas completamente insolubles y olvidando el empeño de reducir á fórmulas positivas las entidades intelectuales cuya existencia como ideas emanaban de otras ideas correlativas, los sabios se dieron á pensar que era más conforme con la naturaleza humana tomar el universo como existe y estudiar sólo sus leyes y sus fenómenos. Entonces nació el método experimental, padre de la ciencia de la civilización en la tierra, y pudo verse con dolor los miles de años perdidos en histerismos místicos, en cavilaciones infecundas y en problemas sin aplicación á la realidad de las cosas.

Los tiempos que pasaron no volverán; vano es por tanto todo empeño para atar las generaciones á las épocas; la historia no se rehace y los pueblos como los hombres no vuelven á tener la edad que tuvieron y que el tiempo sepultó en el pasado.

La Iglesia se proclama Poder Superior al Estado; pero mientras ese Poder no manifieste su eficacia, mientras no prevalezca ni tenga fuerza para prevalecer en el Estado y aun contra el Estado, sus declaraciones no pasarán de meras afirmaciones sin consecuencia y sin trascendencia.

Pero aun esas meras afirmaciones podrán traer conflicto á veces, porque importan una negación de la soberanía nacional, que ningún Estado admitirá y que muchos estarán dispuestos á no tolerar. Tales afirmaciones no son más que la continuación del reclamo teórico en favor del poder temporal, reclamo al cual las naciones civilizadas han respondido con los hechos ante los cuales todo argumento cesa.

El poder temporal puede ser poseído y conservado por una autoridad espiritual, cuando ella tiene elementos con que llevar á la práctica sus decisiones.

La Iglesia, toda Iglesia, no sólo la católica apostólica romana, podría poseer la suma del poder humano, cuando poseyendo el dominio de las conciencias, poseyera también territorios, ejércitos y medios materiales de gobierno positivo.

Esas palabras contienen la fórmula precisa de lo que debe y puede hacer el Estado. Encierran también la reforma que se impondrá dentro de poco en esta faz de la administración nacional, y que puede formularse sencillamente en una sola letra agregada, como lo ha sido en las naciones europeas, al título de este Departamento del Estado: *Ministerio de Cultos.*

HÉCTOR F. VARELA.

EL BRIGADIER DON JOSE APARICI

APUNTAMIENTOS BIOGRÁFICOS

(Continuación)

III

ENTRE los retratos que decoran los salones del Ateneo de Madrid, pertenecientes á los socios de esta corporación que se han distinguido en las letras, en las armas, en las artes ó en la política, se halla un lienzo donde aparece representado un teniente general, que ostenta en el cuello de su uniforme los castillos de plata del Cuerpo de ingenieros; y ciertamente que el ingeniero general D. Antonio Remon Zarco del Valle, en este cuadro retratado, tiene más que suficientes títulos para ocupar un puesto en la galería de celebridades contemporáneas que han formado parte de la primera asociación científico-literaria que existe en España, creada y sostenida por la libre iniciativa individual.

En el curioso libro del malogrado comandante de infantería D. Manuel Seco y Shelly, titulado *La Pluma y la Espada, Apuntes para un diccionario de militares escritores*, se condensan los merecimientos del ilustre personaje que acabamos de citar, en las siguientes tan breves como expresivas frases: «*Remon Zarco del Valle (D. Antonio)*. Teniente general que durante muchos años desempeñó el cargo de ingeniero general, fomentando con su ejemplo y con sus consejos la cultura del distinguido Cuerpo que dirigió. Escribió varias memorias profesionales.» El general D. José Almirante, en su estimable *Bibliografía militar de España*, presenta la exacta relación de los escritos debidos á la pluma del teniente general Sr. Zarco del Valle; pero los mayores merecimientos científico militares de este ilustrado militar, más que en sus obras, se hallan en los consejos, como dice el comandante D. Manuel Seco, ó mejor

expresado, en la decidida é inteligente proteccion que prestó á todo género de empresas, cuyo buen resultado contribuyese á acrecentar la cultura general del ejército, y singularmente, la cultura profesional del Cuerpo de cuya direccion estuvo encargado durante algunos años; y relativamente puede decirse, que durante muchos años, si se tiene en cuenta el poco tiempo que dura en España el desempeño de los altos cargos públicos, á cuyo número pertenece la Direccion del Cuerpo de ingenieros militares.

Fruto de la ilustrada iniciativa del ingeniero general Zarco del Valle fué el nombramiento de la comision histórica militar, que se confió al coronel don José Aparici, disponiendo con fecha 22 de Noviembre de 1843, segun ya hemos indicado, que se le franqueasen todos los papeles, que se hallan recogidos en el Archivo de Simancas, con el fin de que pudiese copiar ó extractar todo lo que entendiése que podria servir de datos, para la historia del arma de ingenieros y de su organizacion en España. En virtud de esta orden, el Sr. Aparici fijó su residencia en Simancas y comenzó el desempeño de su comision á principios de Enero de 1844.

Antes de pasar adelante en el relato biográfico que estamos escribiendo, parecenos que aquí no holgarán algunas reflexiones y recuerdos históricos referentes al censurable descuido con que se han dejado perder muchos y muy importantes documentos, que sin duda hubieran podido servir para esclarecer los puntos dudosos ó poco conocidos de nuestra historia nacional. Sobre este asunto se hallan curiosos datos en el tomo tercero del *Semanario erudito* (Madrid 1787) publicado por el mal poeta dramático y estimable literato D. Antonio Valladares de Sotomayor, puesto que forma parte de este tomo un *Informe*, cuya fecha es de 16 de Junio de 1726, dado por el Sr. D. Santiago Agustin Riol, en cumplimiento de una real orden: *Informe* que nada deja que desear en lo tocante á la materia de que ahora incidentalmente tratamos. En efecto, ya la real orden, fechada en el Pardo á 28 de Enero de 1726 y firmada por el ministro marqués de Grimaldo; comienza diciendo: «Hallándose el rey instruido del desorden que han padecido los papeles universales de la Monarquía, y los daños que resultan de este desperdicio y desear lo S. M. aplicar el pronto remedio, etc., etc.»

En el *Informe* del Sr. Riol se dice lo siguiente: «Es constante que en lo antiguo hubo tanto descuido con los papeles en España, que justamente mereció, por sólo ese defecto, que las naciones extranjeras increpasen á la nuestra de bárbara. Por la dominacion de los moros se perdieron generalmente los papeles antiguos; y nuestro abandono despues cometió en los más modernos las mismas crueldades.»

Relata el Sr. Riol las ineficaces medidas tomadas por algunos reyes para evitar la pérdida de los papeles de verdadera importancia y al historiar el estado de los archivos públicos en el siglo xvii, escribe lo siguiente: «Llegó á tan lastimoso paraje la confusion y desbarato de los papeles más importantes de la Monarquía, y su reservado gobierno, que se hizo negociacion de ellos por los extranjeros para hacerse ricos con sus ganancias y con sus noticias á los soberanos y reinos extraños, que lo pagarian á muy subidos precios. Sólo en Inglaterra se dice que en el palacio real se conserva con gran estimacion y custodia una pieza grande llena de consultas originales de los Consejos de España... En el reinado del señor D. Carlos II, que está en el Cielo, hubo el mismo desorden con los papeles y faltó el cuidado de recoger los que quedaban en poder de los ministros que fallecian. Las frecuentes mudanzas de casa de los secretarios y las de secretarias, pasando de unas á otras manos, la continuacion de las Juntas y los términos que tuvo aquel reinado de menor edad, debajo del absoluto gobierno de la señora Reina Madre, ministerios públicos del Sr. D. Juan de Austria y del duque de Medinaceli, y otros que hubo privados, se perdieron y desordenaron muchos papeles; y aunque por real decreto de 12 de Marzo de 1696 mandó S. M. que en cada Consejo se crease un oficio de archivero con los honores y salarios que pareciese, como esto no se miró al fin de reparar el desorden y confusion que padecian generalmente los papeles de los tribunales, sino el de beneficiar estos empleos, para convertir su producto á las urgencias, no tuvo efecto su creacion.»

Lo que dejamos copiado del *Informe* de D. Santiago Agustin Riol, basta para poner en punto de evidencia el lamentable abandono con que se han dejado perder documentos en que se encerrarían datos

importantísimos para el conocimiento de la historia de España; y en el librito intitulado: *Apuntes históricos sobre el Archivo general de Simancas* (Madrid 1873), escrito por D. Francisco Romero de Castilla, se puede ver la clara demostracion de que el citado Archivo es el único depósito de papeles de Estado, que por su antigüedad y por un conjunto de felices circunstancias, guarda aún en sus estantes inestimable tesoro de noticias históricas, ignoradas algunas y otras muy poco conocidas.

Dando, pues, por terminadas las consideraciones que anteceden, seguiremos el relato biográfico que estamos escribiendo; y considérese este capítulo como una digresion, en la cual hemos procurado rendir un tributo de justa alabanza, á la memoria del ilustrado ingeniero general D. Antonio Ramon Zarco del Valle; y recordar al propio tiempo, que el mal gobierno es ya muy antiguo en esta tierra de España, segun se comprueba por el desorden de los archivos públicos, cuyos legajos deben de ser en todo pueblo civilizado amparo del derecho de los particulares, y sagrado depósito de las tradiciones y de las glorias de la patria.

IV

En el día 5 de Enero de 1844 llegó á Simancas el Sr. Aparici, é inmediatamente comenzó á trabajar con extraordinaria perseverancia y no vulgar inteligencia en el exámen, copia literal unas veces, y otras meditado extracto, de los documentos que se hallan en el famoso Archivo de la dicha ciudad, cuyo conocimiento es conveniente para que se pueda escribir la exacta historia de la *Ingeniería militar* y de la artillería en España; porque en realidad existe verdadera compenetracion entre la ciencia del ingeniero y la del artillero; y la razon de esto es muy óbvia, porque á nuestro entender la *Ingeniería militar* y la parte científica de los servicios que hoy presta en nuestra patria el Cuerpo de artillería, constituyen una sola ciencia, ó mejor dicho, el arte del ingeniero y del artillero están fundados en un mismo orden de conocimientos científicos. No seria la menor de las ventajas que reportase la redaccion de la historia, cuyos materiales comenzó á reunir en 1844 el señor Aparici, demostrar que es imposible de escribir por separado la historia de la *Ingeniería militar* y la historia de la artillería. Por esta razon, los ingenieros cuentan al conde Pedro Navarro entre los ingenieros ilustres, y los artilleros tambien cuentan al mismo personaje entre los artilleros ilustres. La verdad es—y permitasenos esta nueva digresion en gracia de la importancia del asunto—que la profesion del ingeniero militar y la del artillero, científicamente consideradas, pueden ser definidas en esta forma: *Ingeniería y Artillería; el arte de construir máquinas de guerra, y defensas que contrarian los efectos destructores de estas mismas máquinas; y tambien podria definirse: el arte de construir máquinas de guerra ofensivas y defensivas*, porque las máquinas de guerra pueden clasificarse en *individuales ofensivas* (la espada, el fusil, la lanza, etc., etc.), y *colectivas ofensivas* (el mortero, el obus, las minas de guerra, etc., etc.), y por semejante manera en *defensivas individuales* (la coraza, el casco, el guante con manopla, etcétera, etc.), y *defensivas colectivas*; que no otra cosa es que una *máquina ó artificio*, como antiguamente se decia, la disposicion que se da á las tierras, castones, sacos de arena y demás partes que constituyen la fortificacion pasajera ó de campaña, y á las piedras y demás materiales con que se construyen las obras de fortificacion permanente; y, por lo tanto, la fortificacion no es más ni ménos que una máquina ó artificio dispuesto para la defensa colectiva de mayor ó menor número de combatientes, con arreglo á las condiciones de su extension y resistencia.

Anulando el roto hilo de nuestro relato biográfico, y volviendo á tratar de los trabajos que llevó á cabo en el Archivo de Simancas, el coronel Aparici, consignaremos que fueron éstos de tal importancia, que durante los seis primeros años en que desempeñó su comision, repasó hoja por hoja más de cuatro mil legajos y libros, y formó el indice de más de ocho mil documentos. Con el escaso personal de un capitán, dos escribientes y un dibujante, consiguió el infatigable Sr. Aparici remitir á la Direccion general de ingenieros cincuenta y tres tomos en folio, que comprenden veinte mil hojas manuscritas y trescientos planos copiados de los existentes en Simancas. En estos cincuenta y tres tomos se hallan coleccionados todos los documentos de los siglos xvi y xvii relativos á la historia de la *Ingeniería militar* de España durante las dichas centurias.

En una Memoria auto biográfica que tenemos á

la vista, dice el Sr. Aparici que en los cuatro años comprendidos desde 1850 á 1854 examinó los papeles correspondientes al siglo xviii, y que consta en los indices que formó el hallazgo de muchísimos proyectos de fortificacion, y en número redondo, de mil quinientos planos; y aún añade que de tan valiosos hallazgos habia dado cuenta al gobierno para que éste resolviera lo que estimase más oportuno.

Demasiadamente modesto el coronel Aparici trabajaba sin descanso en el cumplimiento del deber que le imponia la comision que á su celo é inteligencia se habia confiado; pero el fruto de sus trabajos quedaba encerrado en los límites de sus comunicaciones oficiales con el gobierno, y solo como excepcion de esta regla, se decidió á publicar algunos escritos históricos en el *MEMORIAL DE INGENIEROS*, en cuya revista profesional es tambien donde vió la luz pública su *Informe de los adelantos de la Comision de Historia en el Archivo de Simancas*. Este erudito trabajo histórico, bien merecia la honra de que se reimprimiese; puesto que como ya hemos dicho en los comienzos de este escrito, hace años que está agotada su primera y única edicion, y fuera conveniente que se facilitase su lectura, porque en sus páginas se hallan datos muy curiosos acerca de la historia del Cuerpo de artillería en los siglos xvi y xvii, de cuyo Cuerpo formaban parte en dichas centurias los que seguian la profesion del ingeniero militar, únicos ingenieros que en aquel entonces existian.

La Academia de la Historia premió las útiles tareas del coronel D. José Aparici, nombrándole en 1849 su académico correspondiente; y bueno fuera que todas las distinciones académicas estuviesen tan plenamente justificadas como la que ahora acabamos de mencionar.

El tesoro de erudicion que se encierra en los tomos de documentos copiados del Archivo de Simancas bajo la direccion del Sr. Aparici, cuentan los que detenidamente lo han examinado, que es más que suficiente para que mediante su estudio se adquiriera el necesario conocimiento de los hechos que constituyen la vida histórica de los ingenieros y artilleros de los siglos xvi y xvii. Se dice que el malogrado y distinguido jefe de ingenieros D. Eduardo de Mariátegui, escribió su notable historia de la vida del célebre Cristóbal de Rojas sin tener que recurrir por lo general á más fuentes bibliográficas que á la coleccion de las copias de documentos del Archivo de Simancas formada por el Sr. Aparici. ¡Lástima que á este estudio biográfico no hayan seguido otros de la misma clase teniendo tan á mano los materiales para escribirlos! Parece que el Sr. Mariátegui tenia el propósito de continuar sus tareas biográficas, pero la muerte le impidió llevar á cabo tan laudable proyecto.

No ménos de diez años residió en Simancas el señor Aparici, y durante este tiempo fué ascendido á brigadier de infantería, y fué destinado de director subinspector de la clase de coronel á los distritos de Canarias y de las Provincias Vascongadas, pero en ambos casos recibió órdenes superiores para que continuase en Simancas desempeñando la comision que se le habia confiado. Por último, en 26 de Enero de 1854 fué nombrado el Sr. Aparici brigadier director subinspector de ingenieros de la Isla de Cuba, pero en Agosto del mismo año se le admitió la renuncia de este destino, continuando en la Peninsula en la misma situacion que anteriormente tenia.

Cuanto se verificó el movimiento político de Julio de 1854, la Junta revolucionaria de Valladolid confirió al Sr. Aparici, por los servicios prestados á la causa del Regente, duque de la Victoria en 1843, el empleo de mariscal de campo; gracia que no fué confirmada por el gobierno constituido despues del triunfo de aquel movimiento, y en su lugar se le nombró comandante de la orden de Carlos III.

En los primeros meses del año de 1855 el Sr. Aparici ascendió por antigüedad á brigadier de ingenieros, y se le dió el destino de director subinspector de distrito de Granada. A fines del año que acabamos de citar, acompañó al general D. Juan Prim á una revista de los presidios de Africa; tomó parte en las salidas contra los moros que por aquella época se hicieron en Melilla, y por su comportamiento en estos hechos de armas se le concedió la cruz de San Fernando.

Volvió á la patria de Fray Luis de Granada el brigadier Aparici despues de haber puesto en punto de evidencia que el peso de los años, pues en aquel entonces ya habia cumplido sesenta y cuatro, no habia disminuido el varonil esfuerzo del antiguo cadete de la guerra de la Independencia, y ya quebrantada su salud, continuó detempeñando su destino hasta la fe-

cha que se halla consignada en la lápida sepulcral que cierra un nicho del cementerio de Granada, lápida cuyo epitafio dice así:

D. O. M.

AQUÍ YACI EL BRIGADIER DIRECTOR SUBINSPECTOR DE INGENIEROS
D. JOSÉ APARICI Y GARCÍA
QUE FALLECIÓ EL DÍA 3.º DE AGOSTO DE 1877
A LOS SESENTA Y SEIS AÑOS DE EDAD

Oficial general, sin ningún *pronunciamiento* en su hoja de servicios, y escritor erudito; benemérito por su conducta militar y benemérito también por sus estimables trabajos en pró del conocimiento de la historia de la milicia española, el brigadier D. José Aparici y García perteneció al número de aquellos mortales que cumplen en esta vida terrenal con los deberes que impone la profesión que has seguido, sin extrañarse por caminos de atajo, que si alguna vez conducen rápidamente a la cúspide de la fortuna, siempre es con el riesgo de caer en los abismos del oprobio.

V

Dos son las obras histórico-militares publicadas por el brigadier D. José Aparici y García. Titúlase la una: *Colección de documentos inéditos relativos á la célebre batalla de Lepanto* (Madrid, Imprenta Nacional, 1847); y el título de la otra ya lo hemos citado más de una vez en estos apuntamientos biográficos. También hemos indicado anteriormente que, estando agotada ya hace años la edición del *Informe sobre los adelantos de la Comisión de Historia en el Archivo de Simancas*, sería conveniente su reimpression; pero por si acaso este deseo nuestro no llega á realizarse, parecemos que no será inoportuno transcribir en este lugar algunos curiosos datos históricos de los que tanto abundan en el escrito del inteligente comisionado en el Archivo de Simancas.

LEIS VIDART.

(Continuará.)

HERNAN-CORTES Y PIZARRO (1)

(ESTUDIO BIOGRÁFICO)

El primer marqués del Valle de Guaxaca ó Guajaca, á quien el Emperador Carlos V debió sus mayores glorias, nació en Medellín el día 11 de Noviembre del año 1485 y murió en Castilleja de la Cuesta, pueblito junto á Sevilla, el día 2 de Diciembre de 1547.

La historia de este hombre es prodigiosa por sus hechos en el nuevo continente.

Sus padres, D. Martín Cortés de Monroy y Doña Catalina Pizarro Altamirano, le dedicaron desde su más corta edad á las letras y en la Universidad de Salamanca fué donde empezó sus estudios; pero no pudiendo la grandeza de su alma estrecharse en los lentos progresos de las ciencias, se resolvió á seguir la milicia. Si una grave enfermedad no le hubiera impedido su embarco, le habria admirado la Italia y el gran capitán hubiese compartido con él sus glorias; pero mudando despues de intento, determinó, con el beneplácito de sus padres, marchar á las Indias, lo que verificó el año de 1504 yendo recomendado al Gobernador de la isla de Santo Domingo, pariente suyo; pero hallándose esta isla en completa paz, pasó á Cuba, donde su valor y obediencia no sólo le granjearon el renombre de soldado, sino el nombramiento de cabo de la escuadra y descubrimientos que meditaba Diego Velazquez. A su costa y con el favor de sus amigos previno todo lo necesario y con un corto número de gentes y bajeles se embarcó en el puerto de Santiago y dió á la vela en 18 de Noviembre de 1518. La buena acogida que tuvo en la Habana le facilitó los medios para su empresa. Su buen talento supo vencer al cacique é isleños de Cozumel y su valor dominó la fiereza de los indios Tabascos hasta entrar en su corte, plantar la religion cristiana y hacer que reconociesen vasallaje al Emperador Carlos V. Sin embargo de que estas proezas bastaban á reconocerle como un héroe, acaso no lo hubiera conseguido sino hubiese llevado á cabo lo más grande de las conquistas que registra la historia, que fué la dominacion de Méjico.

Grandes fueron los disgustos y penalidades que tuvo que vencer Cortés en todas sus conquistas; inmensas las conspiraciones y alborotos que tuvo que dominar, no sólo de sus enemigos sino en sus propias fuerzas, y los cuales le dan á conocer no sólo como un valiente guerrero, sino como

(1) Del cuaderno VII del *Diccionario histórico, biográfico, crítico y biográfico de autores, artistas y Extremeños Ilustres*, que viene publicando en esta corte los Editores Perez y Boix.

un hábil político. Falto de recursos, en suelo extranjero y de carácter salvaje, luchando con la perversidad de los envidiosos que llevaba en sus tropas y con las camarillas palaciegas que para humillarle lo malquistaron infinitas veces con el Emperador, logrando de éste que mandase para residenciar sus actos é intervenir sus asuntos ya políticos ya militares, á personas hechuras de sus más encarnizados enemigos, poniendo con esto en gran riesgo sus conquistas. Con el auxilio de la suerte ó de la Providencia y con unos 300 hombres y 7 caballos, desembarcó Cortés en San Juan de Ulua, fundó á Veracruz, ganó los ánimos de los caciques inmediatos, y á pesar de las grandes batallas que le presentaron los tlascaltecas á quienes derrotó por completo y sujetó á su dominacion, llegó á acampar en las inmediaciones de la gran ciudad de Méjico. Cortés se vió precisado, para obligar á su gente á no desampararle y continuar sus gloriosas conquistas, á quemar sus naves, cortándose así toda retirada, lo que verificó á presencia de su reducido ejército en la playa de Veracruz, arregando en seguida á sus gentes que le aclamaron victorioso.

Diego Velazquez, envidioso de las conquistas de Cortés y para atribuirse ante el monarca la gloria de la conquista, envía en contra del héroe, para que le prenda y lleve á Cuba, al capitán Pánfilo de Narvaez; éste desembarca en Veracruz y corre á su encuentro; pero Cortés, sin desatender el sitio de Méjico, logra derrotar las fuerzas de Narvaez que, viendo á su jefe prisionero y herido, aclaman al caudillo y se unen á sus gentes desbaratando en seguida el ejército mejicano y despues de diferentes combates, coge prisionero al Emperador Motezuma y á su sucesor Guatimocin. Finalmente, Cortés queda dueño de Méjico el 13 de Agosto de 1521, agregando este nuevo florón á la corona de España, concluyendo la conquista de la Nueva España, que hará para siempre inmortal la memoria de este héroe.

Prosiguió Hernan-Cortés gobernando dicho imperio hasta el año de 1528, y volvió á España en esta época, donde el emperador Carlos V le agració con veintidos villas y lugares, y más de 203 vasallos en aquel reino y Valle de Guaxaca ó Guajaca, creándole el 6 de Julio de 1529 Capitan General de toda Nueva España, y en 20 de dicho mes y año Marqués con el título de la expresada dominacion y últimamente comendador de Vetera. Casó dos veces, la primera en la isla de Cuba con doña Catalina Suarez Pacheco, doncella noble; y la segunda en España con doña Juana de Arellano, hija de D. Carlos, Conde de Aguilar, y de doña Juana de Zúñiga, hija de los Duques de Béjar, dejando de este segundo matrimonio á don Martín Cortés y otros.

Por último, habiéndose fijado en España, lleno de laureles y trofeos, aunque perseguido y maltratado por la envidia, murió en Castilleja de la Cuesta, junto á Sevilla, en 2 de Diciembre de 1547, y sus huesos yacen trasladados en la Iglesia del convento de San Francisco en la ciudad de Méjico, sin haber dejado en su patria, Extremadura, un recuerdo de su estada en el Nuevo-Mundo, pues hasta la casa que levantara en Medellín en 1523, está casi destruida.

En la Exposicion de Americanistas, celebrada en Madrid en 1881, exhibió en la instalacion Extremeña, la Comisión de Monumentos históricos y artísticos de Badajoz, y el arquitecto de dicha ciudad, D. Francisco Morales y Hernandez, varios planos y documentos de lo que en la actualidad se conserva en Medellín de la casa de Hernan-Cortés. En el *Catálogo* parcial de esta Exposicion, redactado por el autor de este *Diccionario*, se encuentran registrados con los números 29, 30, 31, 32, 33, 34 y 36 (1) estos documentos, cuya relacion trasladamos aquí, seguros de que despertará la curiosidad del lector. En esta forma aparece en el expresado *Catálogo*.

Por la comision de monumentos:

29. Informacion practicada en Medellín (Badajoz) en 1854, á fin de averiguar la casa en que naciera en la expresada villa el ilustre conquistador de América, Hernan-Cortés, Marqués del Valle. (Ms. en folio español).

30. Informacion que hace en Medellín (Badajoz) la Comisión de Monumentos históricos y artísticos de la expresada provincia en 1875 ampliando la que hizo en 1854 el Ayuntamiento de Medellín, en averiguacion de la casa en que nació el ilustre conquistador de América, Hernan-Cortés, Marqués del Valle.

(Ms. en folio).

31. Memoria redactada por el arquitecto pro-

(1) *Exposicion Internacional Americanista de 1881, Catálogo de los objetos, papeles, libros y documentos que la provincia de Badajoz presentó en la referida Exposicion*.—Badajoz Tipografía de La Minerva Extremeña, 1883.—Paginas 23, 24, 25 y 26.

vincial de Badajoz, D. Francisco Morales Hernandez, con los planos relativos á la casa llamada de Hernan-Cortés, en Medellín.

(Ms. en folio español).

32. Plano general del estado actual de la casa en que nació Hernan-Cortés, en Medellín.

Es obra del Arquitecto provincial de Badajoz, D. Francisco Morales Hernandez, que la terminó en 14 de Octubre de 1868.

El plano está en la proporcion de 1 por 100 diseñados todos sus detalles en colores que determinan:

1.º Trozos de muros que se conservan sobre el pavimento.

2.º Cimientos enrasados al nivel del pavimento.

3.º Sillares de piedra de grano.

4.º Pavimento de baldosas.

5.º Terreno sin pavimento.

6.º Pavimento de orrillo.

7.º Recipientes de las aguas.

La distribucion de las habitaciones se expresan en la Memoria señalada en este *Catálogo* con el número 31.

33. Plano de la zona que circunda la casa de Hernan-Cortés, en Medellín.

Lo hizo, como el anterior, el Arquitecto Morales Hernandez, en 14 de Octubre de 1868.

Contiene este plano:

1.º Casa de Hernan-Cortés.

2.º Calle del mismo nombre.

3.º Idem del Reloj.

4.º Idem del Arco.

5.º Idem del Oro.

6.º Idem de Murcianas.

7.º Calleja del Reloj.

8.º Calle del Matadero.

9.º Idem del Hocinillo.

10.º Idem de Jarriegos.

11.º Idem de Olivillos.

12.º Rinconado de Santa Cecilia.

13.º Plaza de Idem.

14.º Calle de idem.

15.º Idem de Moros.

16.º Plaza vieja.

17.º Iglesia de Santa Cecilia.

18.º Calle de Herradores.

19.º Paseo.

En la misma escala que el anterior.

34. Dintel que se hallaba colocado en la puerta de la casa solariega de Hernan-Cortés, en Medellín.

Obra del mismo Arquitecto, que la terminó cuando la anterior.

Segun la fecha de la inscripcion que aparece en los costados del dintel, se construyó la casa el año de 1523.

Está en la escala de 1 por 10.

Por el Sr. Morales Hernandez:

36. Proyecto de un monumento en honor de Hernan-Cortés, que naba de ser erigido en la Plaza de Minayo, en Badajoz, por el expositor. (Copia del original que existe en la Real Academia de San Fernando).

Este proyecto, iniciado hace más de veinticuatro años, no ha podido realizarse por la apatía de las autoridades ó por falta de iniciativa. No obstante, parece que ahora se despierta el deseo por realizar un pensamiento, que si tiende á honrar al ilustre Cortés, no queda en ello menos honrada su patria, mostrando á los vivientes el aprecio en que tiene el nombre de sus preclaros hijos. Y decimos esto, porque acabamos de leer en varios periódicos de Badajoz las siguientes líneas:

«El ayuntamiento de Medellín va á abrir decididamente una suscripcion para erigir un monumento á Hernan-Cortés, en el solar de la casa donde nació este ilustre extremeño. El municipio contribuirá con 4.000 duros, y nuestra Excm. Dipucion provincial ha ofrecido también consignar otra suma con tal objeto.»

Completaremos la anterior noticia con esta otra, también de los diarios de Badajoz:

«La Diputacion provincial ha consignado en el presupuesto (para el próximo año económico) 5.000 pesetas para auxiliar al Ayuntamiento de Medellín en las obras de creacion de un monumento á Hernan-Cortés en aquella villa.»

¡Tiempo era de que la provincia de Badajoz diese señales de que no olvida á uno de sus más ilustres hijos!

Pero insensiblemente hemos dejado correr la pluma consignando noticias y hechos de Cortés, sin ordenar estos apuntes, huyendo así de escribir concertadamente la vida de este gran génio; porque este trabajo excederia á nuestros fuerzas y ocuparia también en este *Diccionario* proporciones que no pueden darse ante el peligro de hacerlo interminable.

El lector que quiera conocer la historia del héroe extremeño, puede consultar las célebres *Car-*

ta de Relación escritas por Cortés, y en las que refiere su propia vida con suma modestia y lo que es más, con desusada imparcialidad.

Estas cartas van así tituladas:

1.ª *Cartas de Relación de Fernando Cortés sobre el descubrimiento y conquista de la Nueva España.* La primera, enviada á la Reina Doña Juana y al Emperador Carlos V, su hijo, por la justicia y regimiento de la rica villa de Vera Cruz, á 10 de Julio de 1519.—La segunda, enviada á la sacra Majestad del Emperador Nuestro Señor por el Capitan General D. Fernando Cortés, en la cual se relaciona de las tierras y provincias sin cuento que ha descubierto nuevamente en el Yucatan el año de 19 á esta parte (1), y ha sometido á la corona real de su Majestad. En especial hace relación de una grandísima provincia muy rica llamada *Culua* (2), en la cual hay muy grandes ciudades y de maravillosos edificios, y de grandes tratos y riquezas; entre las cuales hay una más maravillosa y rica que todas, llamada *Temixtitan* (3) que está por maravillosa arte edificada sobre una grande laguna, de la cual ciudad y provincia es Rey un grandísimo Señor llamado *Muteczuma* (4); donde le acaecieron al capitan y los españoles espantosas cosas de oír. Cuenta largamente del grandísimo señorío del dicho Muteczuma, y de sus ritos y ceremonias y de cómo se sirve. (De la villa de Segura de la Frontera de la Nueva España á 30 de Octubre de 1520 años.)—Carta tercera enviada por Fernando Cortés, Capitan y Justicia mayor del Yucatan, llamado la Nueva España del mar Océano, al muy alto y potentísimo César y invictísimo Sr. D. Carlos Emperador siempre augusto y rey de España nuestro Señor. De las cosas sucedidas y muy dignas de admiración en la conquista y recuperación de la muy grande y maravillosa ciudad de *Temixtitan*, y de las otras provincias á ellas sujetas que se rebelaron. En la cual ciudad y dichas provincias el dicho capitan y españoles consiguieron grandes y señaladas victorias dignas de perpétua memoria. Así mismo hace relación cómo han descubierto el mar del Sur, y otras muchas y grandes provincias muy ricas de minas de oro y perlas y piedras preciosas, y áun tiene noticia que hay especiería. (De la ciudad de Cuyoacan desta Nueva España del mar Océano, á 13 dias de Mayo de 1522 años.) Carta cuarta que D. Fernando Cortés, Gobernador y Capitan General por su Majestad en la Nueva España del mar Occéano, envió al muy alto y muy potentísimo, invictísimo Sr. D. Carlos, Emperador siempre augusto y Rey de España nuestro Señor. (De la gran ciudad de *Temixtitan* desta Nueva España, 18 dias del mes de Octubre de 1524 años.)—Carta quinta dirigida á la sacra católica cesárea Majestad del invictísimo Emperador D. Carlos V (desde la ciudad de *Temixtitan*, á 3 de Setiembre de 1526 años).

2.ª *Carta que el muy ilustre señor don Hernando Cortés, Marqués que luego fué del valle, escribió á la S. C. C. Magestad del Emperador: dándole cuenta de lo que convenia proveer en aquellas partes: y de algunas cosas en ellas acaecidas. Fecha en la gran ciudad de Temixtitan Mexico de la nueva España: á XV. dias del mes de Octubre de M. D. XXIV. Años.—Agora por primera vez impresa por su original.*

Las primeras cuatro cartas publicadas en el lugar y año que se indican al final de las mismas, y la última (que es la quinta), publicada en Méjico el año de 1855 por el erudito D. Joaquín García Icazbalceta, servirán para que con el tiempo se escriba la *Historia verdadera de Cortés*, ya descrita por Bernal Díaz del Castillo, y por don Antonio Solís, pero no conocida en todas las fases principales de la guerra y conquista de Méjico; que Cortés está más alto que nos lo presentan los historiadores citados.

Terminaremos estos apuntes biográficos con la relación de los libros que tratan de Cortés. Hé aquí los publicados:

1.ª *Primer aparte de Cortés valeroso y Mexicana*, de Gabriel Lasso de la Vega, criado del Rey nuestro Señor, natural de Madrid.—Dirigida á D. Fernando Cortés, nieto de D. Fernando Cortés, marqués del Valle, descubridor y conquistador del Nuevo-Mundo (Madrid, 1573).

Es un precioso poema que empieza en su primer canto describiendo el sitio de la ciudad de Méjico con los siguientes versos:

Canto el furor de Marte sanguinoso,

Del gran Cortés los triunfos, las victorias...

y concluye:

(1) Hasta 1521.

(2) Ahora Culucan cuna de la monarquía mejicana y emporio del país en el siglo XVI.

(3) Méjico en nuestro idioma.

(4) Muteczuma, antecesor de Guzmán.

Parten de Cuba, dan vela al viento,
Dónde fueren diré con nuevo aliento.

En 1594, el autor hizo otra edición de su poema, aumentado y añadido.

En veinte cantos divide aquí el autor su trabajo. empezando el primero:

Canto las armas y el varon famoso,
Que por disposición del justo cielo...

y termina así:

Aguardame á quien mal he parecido
Que mi segundo fruto vea cogido

2.ª *Elogios en loor de los tres famosos varones D. Jaime, rey de Aragon, D. Fernando Cortés, marqués del Valle y D. Alvaro de Bazan, marqués de Santa Cruz*; compuestos por Gabriel Lobo Lasso de la Vega, natural de Madrid, continuo del Rey nuestro Señor (Zaragoza, 1601).

Es un libro en prosa y verso. Los panegiristas están en prosa, y siguen algunos romances populares no mal versificados.

3.ª *Aquí se contienen siete romances de los mejores que hasta agora se han hecho: los dos primeros son de las hazañas del valeroso Fernan-Cortés, etc.*, compuesto por el bachiller Engrava (Madrid, 1653).

4.ª *Vida del ilustre varon Fernan-Cortés; primero marqués del Valle de Huaciac (Oajaca)*, por D. Fernando Pizarro y Orellana, caballero de la orden de Calatrava, comendador de Vetera, del Consejo de órdenes y ahora del Real Supremo de Castilla (Madrid, 1639).

Esta obra forma parte del libro *Varones ilustres del Nuevo-Mundo*, del mismo autor (V. el folio 65 al 126).

5.ª *Piedad heroica de D. Fernando Cortés*, por D. Carlos Sigüenza y Góngora, de la Compañía de Jesús (México, 1659).

6.ª *Hernandía*, triumphos de la fé y gloria de las armas españolas. Poema heroica. Conquista de México, cabeza del imperio septentrional de la Nueva España. Proexas de Hernan-Cortés, catholicos blasones militares, y grandexas del nuevo-mundo. Lo cantaba D. Francisco Ruix de Leon, hijo de la Nueva España, y reverente lo consagra á la soberana, catholica magestad de su Rey y Señor natural D. Fernando VI en la Real Catholica magestad de la Reyna Ntra. Sra. D.ª María Bárbara (que Dios guarde), y á las dos magestades por mano del excelentísimo Señor Duque de Alba (Madrid, 1755).

7.ª *Vida de Hernan-Cortés hecha pedazos en quintillas joco-serias*, por el semi-poeta ingerto Anasaf de Morales, C. D. C. (Sevilla, 1795).

El autor Fr. Tomás de San Rafael, carmelita descalzo de Córdoba, es un poeta estafalario muy propio de la decadencia de nuestra literatura en fines del siglo XVIII.

8.ª *L'eroismo di Ferdinando Cortese confermato contro le censure nemiche* (Roma 1806).

La escribió el jesuita extremeño P. Raimundo Diosdad Caballero, y es una de las mejores obras para la historia de Cortés.

9.ª *Hernan-Cortés en Uliás, canto épico*, por Gerónimo de Aguilar (Méjico, 1808).

Su autor verdadero lo fué D. José Gonzalez y Torres de Navarra, poeta sevillano, descendiente del marqués de Campoverde.

10.ª *Fernand Cortez, poeme par Roux de Rochelle* (París, 1811).

11.ª *Los horrores de Cortés*, por D. Carlos María Bustamante (Méjico, 1821).

12.ª *Historia de las conquistas de Hernando Cortés, escrita en español por Francisco Lopez de Gomara, traducida al mexicano y aprobada por verdadera*, por D. Juan Bautista de San Anton Muñoz Chimalpain Quauatlehuantzin, indio mexicano. Publicala para instruccion de la juventud nacional, con varias notas y adiciones, Carlos María de Bustamante (México, 1826).

13.ª *Sumario de la resistencia tomada á don Fernando Cortés*, publicado por J. L. Rayon (México, 1852).

14.ª *Cartas y relaciones de Hernan-Cortés al Emperador Carlos V*, corregidas é ilustradas por D. Pascual Gayangos, de la Real Academia de la Historia de Madrid, correspondiente del instituto de Francia (París, 1866).

15.ª *Méjico*, por el P. Escoiquiz, canónigo de Méjico.

16.ª *La conquete du Mexique... en dix chants, avec notes historiques, par P. Roux* (París, 1811).

De todas estas obras, la más importante lo es, sin disputa, la que forman las cartas publicadas por Gayangos.

Hé aquí ahora la relación de los libros inéditos.

1.ª *La cortesiada*, poema épico de las hazañas de Hernan Cortés, por el P. Agustin de Castro, de la Compañía de Jesús, catadrático de filosofía de Querétaro.

2.ª *Romancero de Hernan Cortés*, por D. Antonio Hurtado de Mendoza.

3.ª *Hernan-Cortés*, poema por D. Juan Justiniano y Arribas, coronel de caballería.

4.ª *Hernan-Cortés*, poema por D. Antonio García Gutierrez, de la Real Academia Española.

5.ª *Hernan-Cortés en Cholula*, poema por el Excmo. Sr. D. Patricio de la Escosura, de la Real Academia.

6.ª *La Pironea de Cortés*, poema del P. Escopio Tomás Baguena.

7.ª *Las naves de Cortés destruidas*, por Martin y Vaca de Guzman.

NICOLÁS DIAZ Y PEREZ.

LA UNION HISPANO-AMERICANA

CAPÍTULO PRIMERO

Historia del descubrimiento de América

A la muerte de Enrique IV de Castilla, en el año de 1674, recayó la corona en su hermana Doña Isabel, casada ya entonces con D. Fernando, rey de Aragon; mas éste quiso hacer valer sus derechos sobre Castilla, alegando que las mujeres no podían ocupar el trono, debiendo recaer en él por ser el pariente más cercano del difunto monarca.

Mas el talento y astucia de la reina logró lo que quizá la sangre de los hombres no hubiese podido hacer, que fué el gobierno de ambos sobre sus respectivos Estados, áun cuando quien verdaderamente era el soberano era la reina Isabel, á quien la Providencia le conferia el mando de un pueblo noble y valiente, que habia de ayudarla en las grandes empresas que elevaron á su patria á una altura envidiable.

Muchos son los hechos de este reinado y de todos conocidos; pero es de necesidad seguirle por su relación con el descubrimiento de las Américas.

El reinado de los que merecieron el calificativo de príncipes Católicos, fué altamente admirado por el gran desarrollo que adquirieron las letras, las ciencias, y con especialidad las armas. En esta época, como en todas, los nobles anfaban revoltosos, y en ellos, Doña Juana la Beltraneja, juntamente con el rey Don Alfonso V de Portugal y Luis XI de Francia, encontró un apoyo decidido para querer hacer valer los derechos sobre el trono de Castilla. Así duraron las cosas hasta que, al fin, fueron vencidos en la ciudad de Toledo, ingresando la hija de Enrique IV en un convento de Coimbra, donde murió.

Como hemos dicho anteriormente, los nobles estaban sublevados, y como es natural, el villano seguia el ejemplo del señor, saliendo á los caminos y robando á los viajeros transeuntes, siendo imposible la seguridad individual ni mucho menos eran respetados la propiedad y todo aquello que representaba un valor intrínseco por pequeño que fuera; así es que los reyes se propusieron restablecer el orden en sus Estados, lo cual lograron despues de grandes luchas físicas y morales, por tener que luchar con hijos suyos, pues la augusta soberana miraba como á tales á los españoles, puesto que con el enlace de Aragon y Castilla se establecia la union nacional. Para este objeto crearon la Santa Hermandad, que fué lo que por entonces restableció el orden.

En vista de esto decidieron los reyes el restringir los fueros ó derechos de los nobles, hasta que en Cortés en 1480 se decidió ponerse en frente de los privilegios y les quitó á éstos la construcción de castillos y el hacer uso de los sellos y armas reales en sus escritos y demás documentos, que tanto por lo tanto sumida la clase elevada al poder de los reyes que desde un principio dió asentimiento y protección á las clases populares, hasta el punto de que al organizar la Santa Hermandad, lo hizo de tal modo; que puso á su disposición un ejército aguerrido noble y valiente, formado solo de lo que entonces llamaban villanos, ó clases populares; ya se vé con la ayuda de la base sobre la cual está la sociedad, puesto que, como un democrata dijo «que sin la base de una pirámide era imposible que se mantuviera la cúspide» y las simpatías que gozaba tan esclarecida princesa, la que no miraba sacrificio alguno para el bien de su pueblo, los nobles se atemorizaron y acataron con, al parecer, humildad, las disposiciones de sus Señores.

En la época que ciñeron la diadema real Isabel y Fernando, se hicieron grandes reformas judiciales y administrativas; reformas que aún hoy rigen en nuestro país, por ser sapientísimas y estar inspiradas en un sentido justo, recto, igualando á todos, desde aquel que se llamó señor de horca y cuchillo, hasta el infeliz esclavo que no era dueño de sí mismo. Tambien se dió un valor á la moneda y se suprimió las aduanas entre Aragon y Castilla, formando un solo reino, con lo cual el comercio se extendió, la industria se fomentó y se hicieron nuevas leyes á encaminar la seguridad de las tierras á los labradores, teniendo con esto un gran empuje la agricultura.

Sabido de todos es, el gran espíritu religioso que dominaba a la reina Isabel, y por lo tanto, no hay que extrañarse de la fundación por ella del Tribunal inquisitorial, ni mucho menos, si se está en antecedentes de cómo en aquellos tiempos andaba la cuestión religiosa, puesto que la expulsión de los judíos en Francia y en otros países, hizo la emigración de éstos a España, y nuestro pueblo, también religioso hasta lo sumo, estableció una lucha ruda y perjudicial para los intereses de la Iglesia; más todo esto no fué todavía la causa de tal fundación, sino que la publicación de varios folletos, en contra de la religión de nuestros mayores, con lo cual, la reina se decidió, y desde entonces se estableció el Tribunal, que más tarde, saliéndose de para lo que fué fundado, extendió su negro velo por toda España, y hasta la misma corona quedaba bajo su influencia, ¡debilidades humanas! un Tribunal, formado por una mujer, cuyo fin fué única y exclusivamente el de cuidar de mantener la moral y la religión, se convirtió más tarde en verdugo de los mismos católicos é instrumento de intrigas políticas, palaciegas y hasta venganzas vergonzosas.

Perdona, lector, si hemos seguido continuamente la historia de los reyes augustos de Castilla y Aragón, y no vamos al objeto principal; pero es de necesidad, para dar á conocer el estado en que se encontraba la sociedad de entonces, para que no se extrañe después de que tantas trabas, intrigas y dificultades grandes se impusiera á un hecho grandísimo un hecho que si se realizó, fué por el desprendimiento de una reina que, más que reina, era madre de su pueblo, amante del progreso y deseoso de aventuras que llevasen la gloria á su patria.

Los reyes, continuaron el camino que habían emprendido de defensores de la religión y de amantes al orden y la justicia; pero la fé religiosa era lo que predominaba en ellos, y por lo tanto, habiendo quedado un sólo pueblo bajo el poder de la media luna, cruzó por su mente la idea, que más tarde había de dar tantos frutos riquísimos á la religión y á la nación española; á la primera, por librarla del poder que pudieran tener los musulmanes sobre los estados cristianos vecinos, y á España, por agregar una nueva perla, la perla de Occidente, como dijo un célebre escritor, al cetro de los soberanos españoles.

Mas el tratado que con los moros tenían, les impedían realizar sus deseos, y esto mismo sucedía al rey musulmán; pero éste, ménos escrupuloso en la cuestión internacional, rompió la paz empezando la toma de la plaza de Zahara.

El rey D. Fernando fomentaba cuanto podía las disidencias que había en el seno del reino de Granada, á causa de que Boabdil, hijo del rey árabe Muley-Hassem, quien tuvo que abandonar el trono, ocupándolo el príncipe Abu-Abdallah, ó Boabdil, quien tenía la ayuda de la sultana Aixa. Este príncipe fué bien recibido por el pueblo, pero bien pronto tuvo que desengañarse de las ilusiones que se hubieron forjado respecto del nuevo rey; pues no sólo era inepto para el gobierno de su pueblo, sino que además era mal guerrero, siendo calificado por sus súbditos de cobarde, por haberse dejado coger prisionero en la toma de Lucena.

Sucedíole en el mando su padre, quien como hombre ya acostumbrado á su pueblo, pudo gobernar con acierto; mas como todo andaba revuelto, á causa de que Boabdil, puesto ya en libertad, volvía Granada, y no pudiendo vencer á su padre, se retiró á Almería.

Muley-Hassem, viejo y achacoso, por lo mucho que durante su larga vida sufrió, retiróse del mando, dejando el trono vacante á su hermano Zagal: á todo esto Boabdil, patrocinado, al parecer, por el hábil diplomático, el rey D. Fernando, se fué contra su tío, quien temiendo una guerra con los cristianos, le cedió Granada y Loja, quedándose Zagal con el resto del territorio.

Ya entonces Isabel había recibido á un hombre de origen extranjero, y á quien prometió hacer en favor suyo todo cuanto estuviese en su mano; pero el consejo de prelados que se hizo reunir para el estudio de un gran proyecto que traía, fué desechado, sin duda por oponerse á los principios de los santos padres, quienes creían que la tierra no era esférica, y que llegando á un cierto límite, se precipitaría una embarcación ó un objeto cualquiera en el vacío; pero á pesar de haber expuesto los prelados su opinión en contra, Isabel prometió á Colon, pues éste era, que cuando estuviese terminada la guerra contra el moro, ella misma estudiaría su proyecto de navegación por el Océano Atlántico, pero que le era por entonces imposible, á causa del gasto de hombres y de mucho dinero que estaba haciendo con la ya emprendida campaña.

Colon, lleno de esperanza, esperó; pero los años pasaban, y se decidió á volver sus ojos al rey de Inglaterra, Enrique VII, quien no hizo caso. El desaliento volvió á reinar en el alma grande de aquel hombre, que, sin duda, estaba inspirado por un ser invisible, por un ángel que, extendiendo su mano, lo empujaba sobre la tierra para que, á pesar de la indiferencia de los hombres, llegara á ponerse en comunicación con otra alma tan noble y elevada como la suya, para que,

confundidas las dos, llevasen á cabo la expedición naval en busca del país de las especias.

A uno, le llevaba el génio; á la otra, el espíritu cristiano, á esa inspiración que solo algunas almas reciben directamente de la mano de Dios.

Sin duda nos estaba reservada la gloria que se realizó, y que al mundo tanto bien hizo, y en la que aún hay quien de ese hecho espera, cómo somos los que en la tierra madre hemos nacido.

No es posible dejar pasar aún cuando su historia sea muy conocida, algunos períodos de la vida de Cristóbal Colon.

Este eminente hombre nació en Génova, según se supone, en el año de 1436, y era de una familia de escasos recursos; su padre Domingo Colon, quiso que estudiase y emprendiese una carrera, para lo cual lo envió á una Universidad donde aprendió Latin, gramática, astronomía, navegación, geografía y otras más. Sin duda tuvo buena elección, puesto que desde muy joven empezó á lanzarse á los mares, desafiando las tempestades, y visitó todos los pueblos hasta entonces conocidos.

RAMON DE SANJUAN.

(Continuará.)

UN REY CONSTITUCIONAL

Con este título publicó no ha mucho un distinguido escritor francés un importante estudio sobre el reinado de Leopoldo I, rey de los belgas, justamente considerado en Europa como modelo de reyes constitucionales.

En el momento en que el desacreditado doctrinarismo de nuestros conservadores los lleva á matar el sistema parlamentario, continuando la serie de mixtificaciones de que España ha sido víctima durante medio siglo, no es fuera de propósito presentar en paragon con el criterio de la oligarquía *soi disant* conservadora, el ejemplo de un rey modelo de constitucionalismo.

Cuando Bélgica ofreció la corona á Leopoldo, vaciló éste en aceptarla, á impulso de consideraciones nacidas de lo que á él le parecían dos dificultades gravísimas. Era una la cuestión de límites. Y procedía la otra de la Constitución votada por el Congreso, cuyas disposiciones, en opinión de muchos experimentados estadistas, no ofrecían bastante garantía al ejercicio del poder real. «Esta Constitución, mal redactada y cuasi inejecutable—decía aún en 1848 el príncipe de Metternich,—sería la peor de Europa, si no existiera la de Noruega.» Leopoldo pidió dictámen acerca de ella á su secretario, el baron Stockmer. «Verdaderamente, el poder del rey y el de sus ministros — le contestó Stockmer — se encuentra muy limitado en esta Constitución. Sera preciso ver si todas esas libertades son conciliables con el orden. Intentad reinar con el espíritu de esa Constitución, empleando una gran delicadeza de conciencia. Si las nuevas instituciones no marchan... entonces será tiempo de pedir á las Cámaras que modifiquen el pacto fundamental.»

«Bien se conoce — dijo un día el príncipe, sonriéndose y dirigiendo la palabra á una Comisión del Congreso: — bien se conoce que la Monarquía no estaba allí para defenderse; por que la habeis tratado muy rudamente. Vuestra Carta es bien democrática. Sin embargo, habiendo buena voluntad de una y otra parte, creo que podremos marchar.»

En efecto, la Constitución belga contenía una serie de innovaciones de que sólo ofrecía por entonces ejemplo la República de los Estados-Unidos. — Separación casi completa de la Iglesia y el Estado. — Libertad é igualdad de Cultos. — Derecho ilimitado de reunión y de asociación — Libertad completa de imprenta: libertad de la palabra: libertad de enseñanza. — Los belgas habían querido ser libres.

Al ver en el goce de todas esas libertades, no á una nación establecida sobre base sólida y tradicional, como la Inglaterra, por ejemplo, sino á un país en vías de formación, compuesto de dos razas distintas — flamencos y holandeses, — de partidos irreconciliables — liberales y católicos, republicanos y orangistas, — aspirando á la restauración de la dinastía caída, y que «ababa de salir de una revolución... los recelos eran muy naturales.

Sin embargo, esa Constitución, tachada de excesivamente democrática, subsiste aún; mientras que las de la mayor parte de las monarquías europeas han sido derogadas ó profundamente modificadas. Es indudable que son las que duran más tiempo las Constituciones que dan mayor ensanche á la libertad. Las más antiguas en este orden son las de ciertos Estados de América, en que se consignan con doscientos años de anticipación, como tabla de derechos, los principios que la Francia proclamó el 89. Y la razón se comprende fácilmente. A medida que los pueblos se ilustran se sienten más fuertes y aspiran á depender ménos de sus tutores y á tomar una parte mayor y más directa en el manejo de los negocios públicos. La Constitución que concede demasiado poder al monarca, ó demasiado influjo á las clases privilegiadas, se asemeja á esos trajes estrechos que un adolescente hace e tallar por su natural crecimiento. Por el contrario, las Constituciones perfectibles, como la de Inglaterra, ó que consagran desde luego todas las libertades, como las de los Estados americanos y la de Bélgica, son respetadas; por que el movimiento democrático, que empuja hácia adelante las sociedades cris-

tianas, puede desarrollarse á su gusto, sin tener obstáculos que vencer ni privilegios que destruir.

Vencidas por Leopoldo las dificultades exteriores, no tardaron en separarse en dos camp s opuestos y claramente señalados los dos partidos cuya union había asegurado el éxito de la revolución de 1830. Con harta frecuencia se oye lamentar esa división de partidos; pero semejantes lamentos son pueriles. En todo país libre surgiran siempre discrepancias de opinion y habrá partidos: como que éstos son el resultado y la prueba al mismo tiempo de la vida política; no de otro modo que las sectas han sido la prueba de la vitalidad religiosa. Cuando Bossuet censuraba á la Reforma por la multitud de sectas á que había dado nacimiento, á quien realmente acusaba era á la actividad del pensamiento humano. Para que no hubiera partidos ni sectas era preciso que todos los hombres se hubies en conformado en delegar en la Iglesia ó en el gobierno el cuidado de pensar y de querer por ellos: lo cual, no sólo es sufrir el despotismo, sino llegar á aceptarle, á bendecirle y adorarlo. Sólo la indiferencia, la postración del alma y la torpeza del entendimiento pueden explicar semejante abdicación. La existencia de los partidos, lejos de ser funesta al ejercicio del régimen parlamentario, es indispensable. Así lo prueba claramente lo que ha pasado en Bélgica y Holanda en estos últimos años. Por sus tradiciones, por su ilustración, el pueblo neerlandés estaba mejor preparado que el belga para el régimen de las Asambleas deliberantes; y, sin embargo, este ingenioso mecanismo marcha peor en Holanda que en Bélgica. Allí los ministerios se suceden con vertiginosa rapidez, faltándoles duración, consistencia y fuerza: á cada momento surgen conflictos y discusiones eternas por motivos que no son dignos de ellas. ¿De qué nace esto? De que mezclándose las cuestiones coloniales con las interiores, no pueden formarse dos partidos claramente definidos y deslindados para sostener en el poder á los hombres que los representen. Desde que en Inglaterra la división de los partidos en Torys y Wigs no es más que un recuerdo histórico, el gobierno parlamentario adolece allí de una inestabilidad semejante. Por el contrario, donde el ministerio se apoya en una mayoría fuertemente unida por una opinion ó ideal comun, puede gobernar con vigor, con eficacia y con éxito; tiene duración, y si cae, no es nunca por un motivo indiferente, porque puede pedir á sus partidarios el sacrificio de disidencias accesorias á nombre del interés superior que defiende. Un hombre de Estado, tal como Pitt, ejerció entonces un poder tan grande y tan duradero como el de un Richelieu ó un Meternich. El éxito del régimen parlamentario está en razon directa de la franca oposición de los partidos y de la importancia del principio ó del objeto que los divide. El espíritu de partido, que no es más que la firme adhesión á los principios que le informan, sólo es fuerte cuando llega á hacer rechazar una medida útil al país, por evitar que la deba á sus adversarios.

La conducta de Leopoldo, respecto á los partidos, puede servir de ejemplo á los reyes constitucionales. Nunca pudo decirse que favoreciera á uno más que á otro. Debiendo ser la Corona irresponsable, él la sostenía en esa esfera superior en donde las luchas de la plaza pública no llegan jamás á turbar la olimpica imparcialidad del poder moderador. A fin de marchar de concierto con hombres de contrarias opiniones, el rey Leopoldo evitaba cuidadosamente todo lo que podía hacer ménos fáciles las relaciones de los unos con los otros. ¿A qué lado se inclinaba en el fondo? Ni una palabra, ni un escrito suyo han venido á revelarlo. Sus instintos de Tory, sus recuerdos de príncipe alemán le inclinaban probablemente hácia los católicos, los cuales, á sus ojos, debían representar el partido conservador y aristocrático. Pero su perspicacia le hacía ver que los principios del *liberalismo* respondían mejor á las necesidades de nuestra época.

Si el rey Leopoldo recomendaba de buena voluntad la moderación á los dos partidos, conocía muy bien las condiciones del gobierno en medio de asambleas electivas, para no pedir nunca la fusión de opiniones rivales; prefería que cada cual permaneciera estrictamente fiel á sus principios, á fin de tener delante de sí dos grupos, representando dos tendencias, que pudieran ejercer á su vez el poder con desembarazo y con dignidad. En 1834, uno de los jefes del partido católico, por el cual había demostrado mucho afecto y estimación, le presentó un programa ministerial radical: el rey prefirió dirigirse á los adversarios: «Lo que me decis — respondió á M. Deschamps — es muy sensato y hasta muy seductor: pero si vosotros los conservadores os lanzais por ese camino á luchar con los liberales, ¿dónde ireis á parar? Tenia razon el rey. Cuando todo un partido se conduce en oposición con los principios que le informan y sobre los que descansa, ó comete una gran falta, ó tiende un lazo á sus adversarios; pero de ambas maneras desaparece el contrapeso de que há menester el gobierno representativo. Inglaterra se escandalizó, y no sin motivo, cuando Disraeli, uno de los jefes del partido conservador, se presentó ofreciendo reformas democráticas. Sin duda alguna que ese partido se transforma á medida que conoce y tantea el terreno del Continente: pero un cambio brusco de opinion debe ser siempre sospechoso.

En la mayor parte de los discursos públicos dirigidos al rey Leopoldo, se le han prodigado elogios por haber sido fiel al juramento que había prestado á la Constitución. No repetiré yo el elogio, dice el escritor cuyo libro extractamos, por miedo de inferir una injuria á la memoria de aquel rey. ¿En qué tiempos tan pobres vivimos, que se cree deber elogiar á un Monarca, por haber hecho lo que prescribe la más comun honradez? El rey Leopoldo hizo más que cumplir con su palabra: se atuvo al espíritu de la Constitución, con tal escri-

pulo, durante todo su reinado, que la nación se gobernó realmente por sí misma bajo sus auspicios. Mas de una vez tuvo, sin embargo, que resistir á consejos peligrosísimos. Citaré solo un ejemplo que lleva consigo una gran enseñanza.

Después de algun ensayo de ministerios mixtos, ensayos que habían fracasado, el conde de Theux había formado en 1846 un gabinete homogéneo de un color católico muy pronunciado. El partido liberal se preparó desde luego á combatirle con la mayor energía. La asociación electoral de Bruselas convocó á los delegados de los comités provinciales, á fin de constituir una gran asamblea liberal, encargada de formular el programa del partido; del mismo modo que se hace en los Estados-Unidos, antes de toda elección de importancia. Pero la sola perspectiva de la reunión de los representantes de esos comités y clubs, que existen en todas las grandes ciudades, llenó de alarma á Luis Felipe y á sus ministros. Creyendo que las furias del 93 iban á levantarse en Bélgica; y convencido de que Leopoldo debía impedir desde luego aquella anunciada asamblea, que á sus ojos no era otra cosa más que una amenaza revolucionaria, el rey de los franceses aconsejó á su yerno, «que sostuviese á toda costa el gobierno conservador; sobre todo, que no admitiera en el poder á los delegados ni á ninguno de su color político, y que contase en caso de conflicto con el apoyo armado de la Francia.» Ignórase lo que respondió Leopoldo; pero se guardó bien de seguir el consejo y de adoptar la política de resistencia que Luis Felipe le recomendaba y que él practicaba con tan constante y tan feliz éxito, al parecer. Habitado Leopoldo á los *meetings* y á las reuniones populares de Inglaterra, dejó al partido liberal que se reuniera á discutir y que formulara su programa; y así que los electores dejaron en minoría á los católicos, no vaciló en poner el gobierno en manos precisamente de los hombres que se le había aconsejado que proscibiera. El año siguiente vinieron los acontecimientos á demostrar cuál de las dos políticas era la más acertada. El mismo terremoto, que derrumbó el trono de Luis Felipe, afirmó el de Leopoldo; porque el primero se empeñó en comprimir la fuerza ascendente de la democracia, mientras que el segundo no temió asociarse á ella. ¡Memorable lección que los soberanos no deben olvidar!

II

Las ideas de reforma social que hicieron explosión en 1848, no llevaron al ánimo del rey de los belgas ninguno de aquellos terrores, verdaderos ó simulados, que provocaron en tantos otros vergonzosas abdicaciones. Lejos de ello, Leopoldo sacó de aquella explosión la consecuencia deque era preciso ocuparse seriamente de la suerte de los trabajadores. «Nuestro siglo es el siglo de los obreros»—ha dicho M. Gladstone. La frase no llegó al rey Leopoldo, pero no le fué extraña la idea. Se ha agitado la cuestión del derecho al trabajo, y la atención de las poblaciones obreras se ha dirigido á examinar las diferentes teorías emitidas para resolver el problema. Sin querer emitir opinión sobre materia que no me incumbe, debo, no obstante decir, que si existen países donde los gobiernos estén llamados á venir en ayuda del trabajo, uno de esos países es Bélgica. A su rey le preocupó, pero no le asustó el problema; y la tormenta pasó, dejando, entre otros recuerdos, el de la consideración y el respeto que el rey Leopoldo se granjeó de todos los amantes de la libertad.

Hacia fines de su reinado, en una coyuntura mucho más grave que en 1847, Leopoldo tuvo una vez más ocasión de mostrar cuál debía ser el papel de un Monarca constitucional. En 1857 el ministerio católico, que entonces se hallaba en el poder, presentó á las Cámaras un proyecto de ley encaminado á dar más consistencia á los establecimientos benéficos y pios. Los liberales apellidaron el proyecto, *ley de los conventos*; porque decían que su inmediato resultado sería aumentar considerablemente el número, ya demasiado grande de aquellos. El rey Leopoldo no participaba de este temor. Deseaba que se diese una gran latitud á la beneficencia, y no distinguía el derecho individual de hacer limosnas, derecho que nadie contradice, del de fundar establecimientos públicos y crear corporaciones permanentes: cosa muy diferente. De ese modo al menos consideraba la cuestión en una carta dirigida á M. de Haussay en 1849, en la cual decía: «Los dos países donde se encuentra mejor entendido el régimen constitucional—Inglaterra y los Estados Unidos de América,—no ponen traba alguna á los actos de beneficencia particular.»

El rey parece que no hizo objeción alguna al proyecto de ley que había preparado M. Nothonor. Los liberales le combatieron, durante 27 sesiones consecutivas, con la energía que dá la convicción de un peligro público. Esa lucha encarnizada dentro del parlamento, inflamó los ánimos por fuera. Las calles se llenaron de una multitud tumultuosa, que se entregó á manifestaciones hostiles á los diputados católicos; y la agitación se comunicó de la capital á las provincias. Por de pronto, la irritación del rey fué extremada. Los recuerdos de militar, y la necesidad de hacer prevalecer á toda costa las decisiones de la mayoría, le llevaron á rehusar en los primeros momentos toda concesión á aquella especie de presión extraparlamentaria; pero la reflexión y la prudente resolución de sus ministros M. de Decker y el conde Villain—hombre de gran probidad que ponía el interés del país sobre el de su partido,—decidieron á Leopoldo á entrar por el camino de los temperamentos y adoptar medidas de transacción. Por de pronto se suspendieron las sesiones de las Cámaras; y habiendo demostrado enseguida las elecciones municipales que las ciudades eran profundamente hostiles al proyecto de ley, el ministerio creyó de su deber retirarse. «Tengo mayoría en las Cámaras—decía M. Decker—pero no estoy seguro

de que esta mayoría se apoye en la mayoría de la nación. Ahora bien: una de las posiciones más peligrosas, en que se puede colocar á un país constitucional, es la de gobernar con una mayoría que pueda ser acusada de no representar fiel y verdaderamente los sentimientos y los votos de la nación.» «Un gobierno prudente—habían dicho también los demás ministros—debe tener en cuenta la opinión pública, aun en los casos en que se halle extraviada por la pasión ó por las preocupaciones.» El rey dirigió al ministerio del Interior una carta, que fué publicada, expresando el mismo pensamiento. «Sin entrar, decía, en el exámen de la ley, tengo, como veis en cuenta, la impresión que con motivo de ella se ha producido en una gran parte de las provincias. Hay en los países, que se ocupan por sí mismos de sus negocios, corrientes rápidas, contagiosas que se propagan con una intensidad, que se palpa más fácilmente que se explica, y con las cuales es más prudente transigir que discutir.»

El hecho es que Leopoldo aceptó la dimisión del ministerio católico, el cual pensó, que el interés del país le aconsejaba abandonar el poder. Y todó arguye á creer que el rey obró cuerdatamente.

Y téngase en cuenta que la indignación primera de Leopoldo y su repugnancia á transigir, venía precisamente de su mismo respeto al gobierno parlamentario. La ley estaba apoyada incontestablemente por la mayoría del parlamento, desde el momento en que le fué presentada. En rigor, el régimen constitucional habría exigido que el proyecto no fuese retirado; y, ciertamente, no dejó de repetirse, que el ceder ante las manifestaciones de la calle era despojar al poder de su prestigio y de su fuerza. Mas todo induce á creer que el rey hizo bien en no seguir la política de resistencia, hacia la cual le empujaban su propio sentimiento de dignidad y el aspecto de igualdad que ostentaba la cuestión. Porque hay en nuestras sociedades modernas dos cosas importantes que tener muy en cuenta: una, es la opinión de las ciudades; otra, el movimiento general de las ciencias. Las ciudades en el escrutinio, ó sea en la urna electoral, no pesan más que en proporción á su población; y, sin embargo, en los momentos de crisis, de ellas depende el triunfo ó la caída de los gobiernos. Los que no tengan á su favor más que la población rural, no tendrán jamás sólida base. Esto, que en la apariencia se presenta como injusto, no lo es sin embargo. Todos convienen hoy en que la opinión es la reina del mundo. ¡Y bien! ¿Quiénes son los que hacen la opinión, sino los que estudian, los que escriben y los que hablan? Un hombre que piensa; aunque no vote, ejerce infinitamente más acción que ciento que voten sin pensar. Gobernar, pues, en oposición á los que piensan, es tanto como condenarse á no tener por apoyo otra cosa más que la fuerza y el número. Pero llegó siempre el momento en que el número y la fuerza misma acaban por ponerse del lado del pensamiento.

T. R. PINILLA.

MÉXICO

LA ELECCION DEL GENERAL PORFIRIO DIAZ

El *Progreso*, uno de los diarios más importantes de España, por lo ilustrado de su redacción, y la amabilidad con que están cuidadas sus diversas secciones, ha publicado un telegrama de México, dando un extracto del mensaje leído ante el Congreso, al abrir sus sesiones, por el presidente, general Gonzalez:

«Se felicita á la nación por la elección casi unánime del general Diaz para la presidencia, por las buenas relaciones con las naciones extranjeras y por la tranquilidad que reina en todo el país. El presidente espera la pronta consumación del tratado de reciprocidad con los Estados Unidos. Recomienda al Congreso la prolongación del plazo que se fijó al convenio, que permite el paso de la frontera mexicana-americana, por las tropas enviadas en persecución de los indios hostiles. Serán sometidas desde luego al Congreso las bases preliminares para la reanudación de las relaciones con Inglaterra, bases que el presidente considera equitativas. Pronto saldrá una comisión para China y Japon con objeto de dar desarrollo á los intereses comerciales de México en aquellos países. Han sido ampliadas las subvenciones á las líneas de vapores y prolongado por dos años el contrato con la de F. Alexandre y Sons.

El Mensaje se refiere al desarrollo de los ferro-carriles, líneas telegráficas y colonización, y á las mejoras en los puertos; revisa la cuestión de las monedas de níquel, la ley del sello, la fusión de los Bancos y el subsiguiente empréstito de 2,000,000 duros, contratado en 31 de Mayo. En breve se someterá al Congreso una nueva ley arancelaria.»

Tal es el ligero extracto del mensaje leído por el presidente de la República mexicana, en el momento solemne de dar cuenta á los representantes del país del uso de las facultades conferidas por la ley, y de los actos de su administración en el período cuya historia traza.

¡Qué hermoso cuadro en tan pocas palabras!

Es la vida, es la acción, el movimiento, la iniciativa, la inteligencia de un pueblo joven,

que agoviado ayer por el peso de inmensos mártires, baña hoy su frente altiva en la luz de estos días de redención, que la sonríen con todos los encantos de un porvenir venturoso.

Ese conjunto, en que palpitan progresos y adelantos reales y positivos, es el honroso testimonio que presenta México á los pueblos del Viejo Mundo, y á los que un día se complacían en deprimirlo, creyéndole incapaz de asociarse al movimiento regenerador de las naciones civilizadas—de lo que son capaces de conseguir y conquistar aquellas nacionalidades nacientes, el día que fundan el orden y la paz custodiados por la libertad, y por gobiernos emanados de la voluntad popular

Yo no soy mexicano; pero hijo de aquel gran continente—destinado á servir con el andar del tiempo de inmenso refugio á las víctimas del proletariado europeo—me siento orgulloso y feliz, al poder hablar del México del presente, pagando á la vez respetuoso tributo á las hazañas legendarias del México del pasado: del pueblo, que encontrándose un día frente á frente á las legiones del verdugo coronado de las Tullerías, aceptó sin miedo el reto que le lanzara, y bajando resuelto á los campos de batalla, en ellos abatió su soberbia, le castigó, derrotando sus ejércitos, salvando intacta su preciosa nacionalidad, que hoy presenta orgullosa como trofeo de su noble heroísmo.

Cuando la memoria se vuelve hacia esos días de luchas verdaderamente homéricas;

Cuando se piensa en los enormes sacrificios que tuvo que hacer la República invadida para no caer postrada á los pies de los sicarios del Imperio;

Cuando se mira la grandeza de aquellos mártires, y se tiene en cuenta aquella sangre derramada á torrentes; de aquellas víctimas que por millares caían abrazadas al pie de su bandera, sin exhalar una queja ni una protesta;

Cuando se piensa en lo desigual de una lucha entre un pueblo desquiciado, y al que habían venido debilitando las guerras intestinas; y un César que entonces se consideraba Soberano del Mundo, se comprende, recien entonces, todo el mérito, toda la gloria que han conquistado los mexicanos al remover primero los escombros que aquella guerra dejó á lo largo del camino, y preparar, después, los elementos que debían permitirle llegar á la época anhelada de su reorganización.

Era preciso mucho patriotismo, mucha serenidad de espíritu, y grandes calidades nacionales para arribar al puerto de bonanza después de los tremendos huracanes.

Y México tuvo todo eso.

Sus dos últimas administraciones dan testimonio de esta afirmación.

El general Porfirio Diaz, patriota sincero, administrador honrado, liberal sin limitaciones vergonzosas y hombre de clara, y brillante inteligencia, presidió una de ellas.

Dándose cuenta de la misión que le estaba confiada, después de las horas de desquicio que habían abatido la frente de su patria, empezó por colmar el fuego de las pasiones de los partidos existentes; por buscar la armonía feliz entre todas las voluntades aisladas ó dispersas, por hacer de su gobierno un gobierno para todos los mexicanos, y no para tal ó cual parcialidad política, y enarbolando la bandera de la fraternidad, llamó en torno suyo á todos los hombres honrados que quisiesen ayudarle á conducir la patria mexicana á la cima de prosperidad y grandeza á que le daban derecho, todos sus elementos constitutivos, y las riquezas inmensas de una de las porciones del globo más favorecidas por las bondades del que todo lo puede.

Conseguidos propósitos tan levantados, y una vez afianzados el orden y la paz internas, el presidente Diaz dejó de ser hombre político para ser soldado del trabajo, y contando con la virilidad de sus compatriotas y su amor al progreso, y presentando ante sus ojos el risueño porvenir que á todos esperaba si le prestaban el contingente de su brazo y de su inteligencia para dar una forma práctica á su programa de gobierno, lanzó resueltamente el país á las anchas vías de tareas fecundas, cuyos resultados

no tardarian en ser saluados con general entusiasmo.

Es una época nueva.

Por d'quien se sienten sus vibraciones.

¿Hay que educar al pueblo?

Se fundan centenares de escuelas que van aumentando y creciendo á medida que se comprende que el cultivo de las inteligencias y los espíritus es la base de prosperidad de las naciones.

¿Faltan caminos, puentes y vías de comunicacion?

Pues á construirlos allí donde se necesiten; y la pala y el pico de los obreros remueven la tierra, y construyen y edifican suprimiendo las grandes necesidades para la vida activa.

¿Es necesario acortar las distancias que separan poblaciones ricas que carecen de vías, por las cuales conducir los productos de su suelo privilegiado?

El presidente Diaz no vacila, y abre ancho campo á la locomotora, que cruzando alegremente las campiñas, se presenta con su penacho de fuego á llevarles la animacion y la vida, despertándolas con su grito metálico del sueño en que parecían dormitar.

Todo es trabajo, animacion y vida.

La tierra hasta entonces empapada con la sangre de hermanos y emblanquecida con los huesos del extranjero, que insolentemente pretendió profanar los hogares mejicanos, se vé convertida en risueños plantíos y jardines en que la semilla produce, el árbol se levanta erguido, las flores se derraman en ondas voluptuosas por los espacios, y las cosechas son recojidas por la mano de aquellos que, poco antes, empuñaban el sable ó la lanza en los combates sangrientos de los dias aciagos.

México se levanta y se transforma.

Brisas de esperanza empiezan á cruzar su frente.

Cada ciudadano tiene conciencia de su augusta personalidad; y al compás de ese gran movimiento de regeneracion, los espíritus se confortan divisando allá en los horizontes lejanos los arboles de la nueva aurora, á cuya luz la patria de los héroes marcha tranquila y serena á ocupar puesto de honor en el banquete de las naciones civilizadas.

Fecunda ha sido la administracion del general Diaz, que baja del s'olio del poder, saludado por las aclamaciones de los pueblos.

Le reemplaza el general Gonzalez, actual presidente de la República.

El tambien, patriota inteligente y honrado, comprende las responsabilidades de la herencia que recibe: herencia de progreso, de trabajo y de paz; é identificándose con el espíritu reformista de la situacion anterior, imprime á la suya el mismo carácter y la misma fisonomía; y aun en medio de ciertas dificultades inherentes á situaciones especiales, ni vacila ni se arredra; y con fé serena en los elementos que le rodean, continúa las grandes obras iniciadas por el general Diaz, y concluye muchas de ellas en nombre del porvenir de México, que todos parecen querer asegurar con solícito interés.

Entre estas figura en primera línea el camino de hierro que hoy liga á la República mexicana con los Estados-Unidos del Norte.

Su importancia colosal no puede escapar á la penetracion de ningun hombre que siga atentamente las evoluciones de los pueblos, en el seno turbulento de la humanidad.

El coloso del Norte recibe medio millon de inmigrantes todos los años; y muchos de éstos que no vean realizadas sus esperanzas inmediatamente en el suelo de la Union tomarán el tren, y se trasladarán á México, procurando encontrar allí la realizacion de todos sus ensueños.

Esta sola obra, por la importancia que tiene, por los resultados benéficos que está llamada á producir y por el potente concurso que ha de prestar á la futura grandeza y prosperidad de México, bastaria para hacer inmortales las dos administraciones de los generales Porfirio Diaz y Gonzalez.

Y, sin embargo, basta leer el extracto del discurso presidencial que nos ha transmitido el telégrafo, y que copio más arriba, para com-

prender que la administracion del general Gonzalez, como la de su antecesor, ha seguido llevando su iniciativa á todas partes, en las corrientes benéficas de un movimiento regenerador, ayudado eficazmente por la paz interior y por las relaciones cordiales y amistosas, que en su recomendable prudencia cultiva México con todas las naciones del mundo.

Pero la administracion del general Gonzalez está próxima á terminar. Era preciso darle un sucesor: y con tal motivo se abrió el periodo eleccionario en el vasto territorio de la República.

La lucha de los comicios ha terminado, y el hilo misterioso del telégrafo, nos anuncia que la voluntad popular ha designado de nuevo al bizarro general D. Porfirio Diaz, para ocupar la primera magistratura de la República.

¿Comprenden los lectores de LA AMERICA el alcance, la trascendencia y el significado de esta eleccion? Se siente verdaderamente halagado mi patriotismo americano al pedir á mis hermanos de España que se fijen en el hecho, y lo estudien bajo la verdadera faz que él reviste para los destinos de la política americana.

¿Quién es el candidato aclamado por los pueblos?

¿Acaso un caudillo afortunado al que se proclama en nombre de hazañas legendarias?

¿Acaso un militar que surge de un motín de cuartel, y se impone por el prestigio que ha conseguido adquirir en alas de su audacia y su valor?

¡Ah, no! ¡Para gloria de México y de Porfirio Diaz, el candidato popular ha sido más que todo eso: ha sido un presidente que ha sabido cumplir con sus deberes: ha sido un administrador honrado, que respondiendo á las esperanzas en él cifradas, el dia que se puso en sus manos la primera magistratura, supo lanzar á su patria en la senda gloriosa en que había de conquistar fama y renombre: ha sido un patriota sincero, que emancipando su espíritu de las pasiones ardientes del partidista, solo ha visto en sus compatriotas hermanos queridos, á quienes en un momento de inspiracion generosa, abrazó con afecto al pié de los altares de la patria!

Es por eso, que al llegar la época en que la nacion debia elegir su candidato á la futura presidencia, los mexicanos todos—como tocados por un resorte misterioso—arrojaron al viento el nombre de Porfirio Diaz, que á la vez que era simbolo de una tradicion, era simbolo de una gran esperanza.

Habia cumplido su mision como bueno.

¿Por qué no recompensarle entonces?

La nacion lo quiso, y sin vacilaciones cobardes, y consciente con la fuerza de su eleccion, arrancó del fondo de la urna el nombre victorioso de Porfirio Diaz, confiándole por segunda vez el mando supremo de la gran República.

Los escritores que más de una vez han creído ingratos á los hijos de América, comprenderán hoy que no tenemos que ruborizarnos de aquella calidad poco envidiable de los atenienses; porque la eleccion del general Porfirio Diaz—dadas las condiciones en que se le reelige—es la mejor prueba de que en aquella parte del Mundo anidamos el sentimiento de la gratitud, y que cuando vemos un gobernante que hace una verdad de su programa y de sus promesas, nos sentimos felices en poderle ofrecer el testimonio de ese agradecimiento, elevándole de nuevo al puesto en que supo hacer gala de sus calidades y merecimientos.

Y esto es lo que ha hecho México con el general Porfirio Diaz, y este el significado que acaba de tener su eleccion: la gratitud de un pueblo, tributada á uno de sus más fieles servidores.

Otra circunstancia especial y muy digna de tenerse en cuenta ha ofrecido la eleccion:—el general Diaz no ha tenido competidor, ha sido candidato único, teniendo, en cambio, el raro prestigio de reunir en torno suyo todas las voluntades y opiniones, constituyendo ese núcleo potente de simpatías populares, el inmenso capital de elementos de gobierno con que se

recibirá del mando el 1.º del próximo Diciembre.

Preguntamos aún á los que ménos simpatías puedan abrigar todavía por los pueblos que se agitan allende el Océano: en presencia de la resurreccion de Méjico, de los hechos allí realizados despues de vencida la invasion francesa: en presencia de los antecedentes de la eleccion del nuevo presidente constitucional, eleccion libre, practicada de acuerdo con todas las prescripciones de la ley orgánica: en presencia de esa transmision pacífica y legal del mando, ¿no tenemos razon sobrada para confiar ciegamente en el porvenir de nuestra América republicana?

¿No es todo eso «el ejercicio tranquilo de las instituciones» de que hablaba Tocqueville?

¿No es todo eso «el equilibrio salvador entre el que manda y el que obedece.» de que á su vez nos hablaba Thiers en uno de sus famosos discursos de la histórica asamblea de Versalles?

Esa libertad de que disfruta Méjico, bajo cuyos auspicios crece y adelanta y progresa y cumple mision sagrada en la vida democrática; esa libertad ya no es allí un accidente que pasa: es una conquista permanente, garantizada por el apoyo de un pueblo, que aleccionado con la experiencia de un triste pasado, no evitará sacrificio—por grande y doloroso que sea—para conservarla en provecho de todos.

De ello nos dan testimonio la situacion que cruza, y la eleccion del general Diaz en las condiciones en que acaba de verificarse.

Que el país tiene plena confianza en su gobierno, no hay para qué decirlo, evocando el recuerdo de su administracion anterior.

Si aquella fué fecunda, mucho más lo será ésta; porque identificada ya la República con esta vida de trabajo, de civilizacion y progreso; cruzada de telégrafos y ferro-carriles aumentando su poblacion y sus rentas, multiplicando sus escuelas y establecimientos de educacion, ensanchando los horizontes de la vida comercial, robusteciendo su crédito dentro y fuera, llevando la influencia de su nombre á las más apartadas regiones, y sintiendo en la frente el calor de todas las nuevas ideas, con odio á la lanza de Marte, y cariño al soldado del trabajo que maneja la pala, el general Diaz no podrá retroceder ya en la gloriosa via por él mismo trazada en su anterior administracion.

¡Y seguirá adelante!

Y trabajará con fé y en entusiasmo, porque su nombre, aclamado con febril entusiasmo allá en el seno de su patria, sea saludado con respeto y consideracion acá, donde ya se conocen y aprecian sus calidades.

HÉCTOR F. VARELA.

INTRODUCCION

I

Al publicar el *Curso completo de Declamacion*, no me mueve el afán de exhibirme, ni el deseo de que haya un libro más sobre la materia, sino la arraigada creencia que profeso, hija del constante estudio, de que es preciso llamar la atencion de los que á la carrera del teatro se dedican, hácia un estudio que yace en lamentable atraso y abandono, tanto en la enseñanza oficial como en las publicaciones particulares.

Y á la verdad, que si este abandono y atraso ha sido en todo tiempo censurable y de ello pueden dar razon cuantos concurren á los teatros en España, lo es mucho más en la actualidad por hallarse de poco tiempo acá en tal estado de decadencia y postracion, cuanto al arte de representar se refiere, que si no es signo de cercana muerte, aseméjase bastante al periodo que precede á la agonía.

La raza de los buenos actores es indudable que se va extinguiendo en nuestra patria. Maíquez, Latorre, Guzman y Romea no han tenido sucesores.

Cada dia que pasa desaparece un actor notable, sin que otro venga á reemplazarle.

Por más que de ello pueda resentirse el orgullo nacional, no hay por qué ocultar heridas que, después de todo, denuncia la sangre que de ellas salta á borbotones; debe reconocerse y confesarse este hecho que está en la conciencia de todos: un torrente impetuoso barre el buen gusto que en la escena española imperaba; como epidemia terrible, asola el arte y contagia á los que lo profesan y admiran, con muy pocas excepciones; como manga de fuego, devora cuanto de bello y noble, cuanto de grande y generoso había en ese gran edificio, cuyos cimientos echó el pobre farandulero Lopez de Rueda, y á cuya erección y coronamiento han contribuido después tantos hombres inmortales.

El remedio no puede ser otro que oponer dique al torrente, y aire puro á la atmósfera viciada por miasmas deletéreos, y raudales de agua á la inmensa hoguera que al arte consume.

El arte de la declamación agoniza entre nosotros, por la falta de elementos que todo arte bello exige para su vida y desarrollo, ó por otras causas que no son para enumeradas aquí; pero es lo cierto que este arte que adquirió cierta importancia en España en los últimos años del siglo pasado y primeros del presente con Isidoro Maiquez, que luego Carlos Latorre lo elevó á gran altura, y llegó á su completo perfeccionamiento con Julian Romea, ha venido á visible postración en nuestros días, languidece, y va poco á poco muriendo como atacado de grave dolencia. Lo propio sucede en todas las esferas del arte; la decadencia, la postración existen, pero sólo como la nube que cubre por un momento la tierra y que al disiparse deja que el sol nos mande nuevamente sus ardientes rayos; la transformación tiene lugar constantemente, pero es el nuevo impulso, la desconocida sávia, el divino aliento que hace renacer á la vida una concepción más perfecta, una forma más hermosa.

Nuestra declamación ha sufrido, como la de todos los países, estas decadencias y estas transformaciones, como natural y lógica consecuencia de sus períodos de engrandecimiento y de sus épocas de esterilidad y languidez. Ha tenido su siglo de oro con Maiquez, Latorre y Romea, y sus épocas de extravío y perversion; ha buscado la belleza en el arte de recitar con cadencia y armonía, para después encontrarla en la verdad del gesto y de la actitud, hiriendo las fibras del corazón, dando á la palabra más valor que el que contiene una nota melodiosa.

La conclusión de estas consideraciones, se encierra en dos preguntas, á las que es preciso contestar razonadamente: ¿Nuestro arte escénico atraviesa un período de decadencia? ¿Experimenta tal vez alguna transformación importante?

Si nos dejamos llevar de las impresiones que han producido en nuestro ánimo las representaciones teatrales durante estos últimos años, no podremos menos de convenir en que una postración muy parecida á la muerte, enerva nuestro vigor; pero si nos detenemos un momento á reflexionar, veremos que estas ideas son achaque constante de la humanidad, que inspirada en los recuerdos más halagüeños y deseando algo más perfecto y más bello de lo que mira, tiene siempre lamentos para el presente, que no le satisface, aunque sea pródigo en conceder dones y mercedes. No quiere esto decir que no se encuentre en decadencia el arte de la declamación entre nosotros, sino que en medio de su lamentable estado de amaneramiento, divisase de vez en cuando en la escena alguno que otro rayo de clarísima luz que ofusca momentáneamente nuestra vista. Y hé aquí explicado, el por qué nosotros, á un enmedio de la postración en que se halla el arte de representar, columbramos esperanzas de próxima regeneración.

El principal argumento de los que encuentran en el arte de la declamación una desconsoladora decadencia, lo van á buscar en la comparación de los artistas extranjeros con los nuestros, de cuya comparación deducen son muy superiores á nuestros actores; pero ¿esta inferioridad es efectivamente un valladar, una rémora para el arte escénico que le impiden bri-

llar y florecer? Si no creyéramos firmemente que por el contrario con estas comparaciones y con esta porfiada lucha adquiere más esplendor y engrandecimiento, los hechos se encargarian de demostrarlo.

Los ideales eternos del arte, se aumentan ó se purifican; las ideas, en vez de seguir una marcha sosegada, se suceden como un torbellino que excita la fantasía; las dudas, que siempre van acompañadas de esperanzas, levantan tempestades en la inteligencia, que producen sentidas quejas ó ardientes súplicas; y en estos momentos de febriles convulsiones, que son los que preceden á una difícil gestación, todo se aumenta y engrandece, y el arte de interpretar las obras que lo cantan, llega á vislumbrar el cielo de sus infinitos suspiros.

Los grandes artistas nacen en todas las épocas y bajo todos los sistemas sociales, y la facultad semi-divina que les hace superiores se manifiesta en distintos momentos de la vida humana. Hé aquí por qué, afirmamos que, de las comparaciones y de la porfiada lucha de nuestros artistas dramáticos con los extranjeros, no pueden influir desfavorablemente, para que el arte de la declamación llegue á florecer con más bellezas, con más encantos que en sus mejores tiempos; hé aquí por qué creemos, que reforzada con nuevos ideales, con nuevos conocimientos y con inspiración más abundante y vigorosa, le están reservados días de eterna gloria.

Nuestras antiguas glorias artísticas están representadas por alguna que otra ruina venerable, y entre la gente nueva no exceden de media docena los que pasan de medianías.

Todos los años tropiezan los empresarios de nuestros coliseos con las mismas dificultades al tratar de formar compañía, siéndoles imposible de todo punto el organizar una completa.

Uno ó dos de los que en el tecnicismo teatral se han dado en llamar *eminentes* ó *notables*, y gran número de actores de infima ó á lo sumo mediana talla, componen los cuadros á que los poetas dramáticos tienen que confiar la interpretación de sus obras.

En nuestro moderno teatro no existen las especialidades; nuestros actores sirven para todo, acaso porque no sirven para nada. Cada cual se cree con aptitud para desempeñar toda clase de papeles, siquiera no cuadren á su carácter, á su talento, á sus cualidades físicas, ni siquiera á sus años.

Todos se tienen por primeros actores, título pomposo que á sí mismos se otorgan: ninguno quiere ser segundo.

Divididos, además, por pueriles á infundadas rivalidades, prefieren todos ser cabeza de ratón á cola de león, y hacen imposible la existencia del conjunto que es necesario para el buen desempeño de las obras,

Otra de las causas de la decadencia de nuestra escena, es el abuso de una cualidad, que aunque laudable algunas veces, es sobrado propensa al extravío. Nos referimos al orgullo, á esa cualidad que lo mismo se traduce por noble emulación que por vanidad ridícula.

El actor español es generalmente orgulloso. Desde que pisa las tablas por primera vez aspira á ocupar los puestos superiores.

Hijo de esta nuestra raza meridional, ávida de elevarse á impulsos de su imaginación ardiente, más amiga de los golpes de audacia que del estudio concienzudo; así como no hay militar en nuestro ejército que no se crea bueno para general, ni hay en las contiendas de los partidos, político que no se considere digno de obtener una cartera, así también en el teatro no hay cómico mediano, no hay actor nuevo que no aspire á la plaza de primer galán y director de una compañía.

Y este paso se efectúa de ordinario con rapidez pasmosa, porque nuestro público que es meridional, es impresionable también y ha de coadyuvar por secretas, recónditas é inexplicables simpatías al fin que el cómico ambicioso se propone.

Así, apenas éste aparece y muestra alguna cualidad, algún destello, véase al público aplaudirle lleno de irreflexivo entusiasmo, sucediendo con esto lo que es lógico que ocurra; que

aquel actor que sería quizás con el estudio y bajo la tutela más ó menos prolongada de inteligentes maestros, un perfecto galán joven, quedase transformado de golpe y porrazo en primer galán, con perfecto derecho como los demás de semejante categoría, á hacer de su capa un sayo, á mandar en su teatro, á riesgo de estrellarse en dificultades siempre superiores á sus medios.

Hé aquí, pues, ligeramente expuestos los motivos de por qué los autores dramáticos hayan de subordinar el pensamiento y el plan de sus obras á la composición de las compañías, acomodando á las condiciones de éstas el reparto, teniendo que privarse de escribir papeles que no hallarian actor que los interpretase, halagando los gustos y aficiones de cada actor, sometiéndose á todo género de trabas y pasando por no pocas humillaciones y disgustos.

Razon que explica cumplidamente la actual decadencia de nuestra escena.

Lo que hoy se llama declamación entre nosotros, no tiene de arte más que el nombre.

La verdadera declamación abraza la facultad de pensar, sentir y pintar; de modo que el actor habla á un tiempo á los ojos, al entendimiento y á la sensibilidad.

La palabra al escaparse de los labios del actor debe obrar entonces como un rayo de luz que ilumina la mente; como un pincel que pinta con los más vivos colores en el lienzo de la fantasía, como un fuego eléctrico cuyo calor enciende los afectos más dulces ó vehementes que atesora el corazón.

En vez de este arte exquisito, el convencionalismo más entraño é inconcebible impera en nuestra escena.

El actor se cuida rara vez de estudiar el carácter del personaje é identificarse con él.

Lo mismo representa á César, Hamlet, Segismundo, Quevedo, ó cualquiera otro personaje.

Lo cierto es, que el público siempre ve en la escena al actor tal ó cual.

Ni siquiera suele cuidar de caracterizarse con acierto; y no pocas veces ocurre que sacrifican la verdad de la figura, al pueril capricho de gastar barba.

Si son actrices, visten como se les antoja, cuidando, ante todo, de salir guapas y elegantes, aunque la propiedad histórica lo pague.

En lo que se refiere á la declamación, propiamente dicha, hay dos escuelas.

Los afiliados á una de ellas suelen ser generalmente aquellos que se muestran decididos partidarios del romanticismo, que tienen por regla hablar, accionar y moverse como no lo hacen jamás los hombres en la vida real.

La declamación es para ellos un canto, que se trueca en lloro en los pasajes patéticos y en rugido en los terribles.

Cantan bien los versos, y fuerza es confesar que estos actores suelen hacerlo muy bien; pero el teatro es espejo de la vida, y los hombres, por apasionados y agitados que se encuentren, no acostumbran á cantar á todas horas.

En los pasajes de empeño, estos actores apelan á los efectos escénicos que se fundan en el esfuerzo físico, que, lejos de conmovir al espectador, únicamente logran aturdirle; tales como la voz campanuda, las contorsiones que espeluznan, los gritos exagerados, las gesticulaciones que desconciertan el rostro. Pero no hay que hablarles de naturalidad en los movimientos ni en la gesticulación, ni de ninguno de esos delicados detalles de acción en que tanto brillaron Maiquez, Latorre y Romea.

Andar acompañado, á guisa de tenor de ópera ó estatua de piedra; cejas fruncidas cuando hay que enfadarse; pañuelo sacado cuando el verso lo marca para enjugar ojos que no se humedecen nunca; posturas académicas en las grandes situaciones; tales son sus recursos invariables.

Con esto, y con arrojar todas las noches el pulmon por la boca á fuerza de gritar, tenemos un *artista eminente é inspirado*, primer actor en todos los géneros dramáticos, director de escena y de compañía, á veces empresario, y por contera, crítico infalible é indiscutible siempre.

Los que profesan las doctrinas de la otra escuela suelen dar en el extremo opuesto.

Propónense generalmente remedar aquella inimitable naturalidad de Julian Romea, hija del arte más exquisito y refinado, y creen que el mejor medio de conseguirlo es adoptar en todas las ocasiones la fría majestad de las estatuas.

Frios, impasibles, inmoviles, dicen su papel con aquella animacion y colorido con que se leen en los Congresos las actas de las sesiones ó los apuntamientos en los tribunales de justicia, y con eso imaginan haber hecho lo bastante para merecer el dictado de concienzudos y discretos.

Sus rostros ofrecen la inmovilidad de las figuras de cera y sus cuerpos el grave reposo de las estatuas de mármol.

A esto llaman naturalidad y escuela de Julian Romea.

¡Pobres de ellos si el gran actor llegara á verlos!

Para Romea el arte era la verdad; pero la verdad sentida y reflejada de la manera más bella y poética.

Además de las variedades que dejamos apuntadas, existen otras cien, tales como la actriz que declama todos los papeles que se la encomiendan con acompañamiento constante de llanto ó de hipo; los que recitan con el tonillo enfático y acompasado, que casi siempre adquieren en provincias; los que adoptan un tono determinado desde que la función empieza hasta que acaba; los que, no sabiendo jamás el papel, sostienen durante la representación el más delicioso de los duos con el apuntador, y otras variadísimas especies que fuera prolijo enumerar.

¿Dónde se encuentra aquella manera de decir de nuestros grandes actores, natural sin frialdad, musical sin tonillo ni canturía, grandiosa sin afectación, sentida y patética sin empalago, trágica y terrible sin bascas y rugidos? ¿Dónde aquel expresivo y elocuente gesto y aquella acción natural, verdadera y decorosa, que idealizando la interpretación de lo real, sin caer en la falsedad y el amaneramiento, completaba la creación del poeta con otra no menos portentosa, y llevaba la emoción y el entusiasmo al ánimo de los espectadores?

Aquella brillante pléyade de actores que con un simple gesto arrancaban al público lágrimas ó risas, pasó ya; si alguno queda, agóbianle los años y sólo como glorioso recuerdo se conserva.

El arte escénico agoniza, y con él agoniza el teatro; que de nada sirve que haya buenos autores si no tienen quien debidamente interprete sus obras.

Estudiar las causas á que obedece esta decadencia, es el fin propuesto.

¿Será que en esto como en otras cosas, atravesamos uno de esos tristes periodos en que la naturaleza, cansada de producir grandes hombres, sólo engendra medianías?

Bien puede ser.

El actor, como el poeta, nace y no se hace; pero la educación lo modifica y transforma, acrece sus nativas facultades, disminuye sus defectos, y no pocas veces, sin darle aquella inspiración, propia del genio, le permite al menos ocupar honroso puesto entre los simples talentos.

¿Es que no hay en España educación de este género?

A nuestro juicio, esta es la verdad, y este hecho explica lo que todos lamentamos y nosotros nos proponemos demostrar.

II.

No es nuestra intención, al escribir estas líneas, hacer un trabajo didáctico, ni crítico, y no hemos, por tanto, de entrar en este linaje de consideraciones, bastando á nuestro propósito señalar el hecho de que la primera y más eficaz causa de la decadencia de nuestra escena radica en causas internas y profundas, y consiste principalmente en que el actor español carece de la educación artística necesaria.

Créese, generalmente, que de cualquier hombre se puede hacer un actor.

La Facultad que todos tenemos para imitar las acciones humanas, fácilmente se toma por aptitud para el teatro, y se cree que ella, sin otro complemento, basta para dedicarse con éxito á la escena.

Créese también que para ser actor sólo se necesita saber representar, y que toda otra educación literaria ó científica es de todo punto inútil; y, fundándose en tales errores, todos los días se lanzan á la escena, sin preparación alguna, hombres que nadie sabe de dónde han salido ni dónde han aprendido, que no saben de nada, y que sin otras condiciones que alguna memoria, cierto desparpajo y no poca audacia, salen al teatro y no tardan mucho en ser primeros actores y directores.

Si para todas las bellas artes se exigen especiales conocimientos y no escaso aprendizaje, ¿por qué no se ha de exigir lo mismo á los que se dedican al arte de interpretar las más elevadas concepciones poéticas y de realizar la más difícil de las empresas, la bella y exacta representación de los caracteres, pasiones y actos humanos?

Un hombre inculto que no sabe historia, ni psicología, ni literatura, ni aun habla con corrección su propio idioma, ¿podrá expresar con acierto las intimidades del alma humana, representar los grandes personajes históricos é interpretar las más altas creaciones del arte?

Hay muchas condiciones que sólo la educación proporciona al artista.

Los estudios del actor deben tener por base aquella educación esmerada que desde la infancia hace ir tomando la elegancia en las maneras, la verdadera finura, el natural buen tono que se adquieren en el frecuente trato de la buena sociedad, y cuyos pormenores muy difícil y raramente logra improvisar el que desde niño no ha ido haciéndolos costumbre.

La mera inspiración le bastará al pintor para trazar figuras admirables; pero no le enseñará á pintar con fidelidad sucesos y personajes históricos, ni, sin adquirir instrucción técnica, aprenderá nunca perspectiva y colorido.

Por grande que sea el genio de un hombre, no será nunca poeta si no aprende á medir los versos, ni escribirá buenas novelas si no conoce la sociedad, ni concebirá dramas históricos si ignora por completo la historia.

Pues ¿cómo ha de ser el actor una excepción de esta regla?

Léjos de ser innecesaria la instrucción al actor, debe ser vastísima.

Llamado á representar en la escena todos los aspectos internos y externos de la vida humana, todos los personajes de la historia, todas las clases sociales, necesita conocer todas estas cosas.

Debe formar su instrucción en primer lugar la historia; pero no limitándose al simple conocimiento de los sucesos, sino que, profundizando en ellos, debe ir hasta encontrar la razón filosófica que los produjo, buscándola en las pasiones, en las creencias, en las costumbres, en el atraso ó en la civilización de los hombres que en los sucesos intervinieron.

Destinado á colaborar en la producción del más bello de los géneros poéticos y á crear bellezas en el ejercicio de su arte, fuerza es que conozca la ciencia de lo bello y el arte de que es cooperador.

Su educación artística, pues, ha de ser, no la menos importante, sino la más extensa y acabada de todas.

Debe ejercitarse en el alma del actor el sentimiento de lo bello por un procedimiento especial, desarrollado sus facultades psicológicas, como el profesor de gimnasia desarrolla los músculos de sus discípulos para dotarlos de agilidad y fuerza. También es necesario adornar aquellos ejercicios con nociones enciclopédicas de otros muchos conocimientos, que despues citaremos, para instruir á las medianías y abrir y ensanchar los horizontes de la inspiración á los que estuvieran dotados de las cualidades que forman el genio y constituyen el verdadero artista.

El conocimiento teórico-práctico de la naturaleza humana, de la historia y del arte literario, ha de ser la base de la educación del ac-

tor. Necesita conocer al hombre teórica y prácticamente, y en tal concepto, los estudios antropológicos deben formar parte esencial de su educación, así como la observación constante de todos los aspectos de la vida social. Desde los salones hasta las tabernas, todo debiera recorrerlo y en todas partes observar tipos, caracteres y costumbres que luego ha de representar en la escena. La realidad humana, viva y palpitante, ha de ser tema constante de sus estudios, y en ella, más que en preceptos teóricos, ha de buscar la norma y el modelo de sus trabajos.

Debe también el actor conocer las ciencias y artes auxiliares de la historia, singularmente la arqueología y la indumentaria, y ha de completar su educación con el conocimiento de ciertos ejercicios corporales y mecánicos, de todo punto indispensables, como la esgrima, la gimnasia, el baile, etc., adquiriendo además ciertas artes de sociedad y adorno, y adiestrándose en la imitación de los modales de todas las clases, sin cuyo requisito fácilmente cometerá graves desaciertos en la escena.

Para terminar, añadiremos el conocimiento teórico de la estética, de la literatura preceptiva, de la historia general del teatro, de la historia de la literatura nacional y de la lengua patria, el estudio diario de las grandes producciones dramáticas nacionales y extranjeras; los repetidos ejercicios de metrificación, vocalización, pronunciación, música y canto, han de formar el conocimiento de esta educación vasta y complicada, que es la base del estudio especial del arte de la declamación.

Reconocemos que la tarea es árdua, pero sólo á este precio, y supuestas nativas aptitudes, puede el actor, aun sin ser verdadero genio, ejercer su arte con acierto y perfeccionar las cualidades de que le dotó la naturaleza.

El actor necesita progreso y mejora.

Por eso no debe ser la escena el campo á donde van todos los que no saben nada.

Lo primero que se necesita es que no se dedique al teatro el que no tengan condiciones y méritos para ello, y son muy pocos los que tienen verdaderamente esas condiciones y méritos.

Por lo mismo que el arte de la declamación es elevado y glorioso, por lo mismo que el actor desempeña en la producción de la literatura dramática un papel altísimo, las condiciones para ejercerlo han de ser muchas, y su adquisición no ha de ser fácil triunfo, al alcance de cualquiera audaz medianía.

Lo que mucho vale, mucho cuesta.

(Continuará.)

ANIVERSARIO 292 DEL DESCUBRIMIENTO DE AMERICA

El 12 de Octubre de 1492 se realizó uno de los más grandes acontecimientos que registra la Historia, el descubrimiento de América. Dos penínsulas, la ibérica y la italiana, comparten la gloria de este descubrimiento; el sabio navegante que dirigió las naves de la expedición descubridora, era italiano de nacimiento y español por su voluntad agradecida á la protección de la reina de Castilla. Cristóbal Colón é Isabel de Castilla realizaron el descubrimiento de América.

Creemos muy oportuna la publicación de la poesía de nuestro querido amigo D. Luis Vidart, titulada: *El Descubridor del Nuevo Mundo*, en el 292 aniversario de este gran acontecimiento.

EL DESCUBRIDOR DEL NUEVO MUNDO

Al Excmo. Sr. D. Cristóbal Colón de la Cerda, duque de Veragua, almirante y adelantado mayor de las Indias, en el 292 aniversario del descubrimiento de América.

I

¡Gloria al audaz y sabio navegante
Que un nuevo Continente descubrió!
¡Los arcanos del mal desaparecieron
Desde que existe el Mundo de Colón!

II

Nuevo rumbo á las Indias Orientales
Buscaba el gran marino genovés,
Y la virgen América á sus ojos

Cual ignota región miró nacer.
 Más ¿qué importa? Su ciencia no mentía,
 Su nuevo rumbo un istmo romperá,
 Y en la hallada región se vió cumplido
 De la indiana grandeza el ideal. ¡
 No de Colon los lauros inmortales,
 Con sombras de mi duda empañaré;
 Mas nunca el entusiasmo en su delirio,
 Diques pretenda á la verdad poner.
 No; ya la historia en tablas diamantinas
 Con imborrables letras consignó,
 La obra del génio, en el correrdel tiempo,
 Parte es no más de eterna evolucion.
 Mirad; Lutero en su reforma quiere
 Sombrios misticismos formular,
 Y allí germina el libre pensamiento
 Que osado busca la primer verdad.
 Mirad; sueña en despótico dominio
 De Francia el poder o Emperador,
 Y sus triunfantes águilas extienden
 La progresiva luz de la razon.
 Siempre la perenal ley del progreso,
 La obra transforma del humano sér;
 Los génios son obreros del destino,
 Su gloria, fuerza del destino es.

III

¡Nieblas de la conciencia y de la historia!
 ¿Porqué ensalzar del génio el esplendor?
 ¿Porqué admirar la insólita belleza
 Si solo dones del Empireo son?
 Allí donde aparece claramente
 Del destino la ruda adversidad,
 En el deforme cnerpo del lisiado,
 Del nécio en el continuo don de errar;
 Allí del vulgo mofadora risa,
 Allí el desden del grave pensador,
 Y el aplauso al ingénio esclarecido,
 Y á la hermosa ferviente adoracion.
 ¿Dónde la voluntad que crea el génio?
 ¿El libre arbitrio de Frinea fué,
 Causa de aquella espléndida belleza
 Que de las leyes quebrantó el poder?
 ¿Y cómo alzar á la virtud altares
 Si el bien tan sólo en la intencion está?
 ¿Misterio es la virtud, siempre velado
 A los ojos del misero mortal!
 ¡Gloria al génio y amor á la hermosura!
 La mente admira, siente el corazon;
 Si la fatalidad así lo ordena,
 Cambiad el nombre, lo dispone Dios.

IV

¡Gloria al audaz y sábio navegante
 Que un nuevo Continente descubrió!
 ¡Los arcanos del mar desaparecieron
 Desde que existe el Mundo de Colon!

LUIS VIDART.

Madrid 12 de Octubre de 1884

Desde la campiña de Nápoles

Una ilustre poetisa italiana, ha dirigido la siguiente carta á una señora de nuestra aristocracia, cuyo talento es tan grande como su distincion.

La epístola lleva la fecha del 9 del actual, y dice así textualmente:

«Distinguida amiga mia: cuando el dolor se apodera de nuestra alma, no existe mejor consuelo para la pena, dueña del corazon, que comunicarse con las almas que sienten, al par que la nuestra, todas las excelencias de la belleza, todos los encantos del dolor, que tambien el dolor tiene encantos, y todos los impulsos de la esperanza.

«¿Quién imaginara que bajo el cielo que me cobija, reinara la desgracia más terrible, en forma de enfermedad mortal!

«Por más que hago, por más que pienso, por más que me apure al leer los periódicos, y al oír las relaciones verbales de los que han presenciado el peligro, el horizonte puro, hermoso, sin otra mancha que no sean los nacarados colores revueltos con las estelas de oro que deja la luz del sol, se empeña en convencerme de que aquí todo es vida, de que es aquí eterno todo, inmenso, divino, incomparable.

«Pienso en vuestra España, y enseguida acude á mi mente otra idea parecida: el Mediterráneo lamerá vuestras playas con idéntico arrobamiento que en otras épocas más felices; el cielo sorprendente de Madrid, presentaráse á todas horas tan ufano como si allá en el fondo, donde tus ojos alcanzan, no se agitará la reaccion, no alentará la farsa, no arrastrará la vida miserable, la desesperacion y la impotencia.

«Vuestro gobierno, empeñado en que reina entre vosotros el cólera, produce cien mil veces peores efec-

tos que el mal, mientras que aquí, donde la epidemia se ha desbordado con furor impetuoso, la idea democrática, grande y tranquila como las nubes de Estío á orillas del Adriático, el generoso impulso de un rey, que es grande, porque su historia va unida á todas las conquistas de la libertad, influyen en todos alentándoles al sacrificio, y son causa de que los átomos de vida que defiende cada uno de por sí, se sacrifiquen en interés de todos. Pero, maldita fantasía, que me hace desviarme de mi propósito, haciéndome olvidar de lo que deseaba trasmitirte con preferencia...

«Aunque sea inmodestia, debo declarar que llevan razon los que afirman que nada existe que á la imaginacion de la mujer pueda compararse. Yo, amiga de mi alma, pobre admiradora de la poesia, indigna cultivadora de lo bello, te escribo para contarte lisa y llanamente lo que aquí pasa, y me meto en dibujos, sueño, me remonto en alas de la fantasia, y alcanzo regiones de atractivo sin fin, que, vistas desde la tierra ó producen vértigo ó se alcanzan con dificultad.

«Vayamos á lo que importa: no ignoras que mi residencia es este pueblo, que dista una hora de Nápoles, y no quisiera alejarme ni un kilómetro más de la bella poblacion, infestada, donde se halla mi buen padre, desafiando al terrible contagio. Mi querida Flora, no ha querido salir de la ciudad para no abandonar á su marido, que tiene imprescindible obligacion de permanecer allí. Por más que la hemos suplicado, nada ha podido conseguirse. Despues de cuatro años de matrimonio, está en cinta por vez primera, y esta circunstancia, que moveria á otras á todo, no ha sido poderosa á disuadir á mi hermana de cumplir con su deber de esposa.

«Hace pocos dias fuí á verla y ví á mi padre tambien, al cual encontré con síntomas de cólera. Afortunadamente, la cosa no fué grave, y aunque sufría algun tanto, no por eso dejó de bajar á la estacion á despedir á nuestro gran rey.

«Se alejó Humberto, se alejó Amadeo, alejáronse los ministros, y continuó él acn diendo á todas partes, asistiendo á los coléricos y exponiendo su vida á cada instante.

«Aquí, ó mejor dicho, á pocos pasos del pueblo, donde existe un lazareto de observacion, ha muerto un infeliz atacado del cólera, sin que esto contribuyese á alterar la calma de la villa, que está dispuesta á recibir al mal con resignacion y valor. La tranquilidad y la higiene son los mejores medios para preservarse del mal.

«Dirigiéndonos á la colectividad, cada uno de nosotros puede decir con vuestro poeta, fallecido hace pocos dias:

«Yo no temo por mí
 más por tí temo.»

Amiga mia, leo vuestros periódicos con avidez; pienso, que pienso; sueño en esa España tan hermosa y querida para mí, y repito, que me entristece vuestra suerte. La prensa no trae otra cosa que no sean quejas; el malestar se transparenta de mil variados modos; vuestra pujanza y ardimiento parece que se ha aleargado durante el Estío. ¿Qué es eso? ¿Dudais acaso de vuestro espléndido porvenir?

«Será, sin duda, que, como apuntaba antes, de nada os sirve la nitidez de vuestro cielo; tanto influyen en vuestro corazon los desaciertos de los que rigen ese país, que cual si alcanzarais los últimos dias de Otoño en medio de solitario campo, cuando la lluvia cae persistente y monotoná sobre la tierra llena de tristeza el alma, sentis como el poeta

*certo presentimento
 lontano, da la fossa?*

«No, amiga mia, no puede ser: es más grande vuestro impulso, más grande vuestra alma.

«Reflexiona bien las palabras que te envío por medio de esta cartulina, que será cortada y recortada con el objeto de alejar de ella el microbio.

«Cuando la dejes encima de tu elegante tocador, confundida entre mil frases de admiracion que promueve tu mérito; tú, que sientas los más delicados impulsos del alma; tú, queijas la mirada más allá del horizonte sensible, como para descubrir el infinito, acude conmigo á un poeta ilustre de mi tierra, y exclama entusiasmada:

*Yo jetto il fiori che non ha profumo
 disprezzo l'anima che non sente amore.*

«Adios; si el cólera lo permite, acabaré de comunicarte mis impresiones el próximo Invierno en nuestro palco del Real.

«Tuya de corazon

«CÉCILIA.»

EL DECRETO DE GIAFFIR

POEMA

(IMITADO DE BYRON)

I

Sentado en su divan Giaffir se ostenta.
 Fieles esclavos en redor se apostan
 Con las armas al brazo, siempre atentos,
 Y en ágil ó en beligerá falange
 La actitud observando del tirano.
 Un hondo pensamiento se vislumbra
 En la mirada del Pachá caduco.
 Al sagaz musulman se le permite,
 Méenos su vanidad, velarlo todo.
 Mas si entre duelo se revuelve el alma,
 ¿Cuándo serena se mostró la frente?
 Sólo el aspecto impenetrable y mudo
 No indica de Giaffir la interna lucha.
 — ¡Dejadnos solos! — exclamó. — Que venga
 El guarda del haren. — Y ante su trono,
 Súbito como el rayo, cayó un hombre.
 — ¡Eunuco! — dice. — De su torre saca
 A mi hijo Selim, y que perezca
 Aquel que osase su in experto lábio
 Astuto interrogar. Llegó su hora.
 Salga á luz mi decreto, tanto tiempo
 Escondido en la sombra — ¡Basta! ¡Basta! —
 Responde el negro con acento humilde;
 — Escuchar es hacer. — ¿Qué á su tirano
 Puede un siervo decir? Y como flecha
 Parte el esclavo y convulsivo toca
 A aquel castillo do Selim el jóven
 Desde su infancia miserable vive.

II

Descubierto, y de pié, la vista baja,
 Con sumiso lenguaje y gesto manso
 Se dirige al Pachá — Perdoná ¡oh, padre! —
 Murmura entre sollozos, — si el eunuco
 Hallóme fuera de mi cárcel triste:
 ¡Era tan bella la mañana! ¡Ah! sólo
 Al caminante débil ó al anciano
 Dulce pudiera parecer el sueño.
 Dejando el lecho do el cautivo llora,
 En pos corri de la agradable escena
 Que la tierra y los mares me ofrecian;
 Mas ¡ay! al propio tiempo deseando
 Que á mi afecto otro afecto respondiese.
 ¡Siempre la soledad me habló tan dura!
 ¡Ah! ¡perdon si mi esclava huyó conmigo!
 Del blando sueño despertéla, coto
 no poniendo la puerta del Serrallo.
 Ausente el guarda, sin cuidado y libres
 Vagabamos los dos bajo las altas
 bóvedas de cipreses, recitando
 Los tiernos cantos de Sady, poeta.
 No la culpes ¡oh, padre! no la enojés;
 Es mi esclava, mi bien y mi regalo.
 ¡Oh! no olvides, Giaffir, lleva su dueño
 La sangre de tus venas, y es tu hijo.

III

Atento de Selim la voz escucha
 El severo Pachá, que las pobladas
 Y canas cejas de estupor arquea,
 Y, como fiera herida, se revuelve
 Mudo é iracundo en su sitial de oro.
 Honda contrariedad, con duros rasgos,
 Se pinta en su semblante; misteriosa,
 Nunca sabida dominante idea,
 En su frente de pronto se retrata,
 Hinchá las venas que sus nervios cruzan,
 Del mismo modo que profunda ola
 Viene á romper sobre el abrupto escollo
 Los mares con su espuma coronando.
 Clava los ojos en el mozo imberbe
 Que llama hijo y como á siervo trata,
 Y que á gemir entre opresores hierros
 En la edad condenó de la inocencia.
 Feroz anciano, que indicar figura
 — Pues ¡tanta es su crueldad! — no pudo el nombre
 Jamás de padre merecer. Al negro
 Habla al oído, y, con acorde seña,
 Encubiertos propósitos se cambian.
 Luego, en voz alta, se dirige al jóven:

IV

— ¡Hij! mio? jamás — replica el viejo. —
 Tú, sin duda, naciste de infiel madre.
 Tú eres el hijo de un esclavo. En vano
 Pudiera un padre acariciar la idea
 De encontrar ¡ay! en tí sucesor suyo.
 ¡Si fueras hombre al ménos! Pero cuando
 Manejar una lanza deberias
 O de un arco tender la ruda cuerda,
 O enfrenar un corcel, tú, que eres griego,
 Ya que no en religion en las costumbres,
 Embriagas tu espíritu al murmullo
 De fugaz arroyuelo, ó contemplando
 El abrir de una rosa. ¡Ah! ¡Dios hiciese

Que ese sol que tan vivo inflama el cielo,
Y de tu vista estupefacta acoge
Tanta rendida adoracion constante,
Con uno de sus rayos te abrasara!
Dime: ¿qué hicieras si el cañon del bárbaro
Tronara amenazando nuestras torres?
¿Qué hicieras si los perros de Moscovia
Los sacros muros de Stambul saltaran
Saciándose en feroz carniceria?
Tu, frío, inmóvil, la espantosa escena,
A cuya sola idea tiembla el bueno,
Miraras con desden. Tu brazo inerme
Ni un golpe, un solo golpe aventurara
Sobre el vil Nazaret. ¡Ah! véte, véte
Y a las armas renuncia, a las que nunca
Avzaras tus femeniles manos...
—Busca, eunuco, el verdugo de los príncipes;
Y ¡ay! hasta hallarlo tu cerviz pelagra;
Este arco ¿lo ves? sostiene un dardo.

V

Nada dice Selim, ó por lo ménos
Hasta Giaffir no llega irase alguna.
Pero es seguro que el feroz monarca
Con cada acento suyo ó cada gesto,
Con cada rayo de sus fieros ojos
Traspasa el corazon del triste hijo
Con más fuerza que el dardo de un arquero.
—¿Con que hijo de esclavo...? ¿y de qué esclavo,
Si os place, señor mio...? ¡Oh! ¡Bien pagará
Otro distinto semejante insulto!
¿Con que hijo de esclavo? —A sus congojas
Se abandona Selim. Miradas vibra,
Cuya altivez de contener no trata.
Atónito Giaffir temblar parece,
Pues bien observa la terrible chispa
Que enciende su lenguaje; ya sin freno
Ve arrebatado el corazon del hijo.
—¿Por qué callate? Contra mí te vienes,
¡Oh, joven! Contra mí, que soy un viejo —
Dice el Pachá, —que tu valor estimo;
Mas en tí no pondría mi fe entera.
Si una barba poblara tus mejillas
Y mas duro vigor diese tu puño,
¡Con cuanta admiracion y con qué gozo
Yo te viera blandir, romper un asta,
Aunque fuera en mi pecho! —La sonrisa
De la amarga ironia sobre el labio
De Giaffir centellea opacamente
Mientras el rostro de Selim contempla.
Pero el fuego siniestro que en los ojos
Del joven siente arder le altera y turba,
É ignota ola le subleva el pecho.
—¿Quién sabe? —piensa para sí. —¿Quién sabe
Si al cabo un día la ocasion me diera
De mas grave temor? Amor ninguno
Nunca le tuvo. Su enfermizo brazo
Prueba asaz su flaqueza, que no osara
Seguir las huellas del cervato tierno,
Ni cerrar el camino á la gacela.
¿Cómo entonces retára valeroso
El peligro imponente en que el humano
Expone su existencia por la gloria?
Mas, si otro fuera, la insolente audacia
De su mirada vacilar me haria;
Pero entonces mas tiempo no suñiese
La existencia de un hombre en cuyas venas
Corre sangre que es odio de mi sangre.
¡Morir! debe morir; es mi decreto.
¡Ah! ¿Me habrá oído...? Bajo yerta losa
Dormirá en adelante. No me inspira
Mas afecto que el árabe ó cristiano,
Que huyendo se postrase servilmente. —
—Mas ¿qué escucho...? Es la voz de mi odalisca,
Que desciende á mi pecho más suave
Que los suaves cantos de las hadas.
Esta es la esposa predilecta mia.
Jamás sospechas derramó en mi seno
Y si mi corazon cubrió de goces...
¡Oh, Péri de mis sueños! siempre llegas
Deseada por mí. Tu dulce vista
¡Ay! me es más grata que al sediento labio
Del que camina en el desierto ardiente
Las claras ondas de la fuente pura,
Que lo torna á la vida: ante mis ojos
De tal modo apareces, bella amada.
Iré á tu encuentro, y sin temer la muerte
De este hijo bastardo, entre dulzuras,
Tranquilo sueño dormiré en tus brazos.

VI

Ya solo esta Selim, con calma fria
Se dispone á exhalar su último aliento.
No rompe su silencio amarga queja,
Ni hierve en rebelion su pecho abagado.
¿Para qué resistir? Decreto angusto
Ordena derramar toda su sangre
Sobre las losas mismas do vertieron
Tantas y tantas víctimas la suya.
¡Tienda el verdugo su cordon de seda

En torno de aquel cuello que se humilla
Al destino fatal! — ¡Ah, vedle, vedle!
¡Tu verdugo es, Selim! Ya el lazo arrastra
El cuerpo del caído en mortal nudo.
Nada dice el sicario. ¡Oh! de los déspotas
El negro ejecutor es siempre mudo.

JOSÉ DE SILES.

Movimiento científico

Discurso leído en la Universidad central en la solemne inauguración del curso académico de 1884 á 1885, por el doctor D. Miguel Morayta, catedrático de Historia Universal en la Facultad de Filosofía y letras.

Con la ga'ante anuencia de su autor empezamos hoy á reproducir el discurso del Sr. Morayta. La tesis que desarrolla tiene tanto interés como actualidad, y ha de dar lugar, sin duda alguna, á empeñadas controversias. Creemos que nuestros habituales lectores nos agradecerán que les facilitemos su lectura, de la que pueden sacar provechosas enseñanzas.

Dice así el discurso:

Excmo. é Ilmo. Sr.:

Con excelente acuerdo previene la ley de Instrucción pública vigente, que la inauguración del año académico, sea para discípulos y maestros, fiesta solemne de primera clase. ¿Qué mayor suceso para cuantos aman la enseñanza, que esta brillante reunion? Juntas aquí valiosas representaciones de cuantos se interesan por la ciencia, el catedrático hace votos fervientes para que la luz del espíritu no le falte en las tareas que ha de comenzar una vez más; el alumno forja dignos y levantados propósitos, que en él despiertan el premio que va á recibir ó que verá adjudicar, y las familias que nos entregan á sus hijos, para que se los devolvamos convertidos en ciudadanos útiles, dispuestos para los más altos empeños, abren á la esperanza su corazon, bendiciendo nuestra empresa y deseándonos fortuna y bienandanza.

Por eso acude á nuestro Paraninfo tan lucido concurso. De un lado, ocupando asiento preferente, para mostrarse así que todo se lo merecen, nuestros predilectos, los mejores entre los sobresalientes, los estudiantes laureados en abierto certámen. Más allá, y mezclada entre selecto público, cuyo elogio hace su presencia en este acto, copia numerosa de la ardiente juventud que sigue de cerca á sus compañeros los óptimos. Y en este estrado, juntos y confundidos, que ante la ciencia no hay jerarquias, catedráticos y escritores; académicos y dignatarios de la administracion; pensadores y artistas; y con unos y otros, mezclados como íntimos y fraternales compañeros, porcion preciada que sació su sed de sabiduría, en los varios y distintos manantiales del humano saber, cuya posesion consagra el título de doctor tras largos esfuerzos alcanzado. Y presidiéndonos á todos, como prestantísimo jurado de honor, nuestras dignísimas autoridades oficiales y académicas, solícitas en cuanto importa al bien general de la Universidad y al particular de cada una de las enseñanzas. Todos, todos acuden satisfechos y agradecidos, al llamamiento de esta nuestra *Alma mater*, gloria de España, contrastada por su propia significacion y por los timbres de su antecesora la Complutense, deseosos de ofrecerla una prueba más de su entrañable estimacion y sincero reconocimiento.

Y puesto que incurri en la osadía de no rechazar una vez más la honra de llevar la voz en tan augusta solemnidad, que dispensen mis compañeros del profesorado, lo escaso y misero de mi ofrenda. Como mia, su pequeñez solo á mí alcanza; no á ellos. Más si la belleza no resultaria sin la fealdad; por ser como soy el último de todos, mis palabras servirán de fondo oscuro, sobre el cual brillarán en todo su esplendor las notabilísimas oraciones, honra de la ciencia moderna, leídas por los insignes maestros que me precedieron en este difícil cargo.

I

¿Qué diferencia entre la Historia que los doctores catedráticos de esta casa podian exponer, cuando yo como alumno la cursaba, y la que hoy estamos obligados á enseñar, los que, por complacencias de casualidad, ocupamos los puestos que su muerte dejó vacíos? Circunscribiéndome á los tiempos anteriores á la formacion del imperio persa, ¿cuánta fabula entonces! ¿Qué imposibilidad de sistema! ¿Qué lagunas tan enormes! Y aun así, ¿qué cuadro más reducido! Las fechas del irlandés Usher, á que dieron carta de naturaleza cronólogos distinguidos, se imponian, y dentro de los 2816 años señalados desde el pretendido diluvio universal, hasta el comienzo de las guerras medas, habia que embutir la formacion de una tierra habitable; el crecimiento de la familia humana hasta su separacion en razas, sub-razas y familias; las emigraciones que determinaron la poblacion de las más apartadas regiones del globo; la historia de largos periodos del pueblo de Israel y de Egipto, India, Fenicia, China y Pér-

sia, y tantas más naciones que sobrevivieron á Ciro, y toda la historia de Caldea, Asiria y Média, que ántes de él hicieron su vida. Y sin embargo, faltaban hechos para llenar cumplidamente este período; que aun aumentado el aparato histórico con las investigaciones de los indianistas y egiptólogos del primer tercio de este siglo, á los escritores más diligentes de Historia Universal de entonces, les bastaban unas pocas páginas, para exponer cuanto respecta á aquel lapso de tiempo parecia averiguado.

¿Cuán diferente es el caudal de noticias puesto á nuestra disposicion por la critica contemporánea! Las capas más profundas de la tierra, dóciles á la investigacion, nos han ofrecido indicios fehacientes de la existencia del hombre en el Período Mioceno de la Época Terciaria del mundo, y pruebas á granel del camino que siguió su cultura durante la Época Cuaternaria, hasta enlazarse la humanidad ante-histórica con los pueblos históricos; que la Prehistoria, aun despojada de sus ambiciosas pretensiones, ofrece infinitos hechos más reales y más del dominio del historiador, que los trabajos de Hércules, el viaje de los argonautas, las aventuras de Rea Silvia y las hazañas de los Geriones. Y ya en los dominios de la Historia, la callada esfinge egipcia rompió bajo cien formas su prolongado silencio; y á nuestra disposicion los historiadores chinos, la imponderable literatura sanscrita, los libros de Zaratrustra y hasta el epitome de antigüedades asirias, escrito en sus mejores tiempos, quizá para servir de texto á los estudiantes ninivitas; son tantas las inscripciones, documentos y tratados referentes á períodos, ni aun sospechados siquiera, que la Historia, que supone hechos verdaderos, ciertos y correlativos, no cabe en manera alguna dentro de los 3888 años que dan de antigüedad al hombre, cuantos, dejándose llevar de corrientes nacidas allá en las oscuridades de la Edad Media, siguen profesando el hoy indisculpable error, de que la Biblia asienta una cronología aplicable á la Historia Universal. Colocar la Creacion en el año 4004 ántes de la Era Cristiana, y aun en la fecha más racional de 6984, que la asignara en sus tablas Alfonsies, el egregio hijo de San Fernando, hace imposible todo orden y concierto en la Historia de los primeros tiempos de la Edad Antigua.

Porque obrada la maravilla, de que hoy se lean y traduzcan los jeroglíficos faraónicos y sus escritos hieráticos y demóticos; las inscripciones cuneiformes asirias, caldeas, medas y persas, y los signos chinos, con tanta exactitud como el hebreo, las fronteras de la Historia resultan mucho más allá que Noé, y aun que el mismo Adam del Génesis.

Merced á este resultado, Nino, Semiramis y Ninyas pasaron á la categoría de personajes legendarios; al igual que Arbaces y Dejoc; Sisostris resultó una personificacion y Sardanápalo un mito. En cambio, Mena y Hoong-ti logran la consideracion de fundadores de imperios; y Zoroastro, arrojado del siglo de Dario, en que caprichosamente se le colocara, pasó á ocupar su puesto, allá en la Bactriana, muchos siglos ántes que Moisés. La antigüedad del *Decálogo* quedó distanciada por la mayor del *Zend-Avesta*, que á su vez lo fué por no pocos himnos del *Rig-Veda*, anteriores á los cuales son largos capitulos del *Libro de los muertos* y el *Tratado de moral de Kaquimna* y las *Instrucciones de Ptahhotpu*.

Tan largo período ofrécese más lleno que muchos otros, estimados constantemente históricos. El que media entre la Olimpiada en que triunfó Corebo de Elea y las épicas luchas en que ganó Atenas la hegemonía de Grecia; y aun el que arranca desde la fundacion de Roma y llega hasta la proclamacion de la República aristocrática por Bruto y Colatino, presentan lagunas aun más inmensas, no cegadas hoy mismo por la erudicion contemporánea. Digámoslo en honra de los investigadores modernos: las treinta y tres dinastías que recogiera el sacerdote de On, salvadas del olvido por escritores de los primeros siglos del cristianismo, resultan de tal suerte comprobadas por los monumentos, que para explicar la historia de Egipto, «su adopcion pura y simple es lo que ménos nos aleja de la verdad;» la cronología de los emperadores chinos desde Hoang-ti hasta el actual Kuang-su, está perfectamente averiguada: las dinastías caldeas, meda y árabe que decia Beroso, y que reinaron en Babilonia antes del siglo XIV anterior á Cristo, son más conocidas que la serie de los reyes romanos: los nombres de los Patisis y Sares de Ninive, antecesores del imperio asirio, y á un las hazañas de sus inmediatos fundadores, llegaron á nosotros en documentos fehacientes é indubitables: la historia de Tiro y de Sidon comienza á abrir sus páginas: Zaratrustra nos presenta su admirable *Avesta*: los *Vedas*, el *Ramayana*, el *libro de Manu* y el *Tripitaka*, son leídos hasta por pasatiempo: los cuatro tratados canónicos de China, el *Tao-te-King* y los *Sse schu* figuran en las librerías de los semidoctos; y si los trabajos sacerdotales de Misraim pueden darse por perdidos, súpuelos copiosa biblioteca de remotísima antigüedad; que el siglo XIX, para que la naturaleza no tiene secretos, no podia consentir que el antiguo Orien-

te continuase siendo arca cerrada, impenetrable á las escudriñadoras investigaciones de los sábios.

Entre aquellos viejos pueblos del mundo, Egipto cumple misión altísima. Ya por la conquista, ya por el ejemplo, ya por recibir en su seno, cual amorosa madre, á las más extrañas gentes, propaga tan pródigamente su cultura, que viene á ser el educador de etíopes, libios, hixos, fenicios, sirios, israelitas, asírios y árabes, que á su vez llevan importantes influencias á otros pueblos. Materia digna de estudio son, por consecuencia, la civilización faraónica y las razones y medios en cuya virtud se extiende á tantas comarcas. Tal será la materia que, en algunos de sus extremos más salientes, procuraré exponer en este trabajo.

II

En los remotos tiempos en que el Delta era inhabitable, ofrecía ya el Alto Egipto excelentes condiciones para la vida. A él debieron pasar, descendiendo por la Etiopía, pueblos bereberes, hermanos de los libios históricos, que por sucesivas etapas y siguiendo el curso del Nilo, fueron ocupando el Egipto Inferior, ya operando el lento trabajo en cuya virtud el río se encauzó por los diferentes brazos que llevaban sus aguas al mar. Allí fué donde con los bereberes se encontraron las tribus asiáticas de los Ludim, Anamim, Lehabim y Naphtuhim, salidas de Misraim, y que al Egipto llegaron por su frontera natural, el istmo de Suez.

No eran ciertamente los bereberes, pueblos á quienes fácilmente se podía exterminar. La escasa cultura de las tribus asiáticas no permitía tampoco su anulación. Bereberes y asiáticos, dominadores éstos y dominados aquellos, vivieron juntos, y de su fusión resultó la raza egipcia; protosemita, de contornos y postura caucásica, de color oscuro, aunque no negro, y de que son descendientes más ó menos directos, pero bastante próximos para conservar puro el tipo, los actuales degradados fellahs.

Los egipcios, como sus progenitores los bereberes y los asiáticos, viven en tribus que se trasforman por el transcurso del tiempo en Estados independientes. Todos ellos tienen, sin embargo, caracteres que les son comunes. La diferencia que por necesidad se daba, era la consiguiente á no haber entrado en la misma proporción, en cada una de las regiones del Egipto, los elementos africano y asiático; más fuerte éste en las comarcas del Egipto Inferior; más enérgico el otro en el Egipto Superior. Quizá de hecho tan natural, arranque la división civil del Egipto, jamás borrada, en *Tomeh*, país del N., y *To-mera*, país del S. Y seguramente por predominar en las comarcas del Delta la raza blanca, más apta para la cultura que la africana, la civilización histórica del Kemi-t apareció antes en el Egipto Inferior, aún cuando el Egipto Superior se pobló con mucha anterioridad.

Aquellas tribus protohistóricas, ya iniciadas en las ventajas de la vida sedentaria, vivieron largos siglos, como los pueblos que en la Madyadeza encontraron los arios, dominadas por una teocracia avasalladora, que todo lo regia y administraba, con la autoridad imperpetua de quien se dice representante en la tierra de los dioses. *Shesu-Hor*, servidores de Hor, dijeron los egipcios á éstos sus antecesores, quienes tan adelante llevaron su cultura, que obra suya fué la gran Esfinge de Gizeh, símbolo de *Har-m-akhuti*; sol infernal que luce en la mansión de los muertos; y que en medio de las extensas llanuras en que se destaca, parece el eterno y callado guardian de los destinos del Egipto.

Sobre ambos Egiptos, ó por lo menos sobre buen golpe de sus ciudades, establece una dominación más ó menos eficaz, allá 5000 años antes de Cristo, aquel Mena, natural de Theni, cuya obra cierra los tiempos antehistóricos de los pueblos de Misraim. Largas y tremendas luchas supone la obra de Mena. De ella parece tuvo conciencia, cuando seguro de que levantando una metrópoli religiosa echaba los cimientos de una capital, la afirmó construyendo soberbio templo, *Ha-Ka-Phtah*, mansion de Phtah, en «la buena plaza», *Mannoer*; Menfis, ganada al río por la construcción del dique de Koscheisch. Hombre de espada, afirma sin embargo su dominación administrando con inteligencia, dictando leyes y reglamentos sobre materias civiles y religiosas, y haciendo construcciones. Y bien porque en la manera de gobernarse los pueblos no cabe solución de continuidad; que todo poder estable y definitivo se semeja siempre al poder á que sustituye; ó bien por una reacción explicable, Mena aparece revestido con todos los caracteres de personaje sagrado, y aún de dios, á semejanza de como se presentaban los patriarcas sacerdotales sus antecesores.

De él arranca la peregrina consideración del Faraon, que suponen los dictados «Hijo del Sol», «Dios grande», «Dios bueno», «llevado en el seno Nut», «germen de Seb», «dado á luz por el cielo»; que «le convierten en verdadera divinidad, mediador entre Dios y los hombres; guardador fiel del dogma y de la liturgia; observador de los preceptos religiosos que regulan su vida y le obligan á una existencia sobrada incómoda, y cuya autoridad, aunque suprema é indiscutible, está limitada por los mismos mandatos reales, de carácter

general, que, una vez promulgados, tienen fuerza de ley, en tanto no se derogan. De esta manera Mena, como sus sucesores, son tenidos por descendientes de las divinidades que la piedad estimaba habían reinado sobre el Egipto, y cuyo carácter de heredero directo de los dioses, de tal modo se estimó indispensable, que, reconociéndole subsistente en las mujeres, obligó á legitimar las usurpaciones, casándose el usurpador con la más próxima parienta del último Faraon, en cuyo caso, no en el monarca consorte, pero sí en su hijo, habido en una mujer de sangre real, renacía la legitimidad.

Aunque mal querido por los sacerdotes sobre cuyo poder se levantara, alcanzó Mena tal autoridad é inspiró tan enérgico respeto, que pudo fundar una dinastía que, como la que á ésta siguió, reinó en Theni, habiendo ambas logrado, no sin trabajo, unificar el Egipto, dominarle en toda su extensión, sentar allí los cimientos de una nacionalidad, ensanchar su cultura y promover no escaso adelantamiento artístico y literario.

En la ciudad de Ha-Ka-Phtah, de que los griegos hicieron la voz Αγχώσι, reinan ya las dinastías III, IV y V. Su poderío es tal, que rebasando las naturales fronteras del Egipto, Tsat-si, primer monarca de la dinastía III, se impone á los libios, y Snefru, el último de la misma dinastía, penetra en Asia, y siguiendo las orillas del Golfo Arábigo, extiende sobre las comarcas del Sinaí dominación tan eficaz, que allí establece la explotación de las famosas minas de cobre y de turquesas que tan pingües rendimientos produjeron.

Ku-fu, Kha-f-ra y Men-Ke-Ra, los Cheops, Chefren y Mycerinos de Herodoto, s beranos de la dinastía IV, van unidos á las portentosas moles, audacia saxa, que las llaman respectivamente Pion o y Stacio; única de las siete maravillas que respetó el tiempo, y de las que dijo Delille:

«Leur masse indestructible à fatigué le temps.»

La grandeza que las grandiosas pirámides significan, no decayó durante el mando de los Faraones de la dinastía V, y aún tampoco en los primeros tiempos de la que á ésta siguió. Monumentos inapreciables, arquitectónicos, escultóricos y literarios, permiten asegurar que aquellos días corresponden á un siglo de oro del antiquísimo To-mera. La dinastía VI fué sin embargo de decadencia. Nacida en medio de asonadas y guerras civiles, termina con el fin del reinado de «la bella de mejillas de rosa», la varonil Nitacrit; Nitocris; objeto de múltiples y poéticas leyendas. Esto no obstante, el segundo Faraon de esta dinastía, Meri-Ra-Papi, secundado por su primer ministro Una, ensanchó las fronteras de su reino, determinadamente por la parte de la Nubia; castigó con mano fuerte á libios, etiopes y asiáticos, y eclipsó por sus construcciones á los más notables de sus antecesores.

La decadencia era, sin embargo, un hecho. El largo período que ocupan las dinastías VII, VIII, IX y X, lo fué de confusión y de desórden. Quizá entonces, como en épocas más adelantadas sucediera, desconocida la autoridad del poder central, se alzaron en armas aquellos *erpa*, nobles; *erpa-ha*, jefes nobles; *suten-rekh*, parientes del rey *hor*, virey; nomarcas, que digeran los griegos; que constantemente vivieron con independencia parecida á la que tuvieran los señores feudales en los siglos de la Edad Media. Quizá también las fronteras del Egipto sufrieron los embates de sus enemigos, siempre envidiosos de las delicias que las orillas del Nilo ofrecían.

Con la dinastía XI ábrese nuevos y más grandiosos tiempos para el Egipto. Los historiadores convienen en estimarla principio de una nueva época: Tebana segun unos; Imperio Medio segun otros. La antigua y hermosa *Ape-t*, luego *T-ape*, Tebas, hereda la consideración de capital que anteriormente tuviera Menfis. No se llegó, sin embargo, al reconocimiento de este hecho, en un día. Si la escrupulosidad con que los egipcios aprecian la legitimidad de sus Faraones, les llevó á contar á En-t-ef I como fundador de la dinastía XI, por estar unido por lazos de parentesco con Meri-Ra-Papi, las inscripciones le designan como simple *erpa* y á su hijo Monthu-hotpu I como *hor*, siendo necesario llegar á Monthu-hotpu IV, oncenno monarca de esta dinastía, para que no sea un título puramente honorífico el de *Señor de ambos países*, con que se vanagloriaban sus antecesores desde En-t-ef IV. Desde Monthu-hotpu IV, *Hakhnet-suten*, la mansion del hijo real, Heracleópolis, deja de disputar á Tebas su supremacía, y unidos los dos Egiptos, el loto y el papiro simbólicos vuelven á aparecer juntos como noble blason real.

Militares ambiciosos los Faraones de esta dinastía, llevan la guerra á los pueblos fronterizos, restituyen las antiguas conquistas, y aún colonizan á Coçeir. Así preparan el advenimiento de la dinastía XII, cuyos Usor-tesen y Amon-en-ha-t dejaron grabadas sus hazafías con inmensa riqueza de pormenores en monumentos famosísimos. Entronizados por la fuerza de las armas, más que por su derecho, disputado por las provincias del Norte, realizan otra imperecedera. «Ingenieros y soldados, amigos de las letras, y alguno de ellos literato, y protectores de la agricultura, trabajan sin descanso en favor del país que gobiernan.» Ellos,

en efecto, afirman la dominación egipcia sobre las comarcas del Sinaí, y reedifican y cuidan la muralla y fortificaciones levantadas por los monarcas de las dinastías IV y V, entre el mar Rojo y el Nilo, y que determinan el hasta entonces extremo límite del imperio faraónico por la parte de Asia. Ellos, tras repetidas campañas, á que pone fin Usortesen III, someten definitivamente la Nubia, fijando la frontera de su conquista en Semneh, cerca de la segunda catarata, donde constituyen y en inextinguibles fortalezas que les permiten hacer frecuentes razzias para tener á raya á los negros etiopes. Ellos civilizan todas aquellas comarcas etiópicas, echando los cimientos de una cultura que más adelante habrá de influir mucho en la suerte del Egipto. Ellos construyeron el gigantesco Hunt ó Meri, que regularizó las inundaciones del Nilo. Ellos embellecieron á Tebas, á Heliópolis, á Tanis, á Cocodrilópolis cerca del Meri, en cuyas inmediaciones levantaron el *Lope-ro-hunt*, templo á la entrada del Lago, que Herodoto tradujo por Laberinto. Ellos escribieron libros de valía, y levantaron magníficos templos, suntuosas necrópolis, artísticos propileos, estatuas gigantescas. Ellos cuidaron los canales, administraron honradamente, y de tal modo ayudaron á desarrollar una prosperidad sin igual, que «si más adelante el Egipto pareció más grande, nunca, sin embargo, fué más feliz que entonces.» El reinado de una mujer, Sevek-nofriu, puso fin á la dinastía XII, como el de Nit-acrit le puso á la dinastía VI.

En los largos siglos anteriores á esta Sevek-nofriu, la civilización y cultura faraónicas llegan á su zénit. Días vendrán en que Egipto aparecerá cumpliendo misión más alta, y sobre todo cosechando laureles que envidiarían los pueblos más militares; pero ya entonces habrá dejado de alentarle el genuino, puro y castizo espíritu faraónico. Lo que el Egipto fué, hemos pues de encontrarlo dentro de los tiempos á dichas doce dinastías correspondientes.

III

«El santuario de los templos egipcios, escribió San Clemente de Alejandría, y dispéñeseme lo vulgar de la cita, está oculto tras cortina de tisú de oro. Si deseais contemplar lo que ésta cubre, un sacerdote se adelantará con severa gravedad entonando un himno en lengua faraónica, y descorriéndola, pondrá á vuestra vista un gato, un cocodrilo, una serpiente ó algun otro animal dañino. El dios de los egipcios es una bestia envuelta en púrpura...» Afirmación tan fina y profunda y tan conducente á los fines que se proponía el doctísimo santo, ¿cómo no ser repetida por ilustres escritores? La religión faraónica ¿quién no lo ha leído? era el absurdo, la demencia, el resultado de la desviación más reprehensible del sentido común. Pero ¿ah! que no se puede juzgar de lo representado por la representación; de lo simbolizado por el símbolo; del Dios por el ídolo. Una religión algo es más y muy distinto que sus exterioridades. Y sobre todo, la imágen, los adherentes del templo, los instrumentos del culto, las ceremonias litúrgicas y las prácticas religiosas, sólo las sienten en su magnificencia los que comprenden su significación.

Las religiones no nacen, como Vénus de las espumas del mar, ó como Minerva de la cabeza de Júpiter, de un golpe, hechas y confirmadas en toda su divina perfección. A manera de las lenguas, á quienes bajo tantos aspectos se semejan, aparecen en sus orígenes raquíticas, pobres, sencillas, bastando apenas á las contadas necesidades del pueblo infante que las produce. Predicado de la naturaleza humana ó de elementos dados por nacionalidades anteriores, ofrecen ya en su cuna, todos los elementos esenciales que habrán de quitarlas y de impedir que se confundan entonces y siempre con ninguna otra. Y desarrollándose y en su desarrollo, reformándose y aún modificándose fundamentalmente, pero sin perder ninguno de sus caracteres esenciales, alcanzan la meta de su desenvolvimiento, para descender desde ella á los tristísimo momentos de su decadencia y ruina; donde desaparecen, sí, pero dejando vestigios que servirán de base y contenido á nuevas religiones y á nuevas lenguas. El conocimiento de la religión egipcia, sólo es posible examinándola en su desarrollo y desenvolvimiento. Estudiarla en una sola de sus etapas, siquiera sea la más importante, enseñará lo que llegó á ser, no todo lo que fué.

Este trabajo sería fácil, si por las inclemencias del tiempo, no hubiese desaparecido *El Libro Santo* que escribiera el sabio sacerdote Manethon. Felizmente Diodoro de Sicilia, y después el obispo de Cesarea Eusebio, le leyeron; y Herodoto y Plutarco estudiaron de cerca y á propio intento aquella tan extraordinaria religión, en algunos de cuyos secretos fué impueto el famoso historiador, natural de Halicarnaso. Seguir á éstos y ajustar á sus noticias á las que nos suministran los documentos modernamente descubiertos, es seguro medio de acertar.

Puede desde luego afirmarse, sin miedo á incurrir en error, que la religión egipcia no reconoció en sus orígenes, ni muchos siglos después, la influencia de otras religiones más perfectas. En el estado actual de los conocimientos históricos, no es dable sospechar siquiera la existencia de civilizaciones anteriores á la faraónica, más adelantadas y excelentes, aún admitien-

do la improbable hipótesis de que la degradación de la raza etiópica correspondía a la decadencia consiguiente a haber cumplido altos destinos. El pueblo faraónico, en cuanto al punto concreto de su religión, tiene todas las condiciones de autóctono. Explicase así que el Sér a quien primero adoraron fuera el Sol, *Ra*, de cierto por esta razón, constantemente considerado la más importante de todas sus divinidades. Si a los hombres cultos habla el espectáculo del Sol con indecible elocuencia, ¿qué no inspirará a los pueblos primitivos? El solo hecho de ser la luz, y la falta de luz, la noche, y el calor, y como calor la causa de cuanto existe y crece en la naturaleza, y el regulador de las estaciones, sorprendidos y los obligaba a ajustar su vida al curso del Sol. El mismo prodigio representa, aunque más limitadamente, la Luna, *Ioh*, segunda divinidad de los egipcios, pero jamás para ellos tan superior como el Sol.

Más Ra y Ioh no son siempre del mismo modo. La Luna ofrece sus diferentes fases, y el Sol naciente presenta aspecto distinto de como es al mediodía, y en uno y otro momento, de como aparece en su ocaso. El egipcio primitivo, aun cuando viendo detrás de todas estas manifestaciones un mismo sér, no pudo menos de considerar cada una de ellas separadamente, y de darles nombre distinto. Y al distinguir las con diferente palabra, ésta sirvió para nombrar al sér en que estas manifestaciones se daban; legándose por un trabajo mental perfectamente explicable en un pueblo que nacia a la cultura, a estimar no pocas de estas manifestaciones de Dios, como otros tantos dioses distintos. Así Ra, en su existencia nocturna, antes de aparecer por Oriente, llegó a ser *Atum*; *Har-m-akhuti*, Hor en los dos horizontes ó en el doble momento de su salida y de su puesta; *Har-pa-Khrad* en su salida; *Ra-An-hur* y *Hor*, cuando brilla en el meridiano; *Khopra*, cuando vivifica; *Nofri-Tum*, en su puesta; *Osiri* durante la noche, y *Som* el sol soestial; *Set*, el terrible, etc. Los mismos rayos por cuyo medio ejerce su acción sobre el universo, personificáronse en las diosas *Sekhet*, *Menhit*, *Urt-hek-tu*, *Tefnut* y *Bast*. Ioh ó *Posh* fué también *Pusbati*, la Luna que preside a los partos.

Iguales razones a las que determinaron esta multiplicidad de dioses, abrieron la puerta del panteon faraónico, tan pronto comenzaron a fijarse las observaciones astronómicas, a las estrellas más brillantes. Fueron éstas, no en tiempos muy remotos, unas errantes, *akhmu-urdu*, que no reposan jamás; otras fijas, *akhmuseku*, que no se mueven jamás. Entre las primeras distinguieron a *Harka-her*, *Har-tap-schetau*, *Har-descher*, *Sevek*, y *Duan* y *Bennu*, que respectivamente corresponden a los astros Saturno, Júpiter, Marte, Mercurio y Vénus matutina y Vénus vespertina; y entre las fijas, ó *Khabesu*; lámparas suspendidas de la bóveda celeste; *Spot* ó *Sotis*, Sirio; *Sahu*, Orion, y tantas más cuya correspondencia no ha sido averiguada. Todas estas estrellas tuvieron por otros tantos dioses.

No fué, sin embargo, la religión egipcia puro saheísmo. Bajando los ojos a la tierra y dirigiéndolos alrededor, el egipcio halló condiciones divinas en muchas manifestaciones de la naturaleza, y ya antes que muchos dioses celestes, dioses eran para él *Knef*, el aliento vital; *Phtah*, el fuego; *Tho*, la tierra; *Nun*, el agua; *Neith*, el aire, y seguramente también el falo, *Khem* ó *Mendes*, que dijo Champollion el joven, y que no determinaba ciertamente el culto de la lascivia ni la apoteosis de la lubricidad. Y como quiera que estas concepciones ofrecían aspectos a cual más maravillosos, a su vez originaron distintos dioses. *Phtah* determinó a *Anuke*, el fuego subterráneo; *Neith* a *Tpe*, el espacio celeste nocturno; *Nun* a *Imouth*, el cielo, y a *Hapi*, el Nilo; y así igualmente dioses fueron *Nut* ó *Seith*, la noche primitiva, el caos; *Sef*, el tiempo; y tantos más. Porque si la devoción y aun la moda multiplican en todos los tiempos y en todos los pueblos las imágenes, y las advocaciones, y los patrocinios, ¿qué no sucedería en aquellos tiempos teocráticos, cuando la religión estaba abierta a toda innovación, y este trabajo se realizaba a la vez en multitud de Estados autónomos? «Al feudalismo político, ha dicho Lenormant, correspondía un feudalismo religioso.» Por eso si tales manifestaciones de la naturaleza aparecían en tal Estado no apreciadas ó preteridas, en otro se consideraban como tantos distintos aspectos de la divinidad. Así, además, cada comarca, y aun cada ciudad importante de cada comarca, tenía sus dioses particulares y aun su patron.» *Tum* reinó soberanamente en On; *Theni*, y más tarde *Abud*, estuvieron bajo la autoridad inmediata de *Osiri*; *Ammon* poseyó a *T-ape*, y *Phtah* se estableció en los tiempos históricos sobre *Man-nofri*.

Más adelante, pero siempre en los tiempos anteriores a la Historia, cuando ya la reflexión permitió el discurso de que de Dios, suma bondad, sólo podía provenir el bien ante la presencia de los dolores, enfermedades y desdichas de la vida, creóse a *Set*, *Nub* ó *Tiphon*, principio del mal, siempre entre los egipcios divinidad inferior. Y por virtud de un trabajo semejante, inventaron divinidades metafísicas que dijo Carré; «concepciones del espíritu y de la imaginación; como *Har-hat* ó *Tahut*, *Hermes* de los griegos; la in-

teligencia, la sabiduría, el inventor de la escritura, de las ciencias y las letras, el autor de los libros sagrados; *Mui* ó *S'u*, el pensamiento, la razón; *Tafné*, la sabiduría guerrera, la Pallas egipcia; *Ma* ó *Thmet*, la justicia, la verdad.»

Sin embargo, no fueron, en mi concepto, las divinidades egipcias tantas como resulta de la lectura de cuanto sobre este particular se ha escrito. No fijada en los antiguos tiempos faraónicos ni la lengua, ni la escritura, y no leyéndose hoy mismo por los modernos egiptólogos de igual modo los jeroglíficos egipcios; que aun no se ha llegado a convenir uniformemente en su valor fonético; de seguro muchas de aquellas divinidades que parecen distintas son una misma. Aun más: si Mr. de Chabas afirmó que «*Phra*, *Atum*, *Ammon*, *Osiri*, *Mui*, *Khpra*, *Khem* y las numerosas formas de Hor, representan sólo un mismo dios, considerado bajo aspectos distintos;» esto fué por que en Egipto, como en los pueblos monoteístas, se distinguió a los dioses por sus atributos, cada uno de los que, aun significando el mismo dios, no pueden menos de aparecer para nosotros, que tantas dificultades hallamos en la materia, como otros tantos diferentes dioses.

La religión faraónica, de animismo profundo y poético, con marcada tendencia monoteista, que siempre Ra ocupó el primer puesto en aquel tan poblado Olimpo, fué poco a poco convirtiéndose en politeísmo. Y como quiera que las multitudes entienden poco de abstracciones y los egipcios, como todos los pueblos, necesitaban encarnar, dar forma a sus divinidades, representáronlas bajo la figura humana, la más bella y la más noble, modificada más ó menos al traducirla en ídolo. Los dioses aparecieron así como personajes humanos, aunque con condiciones divinas. De lo cual fué consecuencia el atribuirles sentimientos, pasiones, y aun vicios propios del hombre, que les presentaron a veces envueltos en intrigas, aventuras y empresas puramente humanas. De aquí, como consecuencia indeclinable, que los egipcios creyeran en el reinado sobre la tierra de los dioses, y aun en dioses humanos a manera de los héroes griegos. Dioses fueron para ellos todos los hombres que prestaron indispuestas servicios por sus inventos ó por sus hazañas. A cuya creencia correspondían aquellas dinastías divinas que gobernaron a los Schesu-hor, y a las que pertenecieron *Phtah*, *Ra*, el hijo de éste *Shu*, *Sob*, *Osiri*, *Unnofre*, *Set* y *Hor*, que mandaron en Menfis; *Atum*, que reinó en On; *Ammon-Ra*, rey de los dioses en Tebas, y luego *Mena* y otros tantos Faraones históricos.

Aunque igualmente divinos, en cada uno de los dioses sobresalía una cualidad distinta. Para representarla y hacerla perceptible aun a la imaginación más torpe, nada más sencillo que unir al dios el objeto de la naturaleza que mejor la explicase. Para ello se acudió al reino animal donde se ofrecen todo género de manifestaciones perfectamente comprensibles. De este modo el egipcio persistió en el símbolo, que constituyó siempre una de sus más hondas aficiones. Pusiéronse así bajo la advocación de los dioses, diferentes animales que a su vez les servían de emblemas, y aun se llegó, como se hizo con la esfinge, león con pecho, cuello y cabeza humana, a hacer una sola figura de la divinidad y del animal a ella consagrado. *Phtah* fué representado con cabeza de escarabajo; *Ammon* con cabeza de carnero; *Hat-Hor* con cabeza de vaca; *Bast* con cabeza de gata; *Mut* con cabeza de gavilán, y así otras divinidades, legándose por una gradación natural a representar éstas por el mismo animal, y luego a la zoolatria, culto absurdo, jamás bastante abominado, y de que, sin embargo, se conservan vestigios más ó menos señalados en todos los pueblos.

El chacal, el toro, la vaca, el carnero, el mono, el cocodrilo, el hipopótomo, el gavilán, el ibis, el escarabajo, la culebra y tantos más, llegaron a estimarse, unos como protegidos de los dioses, y otros verdaderas encarnaciones de la divinidad. Esta diferencia explica que, mientras el escarabajo de *Phtah*, el ibis y el mono cinocéfaló de *Tahut*, el gavilán de *Hor* y el chacal de *Anpu* fueron adorados por todo el Egipto, algunos animales, tenidos por sagrados en ciertos nomos, eran perseguidos como dañinos en otros. En Tebas y en *Sched*, *Cocodrilo*polis, veneróse en templos suntuosísimos al cocodrilo, mientras los habitantes de *Abu*, *Elefantina*, le acometían con encarnizamiento, como perjudicial.

Estos animales sagrados llegaron a ser unos nacionales, otros protectores de la ciudad ó del noma en que se adoraban. De On, fueron patronos el toro *Urmer*, *Mnevis* y el pájaro *Vennu*, ave fénix; de *Pabaneb-Dad*; *Mendes*, el carnero ó macho cabrío que dijeron los griegos; de *On-res*; *Hermónthis*; el toro *Pacis*, y de *Man-nofri* el *Hapi* ó *Apis*. Mas no todos los animales de esta clase eran dioses. Necesitaban para ello reunir particularidades que quizá no se dieron nunca, pero cuya existencia era afirmada por los sacerdotes. *Hapi* no era concebido por el contacto del macho; *Phtah*, la sabiduría divina, bajo la forma de fuego celeste, fecundaba la vaca elegida, siendo así *Hapi* una encarnación de *Osiris* por la virtud de *Phtah*. La vaca,

madre de un *Hapi*, que laba virgen despues del parto y no volvía a ser madre.

Ante este culto zoótrico, como quiera que nació, Puso en duda la vasta sabiduría de los colegios sacerdotales de Sais. *On Man-no-fri*, *Abud* y *T-ape*, surgió el error, acreditado por respetables autoridades, de que en Egipto habían coexistido dos religiones: la del populacho y la de las altas clases. No: ni esto se verificó en parte alguna, ni mucho menos fué posible en Egipto. Mas si sucedería, según pasó y pasa en tantos pueblos, que la misma religión no era entendida por las masas incultas y devotas, según la comprendían las gentes ilustradas y religiosas. En los animales sagrados, probablemente no verían los más sino la bestia irracional; pero los menos, de cierto los consideraban como representaciones, símbolos y emblemas de algo muy superior y levantado. ¿Quién es capaz de estimar los errores del vulgo, aun respecto a doctrinas que cada día se le exponen con toda claridad!...

(Continuará.)

REVISTA DE MADRID

Cuando faltan otros asuntos de más pequeña pero relativa importancia para la generalidad, un eclipse de luna visible a la simple vista y verificado a buena hora y en un cielo libre de nubes, puede ser un acontecimiento. El último orgánizado por el sol, la tierra y la luna de consuno, estuvo tan concurrido como una noche de estreno en un teatro de moda. El público acudió en masa, presencia la función, se echó luego mano al bolsillo para ver si le había costado mucho, y al encontrarse en él a la vuelta el mismo dinero que sentía en él a la ida, aplaudió a los aficionados estelares que a esa hora desahaban ya de sus fatigas y se quitaban los negros paños en que se envolvieron para representar el espectáculo. Al contrario de lo que pasa en la tierra muchas veces, cumpliése el programa sin que ninguna falta se pudiera imputar al organizador de la fiesta. A la hora designada de antemano por los astrónomos se corrió el telón; ni un segundo de diferencia se permitieron los actores. Luego, comenzó el drama. La luna, tranquila primero y radiante, brillando con mate blanco en el cielo tachonado de estrellas como un general que pasea en un campamento por entre los grupos de sus soldados dormidos, mostró a todos su faz libre de cuidados, y la superstición popular adivinó entre sus ojos la figurilla del hombre a quien se iragó para castigarle de una falta, y que aún ronda por los desiertos lunares cargado con el hazcuello de leña que llevaba cuando insultó a la diosa de la noche. Nada parecía presagiar la desgracia que iba a ocurrir. De pronto, y como si se sintiera agitada por extraños presentimientos algo como una nube tenue, vaga, se extendió por delante del astro maravilloso; hubo quien distinguió en su redonda cara el fruncimiento de las cejas que acusa un movimiento de cólera ó de espanto. Algun peligro se acercaba. Una sombra grande, inmensa, lamió de repente el disco plateado; como airada por impulso irresistible, la luna se la aproximó. ¿Era la sombra que se movía ó el astro que se precipitaba en ella? Poco a poco el globo lunar disminuyó su tamaño; la sombra ganaba terreno; cubría ya gran porción de la luna, la mitad, las tres cuartas partes, más aún... sólo quedaba de ella una línea apenas perceptible... La lámpara de la noche se extinguió rápidamente y dejaba a la tierra huérfana y desconsolada de su luz. Hubo un momento en que se apagó del todo. Los ojos de los espectadores la buscaron en vano sobre sus cabezas. Millares de manos señalaban distintas direcciones, correspondiendo a distintos puntos del cielo en que creían percibir la negra masa en cuyo abultado seno estaba el astro desaparecido. Las estrellas brillaban menos que antes. Los edificios, antes iluminados por ella con claridad de luz eléctrica, estaban ahora a oscuras, completamente a oscuras. Sentíase en el cielo, en la tierra, la falta de la luna.

Y, entre los grupos que seguían con curiosidad la marcha del eclipse, algún que otro erudito aprovechaba la ocasión para lucir ante un benévolo concurso sus conocimientos en la materia. Daba las causas naturales de los eclipses, pasaba en revista a todos los pueblos para ver el efecto que causaba en ellos el fenómeno natural que para nosotros sólo es motivo de diversión ó de ociosidad, y al llegar a los pueblos primitivos hacia notar sus gestos de asombro, sus actitudes de espanto, sus terrores de niño al ver que la luna, su Dios, desaparecía de su vista, quizá para siempre, tragada por el dragón horrible de la noche; refería los medios que empleaba para que la luna les fuese devuelta: armar ruido y extrépito que asustasen al monstruo, sacrificar víctimas para volversele propicio, caer de rodillas y verter lágrimas y orar para calmar la cólera del Dios que, tal vez por su propia voluntad, había desaparecido, dejando a los suyos en el abandono, negándose a alumbrar sus noches a iluminar sus danzas guerreras y a recibir sus sacrificios. El espacio de tiempo en que el eclipse alcanza su totalidad es el más angustioso para esos pueblos infantiles. Mientras ven algo del disco lunar esperan que el Dios vencerá al monstruo, que la luna dominará la enfermedad que la pone en peligro; pero cuando registran el cielo, y no ven el astro protector, pierden toda esperanza; el Dios ha sido vencido, el Dios ha muerto ó se ha alejado para siempre... Y tendidas, amontonadas en tierra, revueltos hombres y mujeres,

niños y ancianos, amigos y enemigos, esperan en terrible confusión la muerte desconocida que se acerca, porque si el Creador ha muerto, ¿qué será de sus criaturas entregadas a Dios de las tinieblas, al eterno enemigo de la luz?

Un espectador de vista más perspicaz, dijo de pronto: ¡ah! sin extrañeza pero con fruición, y millares de bocas repitieron esa exclamación suya, y millares de ojos miraron hacia el punto que su mano señalaba: una línea curva de gran pureza, de blancura inimitable, recortaba la sombra inmensa de la noche. ¡La luna estaba allí! Pálida como siempre, pero como siempre hermosa, pugnando por desembarazarse de aquella careta que la ensuciaba el rostro. Rápidamente salió de las tinieblas, que fueron abandonando el territorio conquistado a duras penas. Pronto brilló otra vez en toda su intensidad. El cielo recobró su aspecto ordinario; las estrellas sultanas del sol, tornaron a sentir la presencia de la sultana favorita. Los campos, los bosques, las ciudades que iluminaba con su luz, volvieron a regocijarse con su claridad. Sus rayos de plata, hiriendo de nuevo el cristal de las fuentes y los arroyos, tornaron a quebrarse en los palacios de las badas y a alumbrar los juegos misteriosos de las náyades y las ondinas. La luna, con la satisfacción del que ha escapado a un gran peligro, proseguía su carrera diaria.

La gente se retiró a su casa haciendo consideraciones sobre lo que había visto, y el erudito de marras, reanudando su narración interrumpida, encantó a sus oyentes pintándoles el júbilo, la alegría de los salvajes, cuando, ya sin esperanza de salvación, ven aparecer de nuevo en el cielo, más brillante, más hermoso a sus ojos al que ya le lloraban perdido para siempre, el Dios potente, el Dios vencedor de fuerza inenarrable que ha dominado al monstruo de la noche y vuelve a tranquilizar a sus fieles adoradores, a acoger sus alabanzas, a reclamar su gratitud.

El frío que se ha descolgado de la sierra para hacer su presentación oficial y ofrecernos sus respetos, prometiéndonos larga serie de amistosas visitas durante la temporada que proyecta pasar entre nosotros, ha indicado al verano la conveniencia de que recogiera los últimos trastos que aún tiene desperdigados por el suelo, y el pobre verano, conociendo su debilidad, no ha tenido más remedio que plegarse a tan interesadas indicaciones. Ahí está el infeliz haciendo un lío y guardando en él cuidadosamente lo que constituyó su gala de otro tiempo: vestidos de percal y muselina, faldas aéreas de tarlatana hechas para señalar más bien que para cubrir hermosas formas de mujer, abanicos que mueven el aire y lo perfuman al pasar, sombrerillos de paja adornados de flores que parecen nidos en la linda cabeza de la niña casadera; envuelve en un papel gorgoritos de los Jardines, gallos de Recoletos, frases de amor, juramentos, protestas de cariño, dichos en el Prado o la Plaza de Oriente; hacina en el desván payasos del Circo, botijos del Santo, garrafas de Valencia, esteras de blanca paja que semejan haces de espigas extendidas por el suelo; echa a volar las golondrinas que tenía presas en el alero de nuestros tejados o en lo alto de nuestras torres, y de las cuales se apoderó cuando vino hace unos meses a establecerse en nuestros campos; vuelve a sus retirados agujeros los grillos que sacó para que diesen el monótono chirrido de sus elicitras a la calma serena de las noches estivales, y se despide por última vez de los árboles, cuyas hojas amarillean ya; de la naturaleza que se recoge para dormir el sueño prolongado del invierno. ¡Adios, pajarillos del bosque, hierbecillas del campo, fuentes y arroyos de la selva, insectos multicolores que cantabais con sordo zumbido las alabanzas del verano, pequeños geniecillos que vivís invisibles en el cáliz de una flor, en una gota de rocío, en una hoja de verdura! ¡Adios faldas de los montes que la primavera matizó de flores y vistió de hojas humedecidas por el rocío! ¡Adios noches serenas y calladas, noches tranquilas tachonadas de estrellas brillantes, noches luminosas en que la creación parecía cantar el himno del amor y de la vida!

Con el verano se va también para los estudiantes la vida libre de cuidados pasada en la casa paterna, de día en la era, con los trabajadores, de noche en la reja con la elegida de su corazón. *El Idilio* de Nuñez de Arce se ha vuelto a representar en una porción de aldeas, y siempre entre los mismos personajes. A lo largo del camino el futuro médico, el futuro abogado corriendo tras un porvenir incierto, soñando dichas sin fin y dejando atrás el pasado, y con el pasado los más santos recuerdos de su vida; en pie sobre el más próximo collado, la madre y la novia que lloran, el padre que da su bendición. Delante la corte con su atronador estrépito, con sus millones de voces que predicán la tentación: detrás la aldea con su calma de sepulcro, con su sosiego imperturbable. Delante la lucha con lo que tiene de grande; detrás la paz con lo que tiene de querido... Borráranse los contornos, ya sólo quedan las siluetas, lo á lejos un sombrero que hace señas de despedida, un pañuelo que se mueve manejado por una mano febril... La ciudad que se dibuja en el horizonte llamando á sí al forastero, el viejo campanario de la aldea que se hunde en la niebla y le dice adios con la voz cascada del metal... Luego, todo desaparece; el camino, el collado quedan desiertos, y la sombra nocturna los cubre, y el viento hace desaparecer del polvo las huellas del que se fué.

El domingo 5 del corriente se verificó en la Institución Libre de Enseñanza la apertura del nuevo curso. Grave y solemne fué la ceremonia. Allí, en un breve salón nada adornado, porque la ciencia es austera y pobre y no se paga de inútiles apariencias, se congregó un público selecto para oír al Sr. D. Gumersindo Azcárate la lectura del discurso inaugural, profundo, como todo cuanto sale de la pluma de su autor, sensato como obra maduramente pensada, fruto de la experiencia.

No hablaré aquí de su discurso, cuyo juicio es ajeno a esta sección; los periódicos lo publicaron aquella noche, y á ellos remito á los lectores curiosos. Recordaré solo el efecto que en mí produjo aquella agrupación de hombres de buena voluntad, que con una perseverancia digna de la causa que defienden, prosiguen la senda emprendida en que á vuelta de muchas espinas consiguen ya encontrar alguna flor. Pocos días antes habíase abierto el curso en la Universidad Central, y el contraste no podía ser mayor, saltaba á la vista.

No había en el humilde local del paseo del Obelisco los esplendores oficiales, comodidades y lujos que en el recinto de la ciencia oficial; pero tampoco había representantes del Estado invasor que pusieran trabas al pensamiento y mordazas á las bocas; aquí el catedrático es libre, expone las verdades cuyo conocimiento posee, y las expone como quisieran poderlas exponer los catedráticos oficiales; como las dicta su conciencia, sin más limitaciones que el criterio del profesor; y no hay aquí ninguna voz extraña que marque de antemano, influida por tradicionales preocupaciones, el camino que se ha de recorrer, señalando puntos en que no se puede entrar, parajes que han de considerarse inaccesibles. Y el contraste, que era muy grande, lo hizo mayor aún el discurso inaugural. En la solemnidad universitaria, el Estado había hablado declarando fuera de discusión algunos puntos; el señor Azcárate terminó su breve oración con un hermoso canto á la tolerancia, pidiendo á todos los hombres tolerancia para las ideas de los demás. En toda idea—decía—por absurda que nos parezca, hay algo bueno.—Y ese algo es sin duda la parte pura de su alma que pone el hombre en cuanto toca.—Tolerancia para todas las ideas—pedía el Sr. Azcárate, y el público aplaudía con entusiasmo. Esas palabras, esos aplausos, son la protesta de la ciencia á las intrusiones del Estado, significan mucho más que un discurso leído por un hombre de talento y elogiado por unos cuantos admiradores.

La inscripción de los alumnos para el presente curso, renueva lo que desde hace algunos años es pavoroso problema de la enseñanza. Mientras las carreras científicas ó industriales están abandonadas por completo, miles de jóvenes siguen carreras literarias que forzosamente se han de ver imposibilitados de ejercer. Este año la proporción es más terrible todavía que en otros anteriores. Mientras mil doscientos se han matriculado en derecho, asignatura que ha sido preciso dividir en tres secciones, solo uno ha solicitado su inscripción en Ciencias Naturales. Hay motivo para preguntarse con tristeza. ¿Dónde vamos?

A ninguna parte donde pueda fundarse nada sólido y duradero; á ninguna parte por donde pueda llegarse á la paz y al bienestar que es el ideal de los pueblos viriles. Porque esa desproporción absurda, ese abandono inconcebible en que se deja punto tan importante para la vida como el conocimiento de la naturaleza, han de traer por fuerza un desequilibrio que no puede menos de ser fatal. Esos abogados que, faltos de pleitos, han de acogerse á un empleo ó han de mezclarse á la vida agitada de la política llevando á ella conocimientos que no les sirven para nada, y pretensiones que les enbarazan para todo, son un guarismo espantoso que ha de ejercer perjudicial influencia en los destinos del país. Quedan abandonados los productos del suelo, las producciones de la industria, el estudio serio de la ciencia que guarda aún en su seno porción inmensa de secretos, cuyo conocimiento cambiaría favorablemente las condiciones de la misera humanidad; renegamos de toda industria, no obstante la enseñanza de los tiempos presentes que nos dice bien claro y en voz bastante alta que la industria es la vida de las naciones, hada benéfico que con un solo golpe de su mágica varita de virtudes puede transformar un árido desierto en campo feraz y productivo: y en cambio, dedicamos toda nuestra actividad á alejarnos cada vez más de las condiciones de vida en las cuales tenemos que vivir. ¿No hay un medio de evitar esto? ¿Es posible que hayamos de estar siempre en este abismo de perniciosa, ciegos á la luz que brilla, sordos á la verdad que habla elocuentemente con el lenguaje incontrovertible de los números? ¿Qué mal genio presenta engañosos mirajes á la juventud, y en los primeros pasos de su vida la arrastra á caminos tan extraviados? Doctores, sí, muchos doctores, que aprendan mucha ciencia, pero que ni una vez bajen al laboratorio de la naturaleza á seguir con inquieta mirada sus misteriosas elaboraciones. Doctores, sí, muchos doctores, que esterilicen sus fuerzas en distinguidos, sofismas y abstracciones sobre lo justo y lo injusto, sobre lo tuyo y lo mío, y no sepan, sin embargo, abrir nuevos campos á la ávida actividad de los hombres incultos. Doctores, sí, muchos doctores, que lleven á las marchadumbres sus ideas interesadas y las pongan una á una á otras, separándolas por abismos infranqueables cuando, en realidad, sólo las separan una palabra ó un concepto. Pero nada de hombres que las prediquen el trabajo y las den medios de vivir y las señalen veneros de riqueza. Todos vemos el mal, lo lamentamos pero no hacemos nada para atajarle. Y

el mal hace progresos. Dentro de poco la enseñanza de las ciencias no tendrá objeto en España.

Y entonces será tiempo de abrir las escuelas de tauromaquia donde educar émulos de Lagartijo ó Mazzantini.

Este malestar, este desasosiego que denuncian su presencia en todas partes, se traduce en las calles y plazuelas por hombres que se matan sin que, á menudo, ni uno ni otro, asesino ni asesinado, pasada la embriaguez de la pelea, alcancen á definir las causas que han tenido para matarse. La crónica de la quincena destila sangre en todas sus hojas. Más parece una revista de tribunales que una revista de Madrid.

Y no puede esperarse que la santidad de la causa cubra los horrores cometidos en su nombre. Un día se mataron dos hombres por el pago de tres pesetas, otro por saber cuál de los dos santos, Santiago ó San Isidro, era más fuerte; otro por disputar sobre las condiciones de Frascuelo y Lagartijo. Los pretextos son dignos del pueblo que los emplea. Gentes que así manejan la navaja, que de ese modo exponen su vida ó arrebatan la del contrario, traicionadamente á veces, sin cuidarse de los hijos que dejan en la orfandad, de los viejos que entregan á la miseria, de las esposas que condenan á la prostitución, no pueden, no deben tener más altos ni más puros ideales. Frascuelo y Lagartijo como ídolos cuyos altares necesitan sangre de sus adoradores... Si; esa es la situación; ese el punto á que hemos llegado en esta España desdichada. Junto á la destreza, puesta en duda, de cualquiera de esos maestros, ¿qué significa el lloro de unas cuantas criaturas y los quejidos de sus madres? ¿Qué significa la conciencia?

De antiguo tiene España fama de religiosa; siete siglos de lucha con los moros, torrentes de sangre vertida en Lepanto contra los sarracenos y en Flandes contra los hugonotes largos años de oscurantismo y opresión en que ahogamos en sangre toda idea a la luz siniestra de los autos de fé, ganáronnos el título de nación católica por antonomasia, hija predilecta de la Iglesia, de la que éramos firmísimo baluarte. La Iglesia, en cambio, pagó nuestros sacrificios dándonos sus más puras enseñanzas; haciendo que sus santos y sus ángeles vinieran á predicar la fé de Cristo en nuestro suelo; que la Virgen, en carne mortal, visitase nuestros templos, nuestras ciudades y nuestras aldeas; y ejércitos luminosos ganaron en el aire las batallas cuyo triunfo nos costaba á nosotros sendos cincarazos en el suelo. ¿Cuál ha sido el fruto de esa enseñanza que todavía consume gran parte del exhausto Tesoro nacional? ¿Por ventura es nuestro pueblo más laborioso, más moral, más bueno, más dulce en sus sentimientos, más duro en sus odios, que los demás pueblos del mundo? Nada de eso. Hable de su laboriosidad la cohorte innumerable de mendigos que pululan por todas partes, sustituyendo con la limosna que humilla y avergüenza, que el jornal que eleva y santifica; hable de su moralidad la cifra siempre creciente de hombres que consumen su actividad en los inmundos ocios del presidio; hable de la dulzura de sus sentimientos ese delirio por la sangrienta lucha de los toros, el culto que profesa al torero, encarnación de Dios sobre la tierra; hable de la blandura de su odio esa navaja siempre abierta en la sombra, siempre oculta en la manga, acechando el punto del cuerpo por donde ir más derecha al corazón. ¿Quién dice, pues, que nuestro pueblo es religioso? ¿O es que se toma por manifestaciones de religión las borracheras de Navidad, las merendonas de sus romerías y la curiosidad que en Semana Santa le lleva á las iglesias para ver los monumentos? ¡Ah! Si la religión tiene por objeto enfrenar las pasiones del hombre inculto, dulcificar sus sentimientos, elevar su corazón, ya que no su mente, á ideales que le alejan de las arideces de este mundo llamado con sobrada justicia valle de lágrimas, preciso es convenir que la enseñanza religiosa de nuestro pueblo no es profunda, ni su influencia poderosa. Aquella se limita á algunas supersticiones absurdas; ésta se reduce á unas cuantas prácticas externas. Creemos en los días aciagos, en los animales agoreros en brujas, duendes, trasgos y fantasmas, y obligamos al comerciante a que cierre su tienda y al jornalero á que no trabaje los domingos para no ofender á Dios. A eso está reducida hoy la religión de nuestros mayores.

Que tal estado de cosas no puede continuar es evidente; que la intensidad del mal pide la urgencia del remedio nadie puede ponerlo en duda. Ahora bien; los viejos moldes está probado que no sirven: ¿Dónde estarán los nuevos? ¿Cuál será la fórmula de redención?

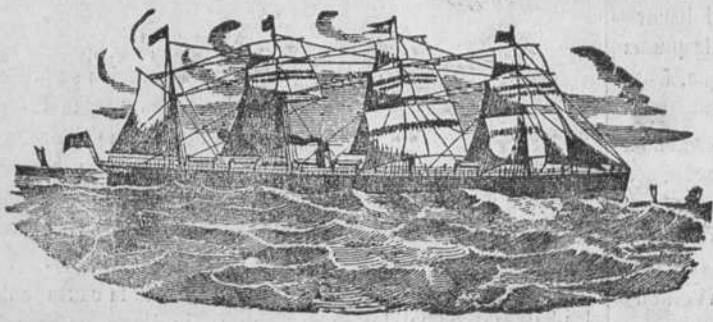
Entretanto, lamentemos el espectáculo diario que ofrecen nuestras plazas y calles, convertidas por el odio en campos de batalla. Y anatemicemos la ignorancia, madre de esos delitos, nodriza de esos rencores, instigadora cobarde de esos asesinatos.

Nada de nuevo digno de mención en los teatros. Un éxito de tres noches en el Español, y un cuento de viejas, realizado por la música de Chapí, en Apolo. Por lo demás, el repertorio hace el gasto.

En las librerías, nada.

EUGENIO DE OLAVARRÍA Y HUARTE.

ANUNCIOS



SERVICIOS DE LA COMPAÑIA TRASATLANTICA DE BARCELONA

VAPORES-CORREOS A PUERTO RICO Y HABANA con escalas y extension a

LAS PALMAS, PUERTOS DE LAS ANTILLAS, VERACRUZ Y PACIFICO Salidas trimensuales de Barcelona, el 5; Málaga, el 7, y Cádiz, el 10 de cada mes; para Palmas, Puerto Rico, Habana y Veracruz. Santander, el 20, y Coruña, el 21; para Puerto-Rico y Habana. Barcelona, el 25; Málaga, el 27, y Cádiz, el 30; para Puerto-Rico, con extension a Mayaguez y Ponce, y para Habana, con extension a Santiago, Gibara y Nuevitas, así como a La Guaira, Puerto Cabello, Sabanilla; Cartagena, Colon y puertos del Pacifico, hacia Norte y Sud del Istmo.

Vinajes del mes de Octubre

El 10, de Cádiz el vapor *Ciudad de Cádiz*.
El 20, de Santander el vapor *Mendez Nuñez*.
El 30, de Cádiz el vapor *Habana*.

VAPORES-CORREOS A MANILA CON ESCALAS

EN PORT-SAID, ADEN Y SINGAPORE, Y SERVICIO A ILOILO Y CEBÚ Salidas mensuales de Liverpool, 15; Coruña, 17, Vigo, 18; Cádiz, 23; Cartagena, 25; Valencia, 26, y Barcelona, 1.º fijamente de cada mes.

SERVICIO COMERCIAL A FILIPINAS

Salidas mensuales de Liverpool, el último día del mes; Santander, 3; Cádiz, 8, y Barcelona, 15 de cada mes, con escalas en PORT-SAID, ADEN Y SINGAPORE, Y TRASBORDO PARA ILOILO Y CEBÚ

Todos estos vapores admiten carga con las condiciones más favorables, y pasajeros, a quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato muy esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebaja a familias. Precios convencionales por camarotes de lujo. Rebaja por pasajes de ida y vuelta. Hay pasajes para Manila a precios especiales para emigrantes de clase artesana o jornalera, con facultad de regresar gratis dentro de un año si no encuentran trabajo.

La Empresa puede asegurar las mercancías en sus buques.

Para informes

BARCELONA.—La Compañía Transatlántica y Sres. Ripol y Compañía, plaza de Palacio.
CADIZ.—Delegación de la Compañía Transatlántica.
MADRID.—D. Julian Moreno, Alcalá.
LIVERPOOL.—Sres. Larrinaga y Compañía.
SANTANDER.—Angel B. Perez y Compañía.
CORUÑA.—D. E. de la Guardia.
VIGO.—D. R. Carreras Irigorri.
CARTAGENA.—Bosch hermanos.
VALENCIA.—Dart y Compañía.
MANILA.—Sr. Administrador general de la Compañía general de tabacos.

JARABE DE RABANO IODADO

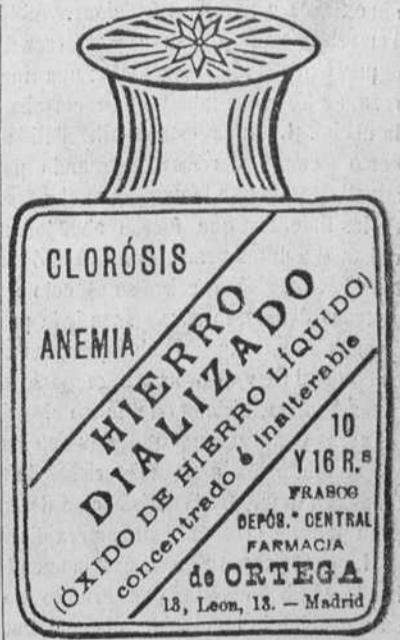
De GRIMAULT y C^a, Farmacéuticos en Paris

Desde hace veinte años este medicamento dá los resultados más notables en las enfermedades de la infancia, reemplazando de una manera muy ventajosa el aceite de hígado de bacalao, el jarabe antiescorbútico y el yoduro de hierro.

Es un remedio soberano contra los Infartos é Inflammaciones de las glándulas del cuello, el usagre y todas las erupciones de la piel, de la cabeza y de la cara; excita el apetito, tonifica los tejidos, combate la palidez y la flojedad de las carnes y devuelve a los niños el vigor y la vivacidad naturales. Es un admirable medicamento contra las costras de leche, y un excelente depurativo.

IMPORTANTE: Los admirables efectos de este medicamento, consagrando su aceptación, han provocado numerosas falsificaciones é imitaciones sin valor alguno. Para obtener el legítimo y eficaz Jarabe de Rabano iodado, exijase en cada frasco la marca de fábrica, el sello azul y la firma de GRIMAULT y C^a, además grabada en el vidrio.

Depósito: 8, Rue Vivienne y en las principales Farmacias y Droguerías



DEPOSITO DE CRISTALERIA DE CLICHY (PARIS)

CASA FUNDADA EN 1858

Grandes y variados surtidos en servicios de mesa, de *cristal fino*. Vajillas de porcelana francesa (Limoges), lámparas para aceite coman y petróleo, objetos de alumbrado.

Relatores 3

MÁQUINAS "SINGER" PARA COSER.

La Compañía Fabril "Singer"

Se ha trasladado a

23, CALLE DE CARRETAS, 25.
(ESQUINA A LA DE CÁDIZ).

¡¡UN TRIUNFO MAS!!

Las máquinas "SINGER" para coser

han obtenido en la Exposición de Amsterdam la más alta recompensa:

El Diploma de Honor.

¡¡CUIDADO CON LAS FALSIFICACIONES!!

Toda máquina "Singer" lleva esta marca de fábrica en el brazo.

Para evitar engaños, cuidese de que todos los detalles sean exactamente iguales.

CUALQUIER MÁQUINA "SINGER"

Pesetas 2,50 semanales.

LA COMPAÑIA FABRIL "SINGER"

Dirección general de España y Portugal:

23, CALLE DE CARRETAS, 25.
MADRID.

Sucursales en todas las capitales de provincia.



Linimento Gèneau

Para los CABALLOS

No mas FUEGO ni CAIDA de PELO



Empleado por los Veterinarios, Criadores, Arriadores

Reemplaza el FUEGO en todas sus aplicaciones.

La cura se hace a la mano en 3 minutos, sin dolor y sin cortar ni afeitar el pelo.

Farmacia GÉNEAU

PARIS — 276, CALLE SAINT-HONORÉ, 276 — PARIS

VINO BI-DIGESTIVO DE CHASSAING

PREPARADO POR PEPISINA Y DIASIASIS. Agentes naturales é indispensables de la DIGESTION. 20 años de éxito contra las DIGESTIONES DIFICILES ó INCOMPLETAS, NAUSEAS DEL ESTÓMAGO, DIARREIAS, GASTRALGIAS, PÉRDIDA DEL APETITO, DE LA FUERZA, ENFLAJECIMIENTO, CONSUMCION, CONVALESCENCIAS LENTAS, VÓMITOS.

PARIS, 6, Avenue Victoria, 6. En provincia, en las principales boticas.

KANANGA DEL JAPON

RIGAUD y C^a, Perfumistas

PARIS — 8, Rue Vivienne, 8 — PARIS

El Agua de Kananga es la locion más refrescante, la que más vigoriza la piel y blanquea el cutis, perfumándolo delicadamente.

Extracto de Kananga, suavísimo crático perfume para el pañuelo.
Aceite de Kananga, tesoro de la cabellera, que abrillanta, hace crecer y cuya caída previene.
Jabon de Kananga, el más grato y untuoso, conserva al cutis su nacarada transparencia.
Polvos de Kananga, blanquean la tez con el elegante tono mate, preservándolo del asoleo.

Depósito en las principales Perfumerías

DICCIONARIO

HISTÓRICO, BIOGRÁFICO, CRÍTICO Y BIBLIOGRÁFICO DE EXTREMEÑOS ILUSTRES

por

DON NICOLAS DIAZ Y PEREZ

Única obra para estudiar la historia de todos los hombres célebres que ha dado Extremadura desde los tiempos de Roma hasta nuestros días. Saldrá a luz por cuadernos de 10 páginas, en folio español á dos columnas, buen papel y esmerada impresion. Trae ilustrada la obra con retratos, esmeradamente ejecutados, de los extremeños más ilustres. El cuaderno que contenga lámina sólo constará de 24 páginas de texto.

El precio de cada cuaderno en toda España será de 1 peseta. Los suscritores de provincias anticiparán con el primer cuaderno el valor de 5, para no tener interrupciones en el recibo de los que vayan publicándose.

La obra constará de 60 á 70 cuadernos. En las cubiertas de los mismos se publicarán los nombres de todos los señores suscritores.

Se admiten suscripciones en casa de los Editores, Sres. Perez y Boix Madrid, Manzana, 21; y en las librerías de D. A. San Martín, Puerta del Sol, 6 y Carretas, 39; D. Fernando Fé, Carrera de San Jerónimo, 2; Murillo Alcalá y D. Leocadio Lopez, Carmen, 13.

DEBILIDAD

Impotencia y esterilidad

Curadas con el AFRODISIACO MARINO. Caja, 30 rs.; por correo, 34. Utilísimo a los matrimonios sin sucesion y á los estenuados por abusos ó prematura vejez. Correspondencia privada a Yarto Monzoa, Madrid.

PREPARADORAS,

MAQUINISTAS Y APRENDIZAS

Se necesitan hasta 50, con trabajo para todo el año. Se admiten todas las que hayan trabajado en la casa.

FUENCARRAL, 10, PRAL.

LIBROS DE TEXTO

Gran barato y buen surtido. Se compran y cambian.

Travesía del Arenal

MADRID

Emp. de EL PROGRESO de. de B. Lanchares

Soldado, 1 duplicado